

deberes que como tal ha de llenar en todos los instantes y en el transcurso de la vida. La instruccion primaria ha de satisfacer á las necesidades del discípulo como ser racional en primera linea y, en lo posible, disponerle para el ejercicio del destino ú ocupacion á que se consagre en la edad competente, cultivando al efecto las facultades del alma y el cuerpo, y dándole conocimiento de utilidad y aplicacion comun. Mas la aptitud intelectual y moral es antes que la utilidad práctica, y las facultades del entendimiento y del cuerpo deben subordinarse á las del corazon, sin que por eso se descuide la enseñanza propia para el ejercicio de los deberes particulares é individuales.

Notable es por tanto la diferencia entre las escuelas del siglo último y las de nuestros dias, diferencia que toca en gran parte á la instruccion, cuyo programa se ha ampliado considerablemente. Las necesidades han tenido grande incremento en todas las familias; las ciencias positivas, al paso que se estudian con mas esmero, se ponen al alcance de las inteligencias menos cultivadas y se aplican á los usos y comodidades de la vida, exigiendo por esta razon el cambio de la fuerza muscular por la del entendimiento hasta en las industrias consideradas antes como puramente mecánicas. Por estas y otras muchas razones se ha dado á la instruccion primaria un ensanche que no tenia en otro tiempo y que las circunstancias hacen indispensable; pero que es preciso determinar.

Tan peligroso es extender sin medida el círculo de la instruccion, como estrecharlo por miras y temores mezquinos y ridículos. En el primer caso se debilita y ahoga el poder del entendimiento sobrecargándolo de trabajo, y se vicia el carácter con la vanidad y el orgullo, consecuencia inmediata de la ciencia mal digerida; en el segundo se agostan por falta de cultivo las facultades que ha concedido Dios á la criatura racional para que las ejercite, y se priva al niño de conocimientos instrumentales necesarios en todos los oficios y profesiones en el actual estado de la sociedad. De aqui la importancia y trascendencia de conservar á la instruccion primaria el carácter que le corresponde y el esmero con que debe el maestro cumplir este deber.

El programa de las escuelas de los dos grados determina las materias de enseñanza y los límites de cada una. Comprende en primer término cuanto requiere la educacion de la generalidad, es decir, lo necesario para formar al hombre. Esta enseñanza satisface las necesidades mas esenciales de la vida, tanto en el orden físico como en el moral, y es bastante reducida á fin de que pueda realizarse lo mismo en las ciudades que en las aldeas mas pobres. En segundo lugar abraza el programa

ma las materias que dan á conocer la naturaleza que nos rodea, con el fin de que podamos sacar provecho de lo útil y evitar lo dañoso, y las que preparan para el ejercicio inteligente de industrias y profesiones que se perfeccionan de dia en dia, cuyas materias, al paso que ilustran la razon, elevan y ennoblecen el alma. De suerte que esta enseñanza no tan solo provee al interés material, sino que contribuye á la educacion moral, cultiva las preciosas facultades implantadas por la Providencia en el corazon, asi del pobre como de los favorecidos de la fortuna, para que le conozcan y le amen. El programa enumera las enseñanzas, mas deja prudente latitud para que se acomoden á los intereses locales, y como cada una de las materias abraza puntos mas ó menos importantes, de mayor ó menor aplicacion y mas ó menos al alcance de los niños, queda al maestro ancho campo que circunscribir, é importa mucho que sepa hacerlo con acierto.

Conforme al espíritu y letra de la ley, los conocimientos que son objeto de la instruccion primaria pueden considerarse divididos en fundamentales y accesorios, ó de ampliacion. Los primeros merecen la preferencia en todas circunstancias. Para ampliar la instruccion es preciso que esté bien atendida la obligatoria, sacrificando lo agradable á lo útil, y lo útil á lo necesario. Descuidar la doctrina cristiana, la lectura, la escritura, la aritmética ó la gramática, por el placer de que aprendan los niños la cronología de los reyes de España, ó el número de vecinos de algunas ciudades, es abuso de graves consecuencias á que se dejan arrastrar los profesores ignorantes y presuntuosos. ¿De qué sirve al discípulo todo esto, cuando no se le enseña á leer con sentido y á escribir con ortografía? Lo primero es estudiar lo de provecho inmediato, y despues viene naturalmente lo útil y lo agradable. Por eso ha de procurar el maestro con mucho cuidado que las materias mas importantes ocupen á los discípulos la mayor parte del tiempo, teniendo en cuenta las dificultades que ofrece su estudio y la práctica que requieren para saberlas con perfeccion. ¿Qué se diria del profesor de enseñanza elemental que explicase tres lecciones de geografia é historia, por ejemplo, por una de doctrina cristiana ó de lectura?

En la eleccion de las enseñanzas accesorias, es menester proceder tambien con mucho tino, para que su estudio sea de utilidad real y efectiva. Segun los pueblos y las circunstancias particulares de cada escuela, los discípulos abrazarán despues profesiones liberales, pasarán á los talleres ó se dedicarán al cultivo de los campos. Cada uno de estos diferentes estados reclama preparacion especial, y en caso de ampliar la instruccion conviene comprenda las materias de que los discípulos

puedan sacar mas provecho. Aunque es verdad que no seguirán todos la misma carrera, el mayor número por lo menos se hallarán en idéntico caso, y el plan de estudios debe arreglarse segun las necesidades de la generalidad, atendiendo además en lo posible á las disposiciones individuales. En las ciudades será mas útil por punto general lo que prepare á las profesiones liberales y para el ejercicio de ciertas industrias, mientras que en los pueblos, donde la ocupacion comun es la agricultura, reportará mas utilidad lo que instruya acerca de las afecciones atmosféricas y sus efectos, las épocas de las operaciones agrícolas, las ventajas de prácticas bien entendidas, y los perjuicios de aÑejas y absurdas rutinas.

De estas enseñanzas se explica únicamente lo que puede ponerse al alcance de los niños y en lenguaje claro y sencillo. El entendimiento es de cortos alcances en la infancia, y cuando se le obliga á esfuerzos extraordinarios y sostenidos, se enerva y se inutiliza para el porvenir. El espíritu pierde en profundidad lo que gana en extension superficial, y vale mas saber la mitad que saber á medias, tanto por el provecho de la instruccion en los negocios materiales de la vida, como por el influjo que ejerce en la conducta. Mas no se confunda la moderacion y parsimonia en la enseñanza con la práctica irracional de sujetar al discípulo seis horas diarias á un ejercicio monótono por espacio de dos ó tres años, principio absurdo que obliga á dividir la clase en niños de lectura, de escritura y de contar, contra lo que aconseja el buen sentido. Contrariando la inclinacion natural de la infancia á la variedad, se embrutece al discípulo, se le impone un trabajo á que se resiste tenazmente la inteligencia y se le hace sufrir un tormento insoportable. No proviene la instruccion superficial de estudiar varias cosas á la vez, sino de pasar de una leccion á otra antes de tiempo en el mismo ramo de enseñanza, de adelantar al discípulo antes de que sepa darse cuenta y comunicar á los demas lo que ha debido aprender.

Hay ejercicios apropiados á todas las edades para poner en juego la inteligencia; asi que los niños, desde que entran en la escuela, pueden estudiar con aprovechamiento los rudimentos de lo que aprenden con mayor extension y formalidad los mas adelantados. La instruccion primaria ha de proveer al desarrollo de todas las facultades naturales, en proporcion á la edad y aptitud de los discípulos. En el principio del estudio es necesario el movimiento y la variedad que proviene de las lecciones cortas y frecuentes, cuyo principal objeto es desenvolver las fuerzas, dar aptitud y excitar el deseo de aprender. Poco á poco vá calmándose despues la agitacion, la propension al movimiento y la no-

vedad, y empieza á fijarse el espíritu. Entonces las lecciones pueden ser mas largas y el estudio mas sério y profundo, hasta que llega la época en que, disminuyendo el número de lecciones, se aumenta el trabajo individual. Tal es la enseñanza de las escuelas primarias, variada en cuanto á la forma, segun las disposiciones especiales de los discípulos, una misma en cuanto á la materia, es decir, en cuanto á los objetos sobre que debe versar.

En esta variedad de ejercicios, tanto mas necesaria quanto menos edad tiene el alumno, todo depende del orden. El estudio de las diferentes materias que abraza la instruccion primaria pone en juego diversas facultades mentales, circunstancia por la cual, cuando cansa ó fatiga un trabajo, se empieza con gusto y placer otro distinto que indudablemente sirve de descanso del anterior. Hay ejercicios en que predomina la accion de determinada facultad del entendimiento, hay otros mas difíciles en que concurren simultáneamente diversas facultades, y los hay por fin que requieren sobre todo buen golpe de vista y flexibilidad en la mano, y que despues de los primeros pasos dependen mas bien de la facultad de imitacion y del hábito, que no de la inteligencia. El estudio de las lecciones para recitarlas con el maestro, por ejemplo, ocupa con especialidad la memoria una vez comprendidas; las explicaciones de viva voz exigen por lo pronto atencion y memoria, y al darse cuenta de lo aprendido es menester que intervenga el juicio y á veces la imaginacion; la escritura y el dibujo son obra en lo principal de la facultad de imitar y de la accion instintiva de los órganos de los sentidos. Asi, pues, ordenando los ejercicios de manera que al que exige mas tension de espíritu siga el que en cierto modo puede considerarse como mecánico, ó en general, haciendo que á un ejercicio suceda otro en que la actividad intelectual se pone en juego bajo distinta forma, se saca gran partido de la propension á la variedad, tan natural en los niños, porque se hace atractivo el estudio y descansan alternativamente el entendimiento y los sentidos. La simultaneidad de estudios y el cambio frecuente de ejercicios que asusta y disgusta á las personas poco inteligentes, es la marcha lógica y racional en la enseñanza de los niños, mientras que el estudio de la misma leccion por espacio de tres horas consecutivas embrutece al niño y le martiriza, de suerte que no se concibe que haya maestros de tan pocos alcances que lo practiquen, pues no es de suponer que se deleiten en mortificar á sabiendas á las tiernas criaturas sujetas á su cuidado.

No influye menos la variedad de ejercicios en la educacion que en la instruccion. Al pasar de uno á otro se satisface la necesidad de mo-

vimiento, tan exigente en el niño levá este del semicírculo al banco, una vez está sentado, otra de pié, un momento andando, y estas variaciones le causan placer, porque se fatiga pronto de la inmovilidad y de todas las posiciones y actitudes. La acción de las facultades intelectuales experimenta las mismas alternativas. De aquí procede que el ejercicio sea moderado, bastante para desarrollarlas gradualmente sin imponerles excesivo trabajo. Otro tanto se verifica en las facultades morales: una lección excita la sensibilidad, mientras que otra obliga al niño á decidir por sí mismo. Así se ponen en juego todas las facultades oportunamente para desarrollar el poder de cada una de ellas, así se excitan los instintos y deseos en provecho de la educación moral, y así en fin saca el maestro partido de todas las circunstancias en provecho de la educación, en lo cual consiste toda su habilidad.

Con este plan en la instrucción se evita en gran parte el trabajo individual de los discípulos, que consiste por lo comun en el estudio mecánico, vago y monótono de memoria, á que se reduce la enseñanza en algunas escuelas. El ejercicio de la memoria mecánica es abuso bastante generalizado, y lo será donde quiera que el maestro, aunque inteligente, no se interese por los progresos de la escuela, porque le ahorra mucho trabajo. La memoria, facultad preciosa é importante porque provee de materiales al juicio y raciocinio, de nada sirve cuando no retiene ideas. Aunque todas las facultades están íntimamente enlazadas entre sí y todas pertenecen al alma, que es una, simple é indivisible, parece que la memoria está como al servicio de la inteligencia á que suministra los elementos necesarios para sus operaciones. Por eso el trabajo de los discípulos debe poner en juego con preferencia el juicio y el raciocinio en la proporción debida, y no sobrecargar la memoria hasta asegurarse que la inteligencia recibe fielmente y como que toma posesión de lo que se le trasmite. El discípulo que recitase con exactitud volúmenes enteros sin comprenderlos, no sabría abrir la boca para analizar las ideas que repite, y haría poco honor al maestro en presencia de un juez inteligente. El saber no consiste en recitar una serie mecánica de ideas, sino en darse cuenta y saber manifestar á los demás lo que expresan.

Con estos cuidados, no empeñándose en hacer progresos rápidos á costa de grandes esfuerzos, ni prodigios que luego se desvanecen, los niños estudian con gusto. En lugar de excitarlos á la aplicación, será acaso preciso contener su curiosidad, disposición preciosa que si es pueril y trivial en un principio, se convierte después en deseo de conocer las cosas, la utilidad que prestan y la aplicación que puede ha-

cerse de ellas, es decir, en deseo de instruirse. Solo falta entonces que el profesor atienda con igual esmero y solicitud á todos los discípulos para que los progresos sean proporcionados á las fuerzas de cada uno.

Los discípulos todos deben disfrutar igualmente de los cuidados del profesor en la instrucción. No se trata de hacer sobresalir unos pocos á costa de los demás, no de hacer brillar las secciones superiores descuidando las inferiores, sino de los adelantamientos del conjunto. Las lecciones especiales á determinados niños absorben la atención en beneficio de unos pocos con perjuicio del mayor número. De tanto interés son los principiantes como los mas adelantados, los de corto talento como los de mejores disposiciones, y los primeros estudios son tan difíciles para el que se ocupa en ellos, como los mas elevados para el que se halla preparado para recibirlos. En caso de haber preferencia, los que tienen mas derecho á ella son los de menos disposición y los que empiezan el estudio. Estos son los que necesitan de auxilios especiales, y en vez de atender con particularidad á los discípulos aventajados, debe tenderse la mano para conducir y ayudar á los débiles. Cuando algunos se quedan atrás por carecer de fuerzas, es preciso detenerse á que tomen aliento para que puedan continuar la marcha. El que se fatiga ha menester reanimarse, y no es justo avanzar con unos pocos dejando abandonados á los que necesitan mayor protección. No se piden al maestro algunos niños sobresalientes, sino muchos instruidos, y sobre todo hombres de bien, que es lo esencial.

**INSTRUCCIONES INDIRECTAS.** Creo tambien que sería conveniente valerse con frecuencia de instrucciones indirectas que no son pesadas como las lecciones y reconvenciones, para llamar la atención de los niños acerca de los ejemplos que se les presentan.

Podría una persona preguntar alguna vez á otra en presencia de los niños: ¿por qué ha hecho V. tal cosa? Contestando luego la persona interrogada; por esta ó aquella razon. Por ejemplo. ¿Por qué motivo ha confesado V. su falta? Porque hubiera cometido otra peor todavía si la hubiese negado cobardemente, diciendo una mentira, y porque nada hay mas digno de aprecio que decir con franqueza: he faltado. Luego la primera persona puede alabar á la que tan sinceramente se ha acusado; pero esto ha de hacerse sin la menor afectacion, pues los niños penetran mas de lo que se cree, y si llegan á descubrir algun disimulo ó sutileza en los que los dirigen, pierden desde luego la sencillez y confianza que les son naturales.

Hemos hecho observar que el cerebro de los niños es á la vez cálido y húmedo, lo que produce en ellos continuo movimiento. Esta blandura del cerebro hace que todas las cosas se impriman en él con mucha facilidad y que sea muy viva la imagen de los objetos sensibles. Asi no debemos descuidar de inscribir en su cerebro los caracteres mientras que puedan formarse sin trabajo, eligiendo con tino las imágenes que debemos grabar en él, pues no debemos llenar un depósito tan pequeño como precioso sino de lo mas esquisito, teniendo presente que en la tierna edad solo se debe esculpir en el alma lo que deseamos que se conserve toda la vida. Las primeras imágenes que se imprimen en el cerebro mientras está blando y se conserva virgen, son las mas profundas, y van fijándose mas en proporcion que la edad seca el cerebro, por lo que se hacen indelebles. De aqui proviene que el hombre decrepito recuerda mas distintamente las cosas de la niñez, aunque tan distantes, que las de edad mas avanzada, porque las huellas de los objetos en esta edad se marcan en un cerebro ya seco y lleno de otras imágenes.

Quando se oyen estos racionios apenas se les da asenso, y sin embargo, todos racioniamos asi sin apercibirnos. ¿No oimos decir todos los dias: tengo ya arrugas, soy demasiado viejo para mudar; asi me educaron? Y á mas ¿no tenemos un gusto particular en recordar las cosas de nuestra niñez? Las inclinaciones adquiridas en aquella edad ¿no son las mas fuertes? Y todo esto ¿no patentiza que los primeros hábitos son los mas tenaces? Con todo, aunque la edad de la infancia sea la mas á propósito para grabar imágenes en el cerebro, debemos confesar que no lo es tanto para formar racionios, porque la humedad del cerebro, que facilita la impresion de las imágenes, unida á un gran calor, produce una agitacion que impide la aplicacion continuada.

El cerebro de los niños es como una bujía encendida expuesta al aire, cuya luz siempre vacila. El niño pregunta y sin aguardar la respuesta levanta sus ojos hacia el techo, contando las figuras que hay pintadas en él, ó los dirige á las ventanas haciendo lo mismo con los vidrios. Si le obligamos á que vuelva á su primer objeto, se le violenta como si estuviese preso. Por esto es necesario gobernar con grande tino sus órganos aguardando que se fortifiquen: respóndamos, pues, con prontitud á su pregunta, y permitámosle que haga cuantas quiera. Mantengamos solamente su curiosidad, y acumulemos en su memoria buenos materiales. Vendrá tiempo en que se unirán por sí mismos, y en que teniendo el cerebro mas consistencia racioniará el niño, debiendo limitarnos nosotros á rectificar cuando el racionio no sea exacto, ha-

ciéndole conocer, sin precipitarnos y aprovechando las ocasiones, como y cuando es legítima una consecuencia.

Dejemos, pues, al niño que se divierta, y mezclemos la instrucción con el juego, presentándole la sabiduría por intervalos y con risueño semblante y guardándonos de cansarlo con indiscreta exactitud.

Si el niño se forma idea triste y sombría de la virtud, y si la libertad y el desarreglo se le presentan bajo figura agradable, todo está perdido y es en vano el trabajo. No permitamos, pues, que espíritus superficiales y personas desarregladas le lisonjeen, porque el hombre se habitúa á mirar con buenos ojos las costumbres y los sentimientos de los sujetos que estima; y el placer que encuentra desde luego en el trato con las gentes mal educadas, hace que poco á poco aprecie hasta aquello mismo que tienen de más despreciable.

A fin de que los niños se aficionen á los hombres de bien, hagámosles observar lo que hay en ellos de amable y de bueno, como su sinceridad, su modestia, su desinterés, su fidelidad y discreción, y sobre todo su piedad, que es el origen de todas las virtudes.

Si el niño repara en algunas de estas personas ciertas cosas que le disgustan, digámosle que estos defectos no son hijos de la piedad, que cuando esta es perfecta los quita ó á lo menos los disminuye; pero no nos empeñemos en que los niños traten con ciertas personas piadosas cuyo exterior es desagradable.

Por mas atención que pongamos sobre nosotros mismos para que no se perciba ninguno de nuestros defectos, no debemos presumir que el niño no repare en alguno, pues muchas veces notará hasta nuestras mas ligeras faltas.

San Agustín nos advierte que ya en la infancia habia reparado en la vanidad de sus maestros en la parte científica: lo mejor que podemos y debemos hacer es examinar nuestros propios defectos con tanta escrupulosidad como el niño los puede observar, valiéndonos de amigos sinceros que nos los adviertan. Generalmente los directores de los niños nada les perdonan, disimulándose lo todo á sí mismos, lo cual excita el espíritu de crítica y de malignidad; de modo que los niños al notar alguna falta en su director se complacen y procuran despreciarle.

Evitaremos este inconveniente hablando de nuestros defectos visibles, sin callar las faltas que se nos escapan delante de los mismos niños, y si los reconocemos capaces de discurrir, podemos manifestarles que queremos darles ejemplo para que corrijan sus faltas corrijiéndonos de las nuestras; con esto sacaremos de nuestras mismas imperfecciones medios para instruir y edificar al niño y animarle para que se corrija,

evitando á un mismo tiempo el desprecio y aún la aversión que pudieran causarle nuestros defectos.

Empleemos igualmente todos los medios para hacer gratas al niño las cosas que exijamos de él, y cuando nos sea preciso proponerle alguna que le sea desagradable, hagámosle entender que el placer sucederá bien pronto al disgusto, que palpará él mismo su utilidad y que se convencerá de la necesidad que tiene de sujetar su repugnancia, por exijirlo así la sociedad y los deberes de las gerarquías. Sin esto, el estudio le parecerá un trabajo abstracto, estéril y espinoso. ¿De qué nos puede servir, dicen entre sí, el aprender cosas que ni se nombran en las conversaciones, ni tienen relacion alguna con lo que debemos practicar? Es menester, pues, demostrarles la razon de todo cuanto se les enseñe: debeis aprender esto, se les dirá, á fin de que á su tiempo obreis como deberéis obrar conforme se vaya formando vuestro juicio y adquiriendo solidez, y de acostumbraros á discurrir con exactitud sobre los negocios de la vida. Es preciso que les manifestemos siempre un fin sólido y agradable que les haga soportable el trabajo, sin pretender nunca sujetarlos con autoridad absoluta é inoportuna.

A medida que su razon va progresando debemos discurrir con ellos sobre la necesidad de su educacion, no para seguir todos sus pensamientos, sino para aprovecharnos de ellos cuando nos hagan conocer su verdadero estado, para probar su discernimiento, y para que hagan con gusto lo que deseamos que practiquen.

No tomemos nunca, sino en extrema necesidad, un aire austero é imperioso, que hace temblar á los niños. Esto es frecuentemente efecto de la pedantería y afectacion de los directores, porque los niños son generalmente demasiado tímidos y vergonzosos. Cerrariamos con esto su corazon y perderiamos su confianza, sin la cual ningun fruto podemos esperar de su educacion: procuremos, pues, que nos amen y que disfruten de aquella libertad que les quita el temor de confesarnos sus faltas. Para conseguirlo seamos indulgentes con los que demuestren franqueza y sinceridad, y en vez de manifestarnos admirados, irritados y enfadados de sus malas inclinaciones, hagámosles conocer que nos complacemos de sus flaquezas, y aunque resulte alguna vez el inconveniente de que no les contenga el temor, sin embargo, bien pesado todo, se conseguirá mas de ellos con la sinceridad y confianza que con la rigurosa autoridad.

De otra parte, no quedará esta ociosa cuando no basten la confianza y la persuasion; pero es preciso siempre principiar por una conducta franca, placentera y familiar, sin baja, que nos proporcione los me-

dios de ver obrar á los niños en su estado natural, y de conocerlos á fondo. Por fin, aun cuando se consiguiere con la autoridad que observasen todos nuestros preceptos, no conseguiríamos el objeto, porque todo se convertiría en formalidades incómodas y quizás en refinada hipocresía, tomando en fin aversion á lo bueno, cuyo amor debemos inspirarles constantemente.

Si el Sábio ha encargado siempre á los padres que tengan la vara levantada sobre sus hijos; si ha dicho que el padre que juega con el hijo llorará despues, no vitupera por esto una educacion suave y paciente. Solo condena á aquellos padres débiles é inconsiderados, que lisonjando las pasiones de sus hijos, se entretienen con ellos durante la infancia hasta tolerarles toda clase de escesos.

De todo esto debemos inferir que los padres deben conservar siempre autoridad para corregir á sus hijos, pues hay algunos cuyo natural solo puede contenerlo el temor del castigo; pero, repito, que no se ha de hacer uso de ella sino cuando ya no quede otro arbitrio.

Un niño que solo obra por efecto de su imaginacion, y que confunde en su cabeza los objetos que se le presentan unidos, aborrece el estudio y la virtud, porque tiene de antemano aversion á la persona que le habla.

He aqui de donde proviene aquella idea tan tétrica y espantosa de la piedad que retiene toda su vida, siendo esto frecuentemente lo único que le queda de una educacion severa. Es preciso tolerar á veces cosas que merecen corregirse y esperar el momento favorable en que el espíritu del niño se halla dispuesto para aprovechar la correccion. No debemos, pues, reprenderle jamás ni en su primer ímpetu, ni en el nuestro; porque si lo hacemos en nuestro primer ímpetu, repara que obramos por génio y con precipitacion y no por razon ni amistad, y perdemos sin recurso nuestra autoridad ó ascendiente sobre él; si le reprendemos en su primer ímpetu, no se halla con bastante libertad para confesar su falta, vencer su pasion y penetrarse bien de la importancia de nuestras amonestaciones, exponiéndonos á que el niño nos pierda el respeto. Manifestemos con nuestra paciencia que somos dueños de nosotros mismos: observémosle á cada momento por espacio de muchos dias, si es necesario, para que la correccion produzca su fruto; y no echemos en cara á un niño su falta sin añadir algun medio de enmendarla, que le anime para hacerlo, evitándole de este modo el pesar y desaliento que inspira la correccion cuando la acompaña solamente la severidad. Si el niño es algun tanto razonable, no será fuera del caso obligarle insensiblemente á que el mismo solicite que le avisemos sus

defectos, lo cual ofrece el medio de decirselos sin afligirle y de no presentarlos todos á la vez.

Tengamos siempre presente que en los niños la cabeza es débil, que en su edad domina la inclinacion al placer, y que hay directores tan imprudentes que pretenden de ellos una exactitud y una formalidad que ellos mismos no podrian sostener, y que imprimen el disgusto y la tristeza en su temperamento, hablándoles siempre de palabras y cosas que no entienden, sin permitirles ninguna libertad, ningun desahogo, y fatigándoles con las lecciones, el silencio, las posturas incómodas, las correcciones y amenazas.

Los antiguos lo entendian mejor. Los ebreos, egipcios y griegos introdujeron en sus países las principales ciencias, las máximas de la virtud y las buenas costumbres por medio de la poesía y de la música: los que no han tenido el gusto de leer las historias apenas pueden creerlo, atendido lo mucho que esto dista de nuestras costumbres; no obstante, por poco que alguno se haya dedicado á la lectura de los antiguos, no le quedará duda de que esta práctica duró por muchos siglos. Procuremos, pues, á lo menos unir en lo posible, en nuestros dias, lo agradable á lo útil.

Pero aun cuando no podamos prescindir siempre de emplear el temor con el comun de los niños, cuyo natural es duro é indócil, con todo no debemos acudir á este medio sin haber antes ensayado con paciencia todos los demás recursos. Conviene igualmente que los niños comprendan bien lo que se les exige y cómo quedaremos satisfechos de su conducta; porque es preciso que mantengamos su alegría y confianza, pues de otro modo su entendimiento se ofusca, desfallece su espíritu, se irrita si es vivo, y si es flojo se vuelve estúpido. El temor se parece á los remedios violentos, que solo se emplean en las enfermedades agudas; los cuales purgan, pero alteran el temperamento y destruyen los órganos: un alma conducida por el temor va siempre debilitándose.

Por lo demás, aunque nunca se deba amenazar sin que siga el castigo, por temor de que las amenazas se miren con desprecio, no obstante debe castigarse menos de lo que se amenace; y cuando se haya de imponer alguna pena debe ser esta la menor posible, pero acompañada de todas las circunstancias que puedan despertar la vergüenza y el remordimiento en el niño. Por ejemplo, manifestémosle cuanto hemos practicado para evitar este extremo, y cuánta afliccion nos causa tener que emplearlo: hablémosle en presencia de otros sugetos de la desgracia de aquellos que miran con indiferencia la razon y el honor hasta obligar á que los castiguen: retiremos las señales que le dába-

mos de nuestra amistad hasta que veamos que necesiten de consuelo: castigüemos pública ó secretamente segun la utilidad que pueda resultar al niño, de avergonzarle ó de manifestarle que se le escusa, reservando esta vergüenza pública para el último remedio: acudamos alguna vez á una persona prudente para que consuele al niño y le diga lo que no conviene que le digamos entonces, que le aliente y le disponga á volver á nuestro seno, y á que el niño pueda en su emocion descubrirle su corazon con mas libertad que á nosotros; pero sobre todo que no parezca jamás que exigimos del niño otra cosa sino lo necesario: procuremos que él mismo confiese su falta, que lo haga voluntariamente, y que no nos quede otra cosa que hacer que suavizarle la pena que habrá aceptado con resignacion. Estas reglas generales deberán emplearse segun lo requieran las circunstancias. Los hombres, y particularmente los niños, no se parecen siempre á sí mismos: lo que es bueno hoy no lo será mañana, y nunca podrá ser útil una conducta siempre uniforme.

Cuantas menos lecciones se den en forma, será mejor; pues pueden insinuarse á los niños una infinidad de conocimientos mas útiles que las mismas lecciones, por medio de conversaciones divertidas. He visto á varios niños aprender á leer jugando: basta referirles cosas que les gusten y que vean ellos que las sacamos de algun libro, y hacerles conocer insensiblemente las letrás: su curiosidad no podrá parar hasta que ellos mismos sepan sacar los cuentos del libro que les ha proporcionado aquel placer.

Dos cosas hay que lo echan á perder todo: el hacerles aprender á leer desde luego el latin, quitándoles así el gusto de la lectura, y el quererles acostumar á leer con un énfasis forzado y ridiculo. Déseles un libro bien encuadernado y aun con sus cortes dorados, con estampas hermosas y caractéres bien formados. Todo lo que divierte la imaginacion, facilita el estudio; y si el libro contiene historias cortas y maravillosas, no haya temor de que el niño no aprenda á leer. No se le fatigue tampoco para obligarle á que lea con exactitud; déjese que pronuncie naturalmente como habla, pues cualquiera otro tono es siempre malo y se resiente de la declamacion del colegio: cuando su lengua esté espedita, su pecho mas fuerte, y cuando haya contraido el hábito de leer, leerá fácilmente con mas gracia y mas distintamente.

Se podrá seguir casi el mismo método para enseñarles á escribir: cuando los niños sepan leer un poco, se les puede hacer formar las letrás como por diversion, y si son muchos á la vez, puede introducirse entre ellos la emulacion. Los niños tienen ya inclinacion á trazar figuras

en el papel; y por poco que se les ayude sin que se les violente, formarán las letras jugueteando y se acostumbrarán poco á poco á escribir, mayormente si se les promete algun premio que les guste y que no tenga resultados desagradables.

Escribidme una carta, se les podrá decir, participad tal cosa á vuestro hermano ó á vuestro primo, y todo esto le gustará al niño con tal que no le mortifique la idea triste de una leccion forzada. La curiosidad libre, decia San Agustin hablando por su propia experiencia, excita mas el espíritu de los niños que una regla y una necesidad que les imponga el temor.

Nótese bien uno de los grandes defectos de la educacion vulgar: se pone á un lado todo lo que causa placer, y al otro todo lo que produce disgusto; este en el estudio y aquel en las diversiones. ¿Qué ha de hacer el niño sino soportar con impaciencia la regla que le disgusta, y correr tras de los placeres que le encantan?

Cambiamos pues este orden, haciendo agradable el estudio y ocultándolo bajo la apariencia de libertad y de placer; toleremos que los niños interrumpan alguna vez el estudio con algunas agudezas ó dichos alegres, pues necesitan de estas distracciones para esplayar su imaginacion.

Dejemos que su vista se distraiga un poco, permitiéndoles por intervalos alguna diversion á fin de que su imaginacion descanse, volviéndoles despues con suavidad á su tarea. El exigirles una regularidad demasiado exacta para que no interrumpan su estudio, les perjudica mucho; y si algunos preceptores afectan esta regularidad, es porque encuentran en ello mas comodidad que en la continua sujecion que exige el aprovechar todos los momentos que puedan favorecer la educacion. Pero al mismo tiempo no permitamos á los niños aquellas diversiones á que pudieran aficionarse demasiado, sino las que contribuyan á distraer su imaginacion, que les ofrezcan una variedad agradable, que satisfagan su curiosidad por cosas útiles, y que ejerciten su cuerpo para las artes que les convengan. Todo esto debe procurarse en las diversiones de los niños; éstos prefieren siempre los juegos en que el cuerpo está en movimiento, y que les obliguen á cambiar frecuentemente de posicion ó de lugar, para lo cual les basta un volante, una bola ó cosa semejante. Por eso no debe darnos cuidado la eleccion de los juegos: dejemos que ellos mismos se los busquen ó inventen, no les perdamos de vista, observándoles con cara risueña, y conteniéndoles solamente cuando se acaloren demasiado. Bueno será hacerles comprender en cuanto sea posible los placeres del ingenio, como la conversa-

cion, los cuentos, las historias, así como varios juegos industriosos que encierran alguna instrucción; pero todo esto servirá á su tiempo: por el pronto no debemos violentar el gusto de los niños, bastando que se les insinúen, pues cuando su cuerpo tenga menos disposición para agitarse, su imaginación trabajará con más provecho.

Entre tanto, el cuidado que pongamos en mezclar con el placer las ocupaciones serias, servirá de mucho para contener el ardor con que la juventud corre en pos de las diversiones peligrosas; pues solo la sujeción y el tédio que resulta de ella excitan la impaciencia y el deseo de divertirse: cuanto una niña se fastidia menos de estar siempre al lado de su madre, tanto menos deseará separarse de ella para ir á buscar en otra parte compañías menos saludables.

Téngase el mayor cuidado en apartar á los niños de compañías sospechosas en las diversiones: nada de niños con las niñas, ni que estas se acompañen de otras cuya conducta no sea arreglada y conocida. Deben también impedirse los juegos que disipan y que exaltan demasiado las pasiones, ó que acostumbran á posturas de cuerpo poco decente para una niña; las salidas frecuentes de casa, y las conversaciones que puedan incitarla á ello. Cuando alguna diversion inmoderada no se ha apoderado todavía del corazón ni ha producido ninguna pasión ardiente, se produce fácilmente la alegría, hija de la salud y la inocencia; pero las personas que han tenido la desgracia de acostumbrarse á placeres violentos, pierden el gusto á los moderados y se fastidian siempre, yendo en busca de satisfacciones que no encuentran.

Se echa á perder el gusto de las diversiones, del mismo modo que el de los manjares, acostumbrándonos de tal modo á los platos exquisitos, que los comunes y guisados simplemente se nos hacen insípidos y desabridos. Temamos pues las grandes conmociones del alma que preparan el tédio y el disgusto; siendo siempre más temibles para los niños, que resisten menos á lo que sienten y que desean siempre el movimiento: conservémosles el gusto de las cosas sencillas, sin que sean necesarios grandes preparativos de manjares para alimentarlos ni diversiones extraordinarias para alegrarlos. La sobriedad despierta bastante el apetito, sin que sea necesario excitarlo con salsas y condimentos que conducen á la intemperanza. La templanza, decía un antiguo, es el mejor operario del deleite; pues con ella se mantiene la salud del cuerpo y del alma. Se disfruta continuamente una alegría dulce y moderada, sin que se necesiten máquinas, ni espectáculos, ni gastos para divertirse: un ligero juego que se invente, una lectura, un trabajo que voluntariamente se emprenda, un paseo, una conversacion inocente

que desahoga el ánimo despues del trabajo, causan alegría mas pura que la música mas encantadora.

Es cierto que los placeres sencillos son menos vivos y menos sensibles, porque los otros arrebatan el alma moviendo impetuósamente el resorte de las pasiones; pero aquellos se disfrutan mejor, pues producen una alegría igual y duradera, sin temor de consecuencia alguna funesta, antes derraman siempre un rocío benéfico, cuando los otros son como los vinos adulterados que por el pronto gustan mas que los naturales, pero alteran y perjudican la salud, alejando la tranquilidad del alma asi como su gusto con el ánsia de buscar los placeres vivos y violentos. El preceptor que dirige la educacion de los niños debe acostumbrarlos á esa vida sencilla y fortificar en ellos el hábito cuanto se pueda, prevenirles con el temor de los inconvenientes que acompañan á los otros placeres y no abandonarlos á sí mismos, como sucede de ordinario en la edad en que las pasiones comienzan á levantar su cabeza, y en la que hay mas necesidad de contenerlas.

Es necesario confesar que ninguna de las penalidades que lleva consigo la educacion, es comparable á la de educar niños que carezcan de sensibilidad. Los naturales vivos y sensibles son capaces de grandes extravíos, pues las pasiones y la presuncion los arrastran; pero tambien tienen grandes recursos y frecuentemente se corrigen, porque la instruccion ha formado en ellos un gérmen oculto que fructifica algunas veces, cuando la experiencia viene al socorro de la razon y las pasiones calman, y á lo menos conocemos el modo de captar su atencion y despertar su curiosidad. En su mismo natural hallamos el medio de interesarlos por la instruccion y de estimular su honor; mientras que no podemos sacar ningun partido de los génios indolentes. Estos siempre viven distraidos, nunca se hallan donde deben estar, ninguna especie de correccion les mueve, todo lo escuchan y nada sienten. Con esta indolencia el niño se hace negligente y se fastidia de todo lo que hace, en cuyo caso es muy de temer que se pierda la mejor educacion, si no se previene el mal desde la primera infancia. Los que profundizan poco las cosas infieren de esto, que la naturaleza es la que solamente forma los hombres de mérito, y que en nada contribuye la educacion; en vez de deducir como debieran que hay naturales semejantes á las tierras estériles, que dan poco ó ningun fruto á pesar de su cultivo. Pero todavia son mas funestos los resultados cuando una educacion tan difícil encuentra obstáculos, ó se descuida ó se arregla mal desde un principio.

Es necesario tambien observar que nos podemos engañar mucho so-

bre la índole de varios niños. Estos se presentan desde luego con unos atractivos que embelesan, porque las primeras gracias de la infancia tienen un barniz lustroso que todo lo disimula, presentando un no sé qué de tierno y amable que nos impide examinar de cerca y circunstanciadamente los rasgos de su fisonomía. Nos sorprende la viveza de su imaginación, porque no la esperábamos en aquella edad; les perdonamos todas las faltas de discernimiento por la gracia de la ingenuidad; y atribuimos á perspicacia de ingenio cierta vivacidad de cuerpo que no falta jamás en los niños. De ahí proviene que la infancia parece prometer mucho y da muy poco: algunos han sido célebres por su viveza á la edad de cinco años, y despues han ido cayendo en la oscuridad y en el desprecio, á proporeion que avanzaban en días. No podemos pues contar con ninguna de las cualidades de los niños, si no es la de un juicio prematuro que crece siempre con ellos con tal que se cultive bien: las gracias de la niñez se disipan, la viveza se amortigua, y aun se pierde frecuentemente la ternura de corazón; porque las pasiones y la sociedad con los hombres políticos endurecen insensiblemente á los jóvenes que entran en el mundo. Procuremos pues descubrir, á través de las gracias de la infancia, si el niño que debemos educar carece de curiosidad y si es poco sensible á una razonable emulacion. En tal caso es muy difícil, por no decir imposible, que cualquiera que se encargue de su educación no se canse pronto de un trabajo tan ingrato y tan espinoso. Se deben pues poner en acción todos los resortes del alma del niño para sacarlo de este letargo. El director que prevea este inconveniente no apresure las instrucciones seguidas, no le sobrecargue la memoria que es lo que aturde y embota el cerebro, no le fatigue con reglas embarazosas, sino aliente su espíritu; y ya que ha caído en el extremo opuesto á la presuncion, no tema el manifestarle prudentemente de lo que es capaz; y contentándose con poco, hágale notar hasta sus mas pequeños adelantamientos, representándole cuán infundadamente temia no conseguir el que aprendiese lo que sabe; y no descuide, en fin, el promover la emulacion. La pasion de los celos es mas violenta en los niños de lo que puede imaginarse, consumiéndose muchos y cayendo en una languidez oculta al ver que otros son mas amados y acariciados. Las madres tienen ordinariamente la crueldad de hacerles sufrir este tormento; pero es menester saber emplear este remedio en las necesidades urgentes contra la indolencia: presentemos á la vista del niño que se educa otros niños que no adelanten mas que él, pues los ejemplos superiores á su debilidad acabarian de desanimarlo.

Procúrese que de tiempo en tiempo que adquiriera algunas ligeras ven-

tajas sobre los que mira con envidia: obliguesele en lo posible á que se burle él mismo de su timidez: hágasele notar que otros tan tímidos como él han superado su debilidad: demuéstresele por medios indirectos con ocasion de hablar de otro niño, que la timidez y la pereza ahogan el espíritu; que las personas flojas y desaplicadas, por talento que tengan, se vuelven imbéciles y se degradan: pero téngase mucho cuidado de no usar en estas instrucciones de un tono austero é impaciente, porque nada acobarda ni reconcentra mas á un niño flojo y tímido que la aspereza; al contrario, hágase todo lo posible para facilitar con placeres proporcionados la tarea que no se le puede dispensar, valiéndose, si es menester, de cuando en cuando de las reprensiones hechas por otra persona inferior, por ejemplo, por otro niño, sin que entienda que lo sabe el director.

San Agustin refiere que la reprension de una criada á Santa Mónica su madre siendo niña, la movió tanto que la corrigió de una mala costumbre que habia contraido de beber vino puro, lo que no habian podido conseguir ni la vehemencia ni la severidad de su aya: por fin, es preciso procurar inspirar gusto al espíritu de esta clase de niños, como se hace con respecto al cuerpo de ciertos enfermos dejándoles buscar lo que pueda curar su hastío, y permitiéndoles algunos antojos ó caprichos aunque sea contra las reglas del arte, mientras que no lo conduzcan á excesos peligrosos. Es mucho mas difícil dar gusto á los que carecen de él, que formar el de los que todavía no lo tienen como debieran tenerlo.

Hay otra especie de sensibilidad, mas difícil aun de comunicar y mas importante que debe inspirarse á los niños, la cual es la de la amistad. Desde el momento en que el niño es capaz de ella, ya no debe pensarse en otra cosa que en inclinar su corazón hácia personas que le sean útiles. La amistad le conducirá á casi todo cuanto se pretenda de él, siendo esto un lazo seguro para atraerlo al bien, mientras que se sepa aprovechar: no queda, pues, otra cosa que temer sino el exceso, y la mala eleccion en sus afectos é inclinaciones. Pero hay otra clase de niños que nacen sagaces, reservados é indiferentes, y egoistas ocultos que saben engañar á sus padres, cuya ternura les hace crédulos; que aparentan amarles estudiando sus inclinaciones para conformarse á ellas; que parecen mas dóciles que los otros niños de su edad, los cuales obran sin fingimiento siguiendo su genio; que manifiestan una flexibilidad que, ocultando una voluntad dura, aparenta verdadera dulzura, y cuyo natural disimulado no se despliega del todo sino cuando ya no hay tiempo de remediarlo.

Si hay algun natural que ponga obstáculos insuperables para su educacion, puede decirse que es el que acabamos de indicar, debiendo por desgracia confesar que su número es mayor del que se imagina: sin embargo, los padres no pueden resolverse á creer que sus hijos tengan mal corazon, y no queriendo verlo ellos mismos nadie se atreve á convencerlos, y el mal se agrava cada dia: el principal remedio seria, á mi parecer, dejar á los niños en entera libertad de descubrir sus inclinaciones, pues es preciso conocerlos á fondo antes de corregirlos. Son naturalmente sencillos y francos, pero por poco que se les moleste, ó que conozcan algun amago, ya no vuelven mas á su primera sencillez. No hay duda que solamente Dios concede la ternura y bondad de corazon, pero podemos excitarla en los niños presentándoles ejemplos generosos, máximas de honor y desinterés, y el desprecio de las personas que aman solo sus intereses particulares. Es preciso hacer que los niños comiencen á experimentar el placer de una amistad cordial y recíproca, antes que hayan perdido la primera sencillez de los movimientos mas naturales, y nada mejor para lograrlo que poner desde luego á su lado personas que no les manifiesten jamás nada áspero, falso, bajo é interesado. Seria siempre preferible en caso de necesidad, tolerar á su lado sugetos que, aunque tengan otros defectos, estén exentos de los mencionados. Es menester tambien elogiar á los niños cuando hacen algo por amistad, mientras no sea inoportuno ó exagerado. Es igualmente necesario que reciban de sus padres muestras de amistad sincera; pues los niños aprenden frecuentemente de sus mismos padres á no amar cosa alguna. Por fin, yo quisiera desterrar de esta amistad todos los cumplimientos supérfluos, todas las demostraciones aparentes, y todas las caricias fingidas, con las cuales se les enseña á corresponder con vanas exterioridades á las personas que deben estimar.

Otro defecto hay opuesto al que acabamos de explicar, que se nota mas frecuentemente en las niñas, y es el de apasionarse por cualquiera cosa, aun por las mas indiferentes. Los niños no pueden ver á dos personas que se llevan mal sin que su corazon tome luego partido por una de las dos contra la otra; y como sus afecciones ó aversiones carecen de fundamento, ningun defecto reparan en las que estiman, ni cualidad alguna buena en las que desprecian. Sin embargo, no conviene oponerse abiertamente á este capricho, porque la contradiccion solo serviria para fortificarlo, sino hacerles advertir con mucho tiento que conocemos mejor que ellos todo lo bueno de las personas que aman, asi como lo malo de las que desprecian, cuidando al mismo tiempo de hacerles conocer los defectos que se encuentran en el objeto que les gusta,

asi como las cualidades buenas que tienen los que miran con aversion. Aprovechando las ocasiones favorables para manifestárselo sin forzar su juicio, ellos mismos reflexionarán y volverán en si, y entonces se les puede hacer ver la sinrazon con que se encapricharon, añadiéndoles con suavidad que ellas mismas conocerán á su tiempo preocupaciones que todavía les dominan, no estrañando que asi les haya sucedido, pues que tambien nosotros experimentamos lo mismo en su edad. Sobre todo se les hace ver lo mas sencillamente que sea posible la grande mezcla de bien y de mal que se encuentra en todo cuanto podemos amar ó aborrecer, para contener el ardor de las amistades y aversiones.

No prometamos á los niños adornos ó golosinas en premio de su aplicacion, porque esto causaria dos males: el primero inspirarles aficion á cosas que deben mirar con indiferencia, y el otro quitarnos el medio de otras recompensas que facilitarían nuestro trabajo; y cuidémonos bien de amenazarlos con hacerles estudiar, ni sujetarlos á regla alguna. Procúrese dar las menos reglas que sea posible, y en el caso de que no podamos prescindir de hacerlo, procuremos con dulzura que las cumplan sin darles tal nombre, y manifestando siempre alguna razon de conveniencia para practicar lo que se les indica en tal tiempo y en tal lugar con preferencia á otro. Tambien nos arriesgamos mucho á desalentar á los niños si nunca les alabamos sus adelantos; pues aunque se hayan de escasear las alabanzas, por el temor de la vanidad que pueden producir, con todo es menester que nos sirvamos de ellas sin desvanecerlos.

Sabemos que San Pablo empleaba frecuentemente las alabanzas para alentar á los débiles, y para suavizar las correcciones, y los Santos Padres las usaron con el mismo objeto. Es verdad que para sacar utilidad de ellas es menester disponerlas de modo que no sean exageradas ni lisonjeras, y que al mismo tiempo se refiera todo el bien á Dios como á su autor y origen. Tambien pueden premiarse los niños con juegos inocentes y algo industriosos, con paseos en que se saque algun fruto de la conversacion, con sencillos regalos por via de premios, como medallas, estampas, mapas geográficos, ó libros bonitamente encuadernados.

(Fenelon.)

**INTELLECTUAL (Educacion).** La educacion intelectual no tiene por objeto dar á todas y cada una de las facultades intelectuales el mayor desarrollo posible, sino la capacidad necesaria ó útil para cumplir los deberes correspondientes á la carrera que abrazamos.

Para ponerse en estado de perfeccionar las facultades expresadas, ó

las que reclamen una cultura especial, es preciso empezar por el estudio de cada una de ellas en sí misma y en el admirable conjunto que forman. Este estudio se llama, cuando es profundo, psicología.

El alma, creada á imagen de Dios y tan superior al cuerpo, se distingue por tres grandes facultades, que son la de *pensar*, la de *sentir*, y la de *querer*; esto es, la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, las cuales se ejercen y perfeccionan por medio de los órganos del cuerpo, y podemos conocer cómo se desarrollan, estudiándonos á nosotros mismos. Discútese entre los filósofos si *sentimos* antes de *pensar*, ó si la inteligencia precede á la sensibilidad, pero esta cuestión no puede decidirse, ni tiene importancia para los profesores. Lo que sí es un hecho indudable, que los fenómenos intelectuales se efectúan en la inteligencia, que esta tiene ideas, nociones y pensamientos, á los cuales no acompaña ninguna de las emociones llamadas actos de sensibilidad, al paso que estas emociones ó actos van todos unidos á alguno de la inteligencia; como idea, noción ó pensamiento. En general las tres grandes facultades del alma están tan enlazadas entre sí, que forman una sola alma, y no tres cosas diferentes.

En cuanto á la voluntad, puede asegurarse que pensamos y sentimos antes de *querer*.

La sensibilidad es la primera que se manifiesta y domina en la infancia. Con efecto, todos los instintos del niño están excitados por los objetos que le rodean, y parece que por los sentidos recibe los primeros alimentos de la inteligencia y las primeras impresiones que la ponen en juego.

La sensibilidad ocupa un lugar muy importante en la vida. Nuestros sentidos reciben continuamente impresiones, algunas de ellas muy agradables: el magnífico espectáculo del cielo estrellado regocija la vista; el oído se llena de encanto con una música deliciosa; el olfato se complace con los aromas de las flores; el gusto se halaga con el sabor de los alimentos exquisitos, y aun el tacto ofrece algunos atractivos. El beso que doy á mi hijo Adolfo, produce una sensación agradable en mis labios, prescindiendo de la emoción que experimenta mi alma.

Estas sensaciones no se detienen en los sentidos ó en los órganos de los sentidos, sino que van á parar al alma. Si no llegasen á ella, al cabo de pocos instantes desaparecerían completamente. Es verdad que experimentamos impresiones que pasan desapercibidas, de las cuales no se entera ó se entera muy poco el entendimiento, ni les presta atención, ni examina, ni aun tiene conciencia de ellas; pero esto de-

pende de que en el instante de la impresion nos hallamos preocupados por sensaciones mas enérgicas, y mas interesantes para el alma: así, por ejemplo, el soldado que oye cercano el silbido de las balas enemigas, no siente el aroma de una rosa por inmediata que se halle, á causa de tener absorbida la atencion por otro objeto.

No son raros estos casos; sin embargo, en el estado ordinario percibimos las impresiones que experimentan los sentidos, y estas llegan al alma: entonces la inteligencia se apodera de ellas, las analiza, las descompone, las compara entre si, observa sus caractéres distintos, y distingue ideas con las cuales forma juicios, raciocinios, teorías, un sistema, la ciencia.

Esta actividad de la inteligencia se llama *pensamiento*.

No son en efecto los sentidos los que comparan, analizan y observan los caractéres de los objetos y los clasifican; es el alma, la inteligencia; la que efectúa todo esto por medio de un acto general llamado *pensar*.

Una de las primeras cosas que hace el pensamiento es establecer la distincion entre nuestros sentidos y nosotros mismos, y los objetos exteriores que nos impresionan, ó como dicen los filósofos, *distinguir el mundo interior del mundo exterior*, el *yo* del *no yo*, palabras de que no debe hacer uso el maestro y que me escusaria de citar si no se hallasen en libros que pueden serle útiles y cuyo lenguaje debe conocer.

La inteligencia, que como queda dicho, es una de las tres grandes facultades del hombre, se descompone ó distingue en varias facultades secundarias.

La facultad de observar lo que afecta los sentidos ú ocupa la sensibilidad, la inteligencia ó la voluntad, se llama *atencion*.

La de conservar el recuerdo de las sensaciones, de las ideas, y de las resoluciones, se llama *memoria*.

La de recordarnos la imágen de lo que nos ha impresionado, ó de combinar entre si sensaciones, nociones y resoluciones, se llama *imaginacion*.

La de examinar las sensaciones se designa con el nombre de *reflexion*.

La de comparar los objetos, las imágenes, ó las impresiones con todos sus caractéres, se llama *comparacion*.

Hay otra mas preciosa que se refiere á la *comparacion*, y es el *juicio*. Tan luego como comparamos dos cosas, hallamos que son iguales ó diferentes, ó mayor, mas bella, menor ó mas fea una que otra; enunciar este resultado es emitir un *juicio*.

Obsérvese que la palabra *juicio* tiene en nuestro idioma tres acepciones distintas: expresa la facultad de juzgar, el modo de obrar esta facultad, ó sea la operacion, y el resultado de esta, que es lo que constituye el enunciado de juicio.

Lo mismo sucede con la palabra *raciocinio*, pues se llama racionar el acto por el que enlazamos entre si dos ó mas juicios: el racionio es facultad, operacion, y resultado de operacion.

Toca ahora determinar, qué deben hacer los maestros para la educacion intelectual de los discipulos, con el fin de que las facultades de estos alcancen el desarrollo necesario para la carrera á que se dediquen. Este debe ser asunto de las mas serias meditaciones; pues aqui solo pueden darse reglas generales sobre el particular, debiendo los maestros aplicarlas á las localidades, á las clases, y á las personas. Hé aqui las mas importantes de estas reglas.

No debe enseñarse á los discipulos mas de lo que deban saber, esto es, lo útil y lo necesario.

No deben desenvolverse facultades cuyo desarrollo sea peligroso ó inútil.

Debe atenderse con particular cuidado á que no hay estudios ni conocimientos de adorno para las clases trabajadoras; porque es una crueldad encaminarlas á la instruccion de adorno, teniendo despues que privarles de ella.

Debe el que enseña esforzarse siempre en ser muy claro, procurando que no quede dudosa y vaga en la oscuridad la inteligencia de los discipulos.

Asimismo ha de procurar que las facultades se perfeccionen bien, siguiendo el orden trazado por la naturaleza.

Lo más fácil de ejercitar en la infancia es la intuicion y la memoria, y por eso, todo sistema de enseñanza, para ser bueno, debe presentar á la atencion del discipulo el mayor número de objetos posible.

Puesto que las palabras son necesarias para recordar las cosas, y los números para conocer las cantidades ó las relaciones, es preciso enriquecer con palabras la memoria, cuidando de acaudalar signos en la imaginacion.

Pero no debe sacrificarse nunca el conocimiento de las cosas al de las palabras, ni el de las palabras al de las cosas.

Sobre todo, no debe apresurarse imprudentemente el maestro á dar lecciones á los niños, sino guiar con tino en la casa paterna, en la escuela de párvulos y en la elemental, los endebles y delicados órganos de estos. Mientras se hallan unidos el cuerpo y el alma, el ejercicio

de las facultades intelectuales está enlazado con el de las físicas, y con la condicion de los órganos materiales; por tanto, si á resortes tiernos aun se les comunica una acción muy rápida ó violenta, no solo se corre el riesgo de destruirlos ó desfigurarlos, sino que de hecho se paralizan los progresos intelectuales, que dependen de la elasticidad de aquellos resortes. No debe, pues, exigirse al niño sino una atención proporcionada á sus fuerzas físicas y morales, pues para desarrollarse armoniosamente la atención necesita variar de trabajo, pasando de un objeto á otro, antes de experimentar los efectos de la laxitud. El espíritu del niño es tan móvil como el cuerpo; de consiguiente no debe tener la presuntuosa aspiración de reformar la naturaleza, al observar los extravíos de aquel, sino dar á esta movilidad lo que le corresponde legítimamente. Hay niños de extraordinaria gravedad y disposición: el maestro á cuya escuela quieran asistir, debe admitirlos; pero sin la pretensión de *adelantarlos*, pues debe tener presente que los niños que pasan por un prodigio á los cinco ó seis años, suelen ser luego jóvenes y hombres muy comunes.

La imaginación tiende á predominar en la edad de la adolescencia; preciso es contenerla en sus límites.

A la edad viril, el alma, mas acostumbrada á comparar, posee en toda su plenitud la facultad de *juzgar y conocer*; pues el *conocimiento* exacto, la *ciencia*, es el último y el mas apreciable resultado de la actividad de la inteligencia y de los diferentes actos del pensamiento; pero este resultado no se alcanza sino preparándolo en los ejercicios de la niñez y de la juventud. Debe prepararse para este fin al discípulo por medio de los acertados ejercicios que tienen por objeto dar á la inteligencia fuerza y claridad, ó lo que es igual, verdad y rectitud; ejercicios de que hablaré al tratar del *método*.

Cuando observamos todos los caracteres de un objeto ó de un fenómeno, obtenemos una *noción* mas ó menos *clara*, una idea mas ó menos *completa*; pero cuando miramos las cosas superficialmente, solo adquirimos ideas oscuras, incompletas, ó confusas. Debe procurarse que los discípulos se acostumbren á observar las cosas y penetrarse de ellas; pues el hábito opuesto de no observar nada ni enterarse de ninguna cosa, es una de las mayores enfermedades del alma, el *atolondramiento* ó la *imbecilidad*.

Deben darse no solo ideas claras, sino tambien generales. Y ¿qué son estas ideas?

Sabemos bien, por ejemplo, que el árbol es una planta muy robusta y desarrollada, cuyas raíces penetran en la tierra, cuyo tronco se

eleva á cierta altura, cuyas ramas se extienden en el espacio, y que tiene multitud de ramillas, hojas, flores y frutos. Esto no es mas que una *noción abstracta*, una idea general; pues si es cierto que hay perales, manzanos y cerezos, llamados comunmente *árboles*, no hay cosa alguna que se llame solo árbol; el árbol ha de ser manzano, peral, pinabete, etc., etc.

En la antigüedad y en la edad media, se han ocupado mucho los filósofos en comprobar este hecho que se comprueba por sí mismo.

Podrá decirse que ciertas ideas generales que en el mundo físico no tienen representacion material, vienen á ser meras palabras ó inútiles abstracciones; pero en mi sentir es un absurdo sostener semejante paradoja, de la cual sin embargo no hablaria á los aspirantes á maestros á no ser necesario dar ideas bien claras sobre el particular, para que en el estudio de la gramática no pasen definiciones falsas, como sucede en ciertos manuales, donde se dice que los sustantivos se distinguen en dos clases, unos que expresan objetos reales y concretos, y otros, objetos *imaginarios* ó *abstractos*, y entre estos últimos citan la justicia, la virtud, y la caridad. ¿Es esto exacto? Verdad es que no hay en el mundo objeto ni ser que pueda decirse es la *justicia*, la *virtud*, ó la *caridad* en persona; pero de aquí no se deduce que estas virtudes sean imaginarias ó meras abstracciones; ni eso obsta á que distingamos en qué consiste cada una de ellas. Son ciertamente lo mas necesario y admirable que hay en el hombre; y si no existen personificadas ó encarnadas en todos los seres humanos, no por eso dejan de existir felizmente en muchos, y en un grado tan honroso para ellos, como sensible á todo el mundo: así, pues, por abstractas que sean, no es posible que haya quien tenga la locura de negarlas.

La mas importante ocupacion de la inteligencia es referir unos á otros los conocimientos mas ciertos, las ideas mas completas, y las nociones mas puras; aclararlas, completarlas, y hacer cada una de ellas mas instructiva con el auxilio de las demás; determinar su naturaleza, su valor, sus relaciones y sus límites; y por último, sacar consecuencias y deducir teorías, creencias y enseñanzas. La facultad de hacer todo esto se llama *razon*; valerse de ella es formar juicios; esto es, *raciocinar* ó hacer *raciocinios*.

La inteligencia ejerce su funcion suprema cuando juzga ó raciocina: la razon es, digámoslo así, la luz ó reina de las demás facultades intelectuales; la que comprueba las demás, y la que unas veces les pide y otras les da cuenta de sus actos.

La *razon* pide la *razon* de las cosas, y no acepta ninguna sin ha-

berla examinado, justificado y experimentado por sí misma, porque nada hay que no sea *razonable*, esto es, que no sea conforme á las leyes que el mismo Dios ha impuesto á nuestro ser. Lo expuesto se entiende bien, pues siendo la *razon* humana un reflejo de la divina, en el recto exámen de las cosas obedece necesariamente á las leyes impuestas á su actividad; y no puede eludir el someterse á ella, aceptando cosas fuera de *razon*, sin dar una prueba de debilidad, enfermedad, ó al menos de incuria de ánimo.

No se crea que la inteligencia humana, hecha para buscar la *razon* de todo, la encuentra realmente en todas las cosas; porque al buscar la *razon* de todo, llega á las grandes cuestiones relativas á la creacion del mundo, á la existencia de Dios y á la inmortalidad del alma, donde las luces no bastan por sí solas para penetrar sino hasta cierto punto; y entonces recurre á la *razon* divina, pidiendo le ilumine con la luz pura y viva que brilla en la religion.

La enseñanza de la religion es la que mas asegura á la educacion intelectual el mayor y mas completo desenvolvimiento.

La educacion intelectual en los estudios superiores, es objeto de una enseñanza especial, llamada *lógica*, de que no tiene que tratar el maestro.

A la educacion intelectual, que forma la inteligencia para lo verdadero, se refiere intimamente la educacion moral, que tiene por objeto formar la voluntad para el bien, y la educacion estética, que dispone la sensibilidad para que pueda apreciar lo bello.

(Matter.)

**INTELLECTUAL (Educacion).** (*Su necesidad en las escuelas.*) Aunque en los principios el hombre no aspire á saber sino en interés de su conservacion y de su bienestar, no tarda mucho en investigar y amar la verdad por sí misma, noble curiosidad que constituye uno de los caracteres distintivos de nuestra especie. Por poco que haya podido ilustrarse el hombre aspira á lo *verdadero*, como aspira á lo bueno, á lo bello, á lo infinito; aspira al conocimiento del sistema universal y á comprender lo que es él mismo en este sistema y cuáles son sus relaciones con la creacion y el Criador. Promover y nutrir esta curiosidad, tal es el objeto de la educacion intelectual, educacion de la *razon* propiamente dicha, educacion que es preciso dar dentro de ciertos límites á todos los hombres.

¿Hasta qué punto es posible esta educacion en las escuelas populares? Llámase *filosofía* al conjunto de los esfuerzos encaminados á

formar idea clara del sistema universal y de nuestras relaciones con él; ¿pero sería prudente hacer al pueblo filósofo y dar á los alumnos de las escuelas primarias un curso de filosofía? ¿Sería prudente que al admitirlos á recoger algunos frutos del árbol de la ciencia, se les arrebatase la paz de la ignorancia, se suscitase la duda en el fondo de su alma y se alimentase su vanidad con un saber superficial? No son estas nuestras pretensiones; queremos que se cultive la razon en provecho de la fé y de la dicha, y que se satisfaga la natural curiosidad del hombre en lo posible sin desviarlo de los trabajos materiales á que ha de dedicarse y en favor de estos mismos trabajos.

Todos los hombres, hasta el salvaje, consideran á su modo el sistema del mundo, el origen y el fin de las cosas y su propio destino; y la conviccion íntima que han formado, aunque no se den cuenta de ella, ejerce sin embargo cierto influjo en su conducta. Conviene, por lo mismo, que esta manera de ver sea la mas clara y verdadera posible, y para conseguirlo es indispensable hacer apreciar al niño la necesidad y escitar en él el deseo de esta instruccion.

Pero se dirá: la religion cuya enseñanza es el primer deber de las escuelas, ¿no explica este sistema, no es una filosofía sublime, positiva, que resuelve completamente y con soberana autoridad todas las cuestiones sobre el origen del universo y sobre la naturaleza y el destino del hombre? Todo esto es indudable, pero, por lo mismo, se hace mas necesaria la educacion intelectual. En efecto, no basta para disponer los niños á recibir la enseñanza religiosa, despertar en ellos el sentimiento de lo infinito y apelar á su conciencia, sino que es preciso preparar y disponer el entendimiento. Es indispensable darles idea de la grandeza del universo, hacerles comprender el magnífico espectáculo del cielo estrellado, las leyes generales y la admirable armonía de la naturaleza, «mostrarles la sabiduría y la omnipotencia de Dios, patente en todo lo que ha creado, y donde se le ve á él mismo como en un espejo por los que no pueden contemplarle en su propia idea; filosofía sensible y popular de que es capaz el hombre exento de pasion y de preocupaciones,» segun Fenelon.

Toda la guerra que la filosofía del último siglo ha hecho á la preocupacion y á las supersticiones populares no ha bastado á destruirlas, pues se conservan no solo en las aldeas sino hasta en el seno de grandes ciudades que se tienen por ilustradas; y si algunas de estas preocupaciones pasan por inocentes, acaso por útiles, ó de poca importancia, otras muchas son tan funestas como groseras. La prensa y los tribunales de justicia suelen ser mas de una vez el eco de los abusos y los

crímenes que producen; aunque, por lo común, pasan desapercibidos la mayor parte de estos hechos que ocurren en la oscuridad y en las tinieblas. La publicidad, además, es una arma impotente contra estas preocupaciones, y es preciso apelar á la educacion intelectual en las escuelas primarias, único medio de destruirlas radicalmente. No basta para vencerlas decir que son absurdas ó nocivas, oponerles la incredulidad de las personas instruidas, desmentirlas, por decirlo así y hacerlas objeto del ridículo; sino que es preciso combatir las en su origen é impedir que se apoderen de las nuevas generaciones, cultivando la inteligencia de estas é ilustrando su razon naciente sobre la verdadera naturaleza de las cosas. La moral y la religion ganarian en ello igualmente, y la bienhechora autoridad de esta última se acrecentaria en tanto cuanto se hiciere perder de su imperio á las supersticiones. *(J. Willm.)*

**INTELLECTUAL DE LA MUGER (Educacion).** Hagamos justicia á los padres, pues es un hecho que la mayor parte de ellos conocen ya la necesidad de proporcionar á sus hijas los conocimientos que les permite su posicion, y por lo mismo se han debilitado considerablemente muchas preocupaciones. Ha demostrado la experiencia que las mugeres ilustradas no todas son pedantes, que saben cumplir sus deberes domésticos tan bien como las demas, y que no siempre carecen de gracias, mientras que muchas mugeres ignorantes están privadas de ellas. En fin, la educacion ha hecho lo posible en cuanto á la enseñanza durante este siglo, por mas que no se hayan dirigido sus esfuerzos con todo acierto, como hay motivo para creer, si se examina los resultados que pudieran ya haberse conseguido.

No puede afirmarse en modo alguno que las mugeres que se dicen instruidas carezcan de buen juicio, pues muchas veces, y bajo diversos puntos de vista, manifiestan poseerlo en alto grado; pero es cuestionable que las laboriosas lecciones de la juventud hayan contribuido mucho á su desarrollo.

Muchas poseen, á la verdad, conocimientos, ¿pero de qué les sirven, no pudiendo manifestarlos sino rara vez en la conversacion, porque de lo contrario las harian pasar por pedantes, y no complaciéndose en cultivarlos en la soledad y el retiro? ¿Se aprovechan de ellos para ayudar al marido en el cumplimiento de su vocacion, para reemplazar á los maestros de sus hijos ni para gobernar la casa con mas acierto? Seria injusto decir que no lo practiquen jamás; pero puede asegurarse que lo hacen muy rara vez.

¿De qué proviene esto, pues, sino de que las mugeres de talento, lo hacen servir menos para la instruccion que para otras cosas?

Adquieren conocimientos de una manera puramente pasiva; pero sin aficion á lo que se les enseña, ni verdadero deseo de desarrollarse, ni placer en el ejercicio del juicio. No hay vida en los estudios, y cuando esta falta los conocimientos adquiridos se parecen á un ramillete de flores separadas del tallo, cuyos capullos se marchitan sin abrirse.

Y ¿cuál es el resultado de esta falta de esfuerzos verdaderamente intelectuales, durante la juventud, sino el disgusto y la indolencia para el resto de la vida? Saciadas de lo que han aprendido, sin deseo de aprender lo que ignoran, las mugeres mejor educadas no hacen mas que leer novelas y éntretenerse en labores de tapicería. Como madres, se hastían muy pronto de asistir á las lecciones que se dispensan de dar, y, como su espíritu aunque inerte ha recibido una cultura bastante sutil, miran con cierto desprecio á los que las reemplazan en la educacion de sus hijas. Para ellas los maestros son torpes y pedantes y las maestras vulgares, y unos y otros observan luego el desden con que se les trata lo mismo que lo advierten los niños; de que proviene el desaliento de todos, que terminan, al fin, en ponerse de acuerdo para mirar con indiferencia sus respectivos deberes.

Y ¿cómo prescindir de auxiliares cuando se teme toda especie de trabajo, ni qué menos propio para la enseñanza que la inteligencia inactiva? Su instruccion confiada solamente á la memoria no se transmite; los métodos varían, y hasta los libros mas elementales sirven rara vez para dos generaciones, además de que con todos los libros, es necesario explicar, comentar y poseer cierta flexibilidad que permita variar la forma exterior de las lecciones. La explicacion seguida es difícil, y si se apela á la interrogacion, el que no comprenda bien los principios y aun el espíritu de cada materia, no obtendrá jamás del niño respuestas satisfactorias, y, lo mismo que éste, se descaminará á cada paso.

No conviene dar á las niñas una instruccion mas extensa y profunda porque no es practicable, y porque sus ventajas se pagarian luego muy caras. El tiempo dedicado á la educacion es demasiado corto, cuya dificultad crece destinando una parte del dia á ejercicios que á nuestro parecer se descuidan demasiado. Estos ejercicios que indicáramos desde luego, son en primer lugar el culto doméstico, corto, pero practicado de corazon y con toda conciencia; luego los ejercicios corporales mas prolongados y mas eficaces que lo son de ordinario, y

después una hora de libertad bajo la salvaguardia de la conciencia de cada uno. Quisiéramos también que á la entrada de la adolescencia se suspendiesen por un año las lecciones fatigosas, para dar lugar á la enseñanza de la religion. Las facultades morales, lo mismo que las físicas cada vez mas desarrolladas, así como la mejor disposicion del alma y del espíritu, son resultados que á nuestro modo de ver habian de justificar esta nueva exigencia.

Conviene observar que esta distribucion del tiempo proporciona intervalos de descanso para las facultades intelectuales, y lo mismo puede decirse con el destinado á las ocupaciones que constituyen el aprendizaje de la muger. El gran número de obligaciones que esta debe acostumbrarse á cumplir desde muy pronto, exige algun sacrificio por lo que hace á la instruccion, y aunque en esto no hay duda, el problema está en lo que debe sacrificarse.

Parece que en el particular se camina entre dos escollos. De dar á la enseñanza cierta apariencia de universalidad como sucede de ordinario, resulta que la instruccion es superficial y comun; que parecen vaciados todos los talentos en el mismo molde; que por poco que se quiera insistir en la teoria se fatiga á la niña y se consume el tiempo á costa de su salud y su natural alegría, y, por fin, que se desvanecen el contento y el placer sin alcanzar la perfeccion en ramo alguno. Si, por el contrario, se renuncia á ciertos estudios para dar mejor impulso á los otros, acaso los que se cultiven sean inútiles cuando la niña llegue á tomar estado, y aun sean una carga para su esposo.

Este último peligro es muy grande para las mugeres, porque los casamientos se hacen ordinariamente por motivos estraños á su desarrollo moral. Solo influyen en los matrimonios las ventajas exteriores, la posicion social, y de ahí tantos enlaces desproporcionados. ¿De qué me sirve esto en casa? dirá el hombre sensato que se ha unido á una muger aficionada á la música y á las artes. No tengo en realidad compañera, dirá el literato ó el poeta casado con una erudita que no conoce las artes. ¿Cuán injurioso no es el epíteto con que Voltaire osó ajar el nombre de la sublime Emilia, la grande inteligencia comentada por Newton, porque no comprendia la armonia de los versos! Entre el inconveniente de los conocimientos generales, pero vagos y sin resultado, y el de los conocimientos especiales, pero mal elegidos, hay un medio á que es preciso recurrir.

En las mugeres es preferible la aficion al estudio y la facilidad de aprender á la mucha instruccion, y no es malo del todo que el deseo de instruirse sea mayor que la ciencia. Procuremos habituarlas á la

aplicacion y á apoderarse de las ideas nuevas; inspirémosles cierto deseo de luchar con las dificultades y hagámosles gracia de la ciencia. De este modo el objeto que nos proponemos con la instruccion, esto es, el desarrollo de las diversas facultades, nos parece tambien esencial en la educacion de la muger.

El jóven, llamado ya á desempeñar un destino conocido de antemano, puede recibir la instruccion mas apropiada á su objeto con ligeras modificaciones; pero cuando se trata de una jóven que ha de casarse no es posible preveer el porvenir, porque su espóso puede aspirar á cien carreras diversas y abrazar muchas de ellas sucesivamente. Por eso conviene que esté preparada para todo; que en todas las situaciones pueda ocuparse útilmente en provecho suyo y en el de los demás; y si no se ha desarrollado su espíritu de una manera general, no puede tener esta aptitud universal. Con la aptitud á que yo aspiro, la muger será, segun los casos, administrador de una hacienda, tenedor de libros, redactor de memorias, crítico ilustrado para elegir entre diversos escritos el mas conveniente á las personas á quienes ama; y por fin, á falta de otro auxilio, dirigirá la instruccion de sus hijos con buenos libros. *Déseme quince dias de ventaja sobre mi discípulo*, decia un hombre poco instruido que conocia sus facultades, y *enseñaré todo lo que se quiera*. Este sentimiento en la muger valdria tanto como un depósito de conocimientos de que no se hace uso.

Pero ¿cómo conseguirlo, cuando semejante desarrollo necesita celo y no se sabe excitarlo? En esto consiste, en efecto, la dificultad, y por eso se recurre á los maestros leccionistas, que es un medio de educacion mas cómodo. Los principios morales, sin embargo, ejercen grande influjo en la niña cuando no se ha corrompido su educacion. El religioso deber de agradar á los padres y el placer que ella misma puede encontrar en los estudios cuando se dirigen bien, bastarán por mucho tiempo para sus progresos. Despues debe iniciarse en el secreto de toda su educacion.

«Hasta de ahora, deberian decir los padres á la hija que suponemos se educa conforme á nuestros consejos; hasta de ahora hemos tenido consideracion á tu tierna edad, y el ligero ejercicio de atencion que te hemos impuesto no podia ensanchar mucho tus ideas. Por eso la instruccion elemental que empiezas á poseer se denomina instrumental, y con razon, porque se limita á proporcionar instrumentos para la verdadera instruccion: cuando se sabe leer y escribir correctamente y un poco de cálculo, no se posee mas que medios de adquirir conocimientos. Hemos agregado á esta algunas ideas sobre la configuracion

de la tierra, sobre sus producciones, sobre la historia de los pueblos que la han habitado, de suerte que en lo sucesivo podrás comprender los libros que tratan de estas materias. Tienes abiertas las puertas de la ciencia, pero estás aun en el umbral, y para pasar adelante te falta acrecer las fuerzas.

»Esta instruccion preparatoria unida á la del corazon que te hemos dado antes, ha producido ya una gran ventaja. Tus facultades morales, aunque débiles, las has ejercitado simultáneamente; adoras á Dios, amas al prójimo, admiras lo bello tanto en las artes como en la naturaleza, y has ejercitado la memoria y en parte el juicio. Nada ha sido descuidado, pero ahora es preciso fortalecerlo todo.

»A este fin van á encaminarse nuestros esfuerzos sin que la instruccion deje de ser aun preparatoria. Adquirirás, es cierto, mayores conocimientos, pero no hay posibilidad de comunicártelos profundos, completos, porque tu edad no lo permite. Es preciso persuadirse que la segunda educacion, la que uno se da á sí mismo cuando se han desarrollado las facultades morales y fisicas, es la única fructuosa, la única cuyas huellas son permanentes. Nuestro deber en la actualidad se reduce á ponerte en disposicion de que puedas educarte un dia por tí misma, darte poder é inspirarte deseos para ello.

»Por eso las lecciones consistirán en ejercicios para desarrollar tus facultades, mas bien que en la trasmision de conocimientos. A veces no comprenderás bastante bien la relacion de un estudio determinado con tu destino en el porvenir; pero tu verdadero destino se reduce á ser útil, y el nuestro á ponerte en disposicion de serlo. Estás llamada á hacer el bien en muchos sentidos, tanto por lo que dice al alma como al espíritu de todos á quienes sean necesarios tus cuidados materiales, y por lo mismo es preciso que se engrandezcan tu alma y tu espíritu, que se ejerciten tus facultades para hacerlas capaces de esfuerzos necesarios. Tus estudios te proporcionarán frecuentemente placer, pero te exigirán á veces trabajo. Si no adquieres pronto el hábito de estudiar con aplicacion, se apoderará de tí la indolencia, tan contagiosa en tu sexo, y estarás reducida á la mediania y privada de saludable influencia.»

Si los padres lograsen persuadir á sus hijas con semejante lenguaje, se conseguiria un bien infinito. ¿No es, en efecto, muy provechoso dar en perspectiva una aplicacion sólida á los años de la juventud, que suelen dedicarse á cosas frivolas? ¿No lo es tambien que esta aplicacion se considere como necesaria para la adolescente, por el convencimiento de la insuficiencia de lo que se sabe, y de que los primeros

progresos hacen mas indispensables los segundos? Y asi destruiriamos todas las causas de vanidad en la infancia; porque ¿cómo ha de hacerse alarde del desarrollo á que aspiramos? Siendo por lo comun inferior además en conocimientos y por el mérito en las artes, no puede haber motivo para hacer alarde de la verdadera superioridad de las niñas educadas de esta manera. ¿Cómo habian de creer que su inteligencia lo podia todo?

Pero dejando aparte el placer de la vanidad, ¿cómo ha de ocultarse que el menor movimiento del espíritu, que el menor rasgo inesperado de las facultades que quisiéramos poner en juego en la niña, tienen un mérito muy superior al de toda la ciencia que pudiera ostentar? ¿Qué placer no ha de experimentar una madre al observar que su hija escucha atentamente una conversacion instructiva y procura ilustrarse por si misma? Y si alguna vez se arriesgase á pedir esplicaciones, ¿habria hombre tan grosero que se las negara? La impaciencia que producen por lo comun las preguntas de las mugeres cuando no tienen otro objeto que llamar la atencion, pronunciar alguna palabra, ó decir alguna agudeza, no se manifiesta jamás cuando se ve que es efecto del sincero deseo de instruirse. Si las mugeres pudieran experimentarlo sin aspirar á satisfacer su amor propio, los hombres contribuirian con mucho mayor gusto al desarrollo de tan modestas facultades.

(*Necker de Saussure.*)

**INTELECTUALES (Facultades).** Advertimos lo que pasa dentro de nosotros, en nuestra alma, y lo que pasa fuera de nosotros, en todo lo que nos rodea: nuestra misma alma ve sus operaciones, conoce sus afectos, sus ideas, sus determinaciones; por otra parte, se pone en relacion con los objetos exteriores: esto es lo que se llama percepcion interior y percepcion exterior.

La percepcion exterior, se verifica por medio de los sentidos: el tacto, la vista, el oido, el olfato y el gusto.

El tacto, que tiene por órgano toda la superficie del cuerpo, y especialmente la mano, nos hace apreciar la forma de los objetos, y al mismo tiempo otras muchas de sus cualidades, tales como la dureza, la aspereza, la pesantez, etc.

La vista, cuyo órgano son los ojos, advierte la luz y el color; ayudada por el tacto, aprecia la forma de los objetos y su distancia.

Por el oido, que se ejerce por medio de las orejas, recibimos los sonidos, discernimos su fuerza y su suavidad, las diferentes articulaciones, y somos sensibles á la armonía.

El olfato percibe los olores que obran sobre las partes interiores de la nariz.

En fin, el gusto es la facultad por la que apreciamos los sabores. Es sabido que el órgano del gusto es la piel de la lengua y del paladar.

Para que lleguemos á conocer los diferentes objetos, no basta que los hayamos visto, ni que nuestro espíritu les haya dirigido una mirada rápida y pasajera: la impresion que de este modo hubiese recibido, se borraría prontamente sin dejar ningun vestigio. Todos saben que se puede tener á la vista una multitud de objetos, y sin embargo no conservar la menor idea de ellos al cabo de algunos minutos, si no se ha parado la consideracion, y si no se les ha contemplado. Lo mismo sucede con todas las percepciones mentales. Para que el entendimiento perciba, no basta que vea, es menester que contemple; y el exámen del entendimiento, la contemplacion del objeto, es lo que se llama *atencion*. Sin esta facultad, cualquiera enseñanza, cualquier empeño para hacer adquirir ideas, seria inútil; se tendrian oidos para no oir, y ojos para no ver; el alma permaneceria en un entorpecimiento perpetuo, ó en una distraccion continua. La atencion es, pues, de absoluta necesidad en la edad en que falta que aprenderlo todo; y sin embargo, como exige cierto esfuerzo del espíritu, es muy rara en la infancia. Esto basta para hacer comprender á los maestros el empeño con que deben tomar el hacer adquirir á sus discípulos un hábito, sin el que todos sus trabajos y todas sus tentativas serian estériles.

No percibimos únicamente los objetos que están en relacion con nosotros; recordamos tambien las cosas percibidas antes; volvemos á ver, por un poder enteramente particular de nuestro entendimiento, lo que hemos visto ya y que no tenemos presente: este poder se llama *memoria*. Esta facultad asegura las ventajas de la enseñanza, haciendo duraderos sus resultados: sin la memoria, la atencion grabaria en vano en nuestra alma las ideas que desaparecerian todos los dias: la memoria es un tesoro donde guarda y encuentra el entendimiento todas sus adquisiciones.

Esta facultad, pues, es una de las mas preciosas, y tambien una de las que presentan mas variedades: puede tener grande energia cuando se aplica á ciertos objetos, y ser estremadamente débil con respecto á otros. Asi la memoria de palabras ó de signos no la posee siempre el que tiene la memoria de cosas y de hechos; y aun en cada una de estas dos memorias hay muchas desigualdades. Algunos retienen muy pronto las palabras ó las cosas, y las olvidan con la misma prontitud;

otros con memoria mas tarda , pero mas tenaz , aprenden con trabajo , pero no olvidan nunca.

En otro lugar trataremos de los medios para desarrollar en el entendimiento las diversas cualidades de la memoria.

La *imaginacion* produce efectos todavía mas extraordinarios: no es solamente la facultad de representarse, bajo apariencias sensibles, las cosas reales, las cosas que se han visto ú oído; es la facultad de percibir seres puramente ficticios, que no existen sino en el entendimiento donde se han formado á su placer. La memoria representa lo pasado; la imaginacion concibe el porvenir: la una repite, la otra crea; la una conserva, la otra combina; la una recibe en depósito las adquisiciones del espíritu, la otra reviste á su voluntad con mil colores el objeto á que aspira: la primera se funda en el hábito, su fuerza consiste en la esclavitud que se impone; la segunda es espontánea, y su poder está en su libertad.

Entre todas las facultades, la imaginacion es la que, tal vez, ejerce mayor influjo en la conducta del hombre. Una vez prendado del ideal que ha formado en su mente, no hay cosa que no haga para realizarlo, aun cuando no fuese mas que el fruto del sueño mas extravagante; ni tampoco hay nada que dejase de hacer para huir del objeto al que ha atribuido gratuitamente cualidades funestas. La imaginacion hace los artistas y los poetas, los escritores de genio, y los espíritus delirantes que corrompen la literatura y las artes; ella hace los entusiastas y los fanáticos, los héroes y los locos; enciende el sentimiento verdadero de la religion, y alimenta las supersticiones mas odiosas; infunde alguna vez á la juventud tanta energia para hacer el bien, y la precipita frecuentemente en tan deplorables extravíos. ¡Con qué cuidado no deberá el maestro vigilarla, contenerla y dirigirla en los tiernos entendimientos, cuya educacion se le confia! Pero tambien ¡qué partido no podia sacar de esta preciosa facultad, que ayuda á triunfar de las dificultades representando antes los resultados futuros, que destierra el aburrimiento, el desaliento, y que, para dulcificar el mal presente, ofrece siempre el mágico remedio de la esperanza!

Al lado de la imaginacion, y para balancear ó para arreglar su accion poderosa, se desenvuelve la razon, que ve la verdad, que se atiene á ella, y no va mas allá. Bajo el nombre de razon se comprenden, en general, dos operaciones del entendimiento que se enlazan y se sirven mutuamente, pero que, sin embargo, deben distinguirse: el *juicio* y el *raciocinio*.

El juicio no se limita á percibir los objetos aislados; comprende las

relaciones que unen diferentes objetos entre sí, y las cualidades que los distinguen. El juicio, expresado por medio del lenguaje, es la proposición, que afirma ó niega la relación del sugeto con el atributo. Así, cuando se presenta un árbol á nuestra vista, no tenemos mas que una simple percepción de él; pero cuando vemos que este árbol es grande ó pequeño, y afirmamos que tiene una ú otra de estas cualidades, formamos y expresamos un juicio.

El raciocinio es algo mas que el juicio; es por el que se manifiesta, sobre todo, la grandeza y la dignidad del alma humana, á la que hace conocer verdades cuya evidencia no se le manifestaria sin embargo inmediatamente. Raciocinar, es combinar cierto número de juicios; es sentar un principio y deducir de él consecuencias. En esto consiste toda la ciencia de la vida; por su medio llegan á ser fecundas todas nuestras observaciones, establecemos las reglas de la conducta, y, en fin, ilustramos verdaderamente nuestro espíritu. Así, porque un hombre me ha ofendido, estoy resentido contra él; pero raciocino de este modo: la religion me manda amar al prójimo; el enemigo de quien quiero vengarme, es mi prójimo, debo pues perdonarle; y mi corazón y mi mano se detienen en el momento que iba á cometer un crimen.

Un juicio recto, es decir, que percibe las verdaderas relaciones de las cosas, y un raciocinio riguroso, que no deduce de los principios sentados sino consecuencias precisas, forman aquella sana razon que se llama buen sentido. Es indispensable á la adquisicion de todo conocimiento verdadero; sin él no hay medio alguno seguro de discernir en nuestros estudios la verdad del error, de reconocer en la vida lo que nos es útil ó nocivo, lo que nos está permitido de lo que nos está prohibido. El primer deber del maestro es preparar los discipulos á ser verdaderamente hombres, haciéndoles seres racionales.

Si el juicio humano, si las deducciones del raciocinio fuesen siempre infalibles, no tendria el hombre necesidad de otra guia que estas facultades; pero despues de su caída, han perturbado su juicio una multitud de pasiones, oscureciendo, ó iluminando con luz falsa los objetos que tiene interés, ó en ocultarlos, ó en hacerlos ver bajo determinado aspecto; las pasiones han torcido la rectitud del raciocinio, inventando todos los artificios del sofisma para establecer enlaces engañosos entre los juicios, con objeto de forzar ó atenuar por este medio las consecuencias verdaderas. Y aun suponiendo que la razon fuese recta y sana, seria menester reconocer todavia que siendo finita y limitada se esforzaria en vano para elevarse por sus propias fuerzas hasta aquellas verdades

:

cuyo objeto es infinito y eterno. Por esto Dios nos ha favorecido en nuestra debilidad, revelándonos él mismo todo lo que importa saber con entera certidumbre, y no podemos dejar de bendecir este divino auxilio. El estudio de nuestras facultades, la observacion de nosotros mismos, la vista de los errores, de las preocupaciones y de las faltas de los espíritus mas ilustrados y mas rectos, son muy á propósito para convencernos de nuestra impotencia y de la necesidad del apoyo de lo alto. Intimamente penetrado de esta verdad, no ha de cultivar el maestro la razon de los niños, tan débil siempre en su edad, sin inspirarles una desconfianza saludable de sí mismos, una justa deferencia á los consejos de los que saben mas que ellos, y sobre todo una absoluta confianza en las luces que da la religion. (Rendu.)

**INTELECTUALES (Facultades).** (*Desarrollo conveniente.*) Es muy importante decidir cuáles son las facultades que deben desarrollarse con preferencia en la escuela popular, porque el desarrollo intelectual del niño ejerce en su destino mas profundo influjo que los conocimientos positivos, pero siempre elementales que se le comunican. Este problema es tanto mas delicado cuanto que la ley guarda silencio acerca de las facultades que deben cultivarse con preferencia; y cuanto menos propio sea de la ley el tratar de ello, tanto mayor es el deber de la pedagogia de resolverlo.

Es evidente que las facultades mas útiles á la generalidad, esto es, la atencion, la memoria y el juicio, son las que deben ejercitarse ante todo; pero aun cuando no puede ofrecerse en esto duda alguna, como no la hay tampoco en cuanto á los conocimientos que deben darse, presenta, sin embargo, mas dificultades de lo que á primera vista parece. Las facultades del entendimiento se hallan intimamente enlazadas entre sí, de suerte que la atencion es estéril sin la reflexion; la imaginacion se pone en juego á medida que la observacion suministra materiales á la percepcion y á la memoria; al juicio se enlaza de una manera estrecha y necesaria el raciocinio; por fin, es tal el encadenamiento de estas facultades, que no hay medio de cultivarlas aisladamente. Mas aún: el análisis y la comparacion, resultado inevitable de la atencion y la reflexion, á las cuales se agrega el juicio y el raciocinio, conducen necesariamente á la abstraccion, á la generalizacion y á la síntesis. Esta série de operaciones, no porque se exprese con nombres científicos, deja de ser la cosa mas sencilla del mundo.

En efecto, si se necesita grande aplicacion para distinguir bien estas operaciones en el hecho y clasificarlas en la teoria, apenas necesita

esfuerzo alguno la inteligencia para ejercitarlas, pues le basta al espíritu dejarse llevar de su actividad natural.

Es pues de la mayor importancia comprender bien cuáles son las facultades inseparables entre sí que es preciso cultivar á la vez en la enseñanza; cuáles las que requieren menos cuidado, y hasta qué punto han de ejercitarse unas y otras. Los hombres vulgares no ven en esto sino una cuestión mas ó menos teórica, pero padecen un grave error. Para convencerse basta examinar ciertos libros, como por ejemplo, la mayor parte de los llamados cuentos morales destinados á la infancia, cuentos en que toda clase de ficciones, aun las mas dañosas y tan contrarias al sentido comun como á las costumbres, hacen un papel sumamente peligroso para la tierna imaginacion de los niños.

Despues de formarse idea fija de lo que debe exigirse de cada establecimiento y de cada maestro, es preciso tenerla tambien de los medios de ejecucion.

¿Cómo se han de dar las nociones que reclama la generalidad, y cómo ha de desarrollarse las facultades que le son mas útiles?

Este problema es tambien difícil, porque si todo el mundo está conforme en los principios, no es lo mismo cuando se trata de la práctica. Todos quieren, como ya hemos dicho, que se ejerciten con preferencia la atencion, la reflexion, la comparacion, el juicio y la memoria; porque son las facultades fundamentales, las que constituyen, por decirlo así, la dote natural del niño, la fortuna del hombre del pueblo. Pero cuando se trata de los mejores ejercicios para formar estas facultades, no existe la misma conformidad, porque siendo nuevos estos ejercicios entre nosotros, no ha podido suministrarnos aun la experiencia un método probado acerca del arte de dirigirlos. Con respecto á esto, hay en unos ignorancia completa, en otros arraigadas preocupaciones; estos rechazan los ejercicios como extranjeros, aquellos combaten como trabajo inútil lo que no conocen. Todos temen el abuso que pudiera hacerse de una cosa buena en sí misma. Razon hay de sobra para temer el abuso porque seria mil veces preferible renunciar á estos ejercicios que ejecutarlos mal; pero de todos modos es mas prudente examinarlos con formalidad, que desecharlos con ligereza. Y en verdad que son ventajosos, necesarios, como puede comprenderse por muy sencillas consideraciones.

¿De qué proxienen sino de falta de atencion, de reflexion y de memoria, la torpeza de muchos hombres de la clase del pueblo, y esas faltas y esos errores que comprometen sin cesar su fortuna y su salud? Hasta los vicios que dominan por lo comun entre los criados, los arte-

sanos y los jornaleros del campo, esa tendencia á la disipacion y á la desidia que conducen siempre á funestos extravíos, ¿no tienen origen en los hábitos de desatencion, de irreflexion, de imprevision y de ligereza, tan naturales al hombre cuyo desarrollo intelectual ha sido descuidado?

No se trata, pues, del perfeccionamiento mas ó menos útil de las facultades, sino de lo que hay de mas grave en la direccion de la infancia.

Y ¡cuánto nos resta que hacer en este punto! En efecto, á pesar de la excelencia de los métodos y procedimientos adoptados en nuestras escuelas, las facultades intelectuales del niño no adquieren en ellos todo el desarrollo que reclama el interés de las familias. ¡Cuántos establecimientos donde reina la desatencion y la disipacion! ¡Cuántos maestros que ignoran el arte de cautivar la atencion de sus discípulos! Y ¡cuántos que apenas piensan en ejercitar la reflexion, que apenas cultivan la memoria sino por el placer de la recitacion, que descuidan el juicio porque se teme despertar el racionamiento, y que en vez de fortalecer y dirigir lo uno por medio de lo otro, se abandona todo á las pasiones y al error!

Entre las enseñanzas de la escuela, no hay sin embargo una sola que no suministre materia bajo la direccion de un maestro inteligente al ejercicio de todas las facultades á la vez, y al desarrollo de los unos por medio de los otros. No son menos á propósito para este objeto la lectura y la escritura, cosas bien vulgares, que la aritmética y la gramática, que son la gimnástica de la inteligencia. Pero en vez de sacar partido de estos ejercicios y de formar la memoria por medio de la atencion, ó el juicio por la reflexion, ¡cuántos no son los maestros que hacen todo lo contrario, y que tanto en la enseñanza mútua como en la simultánea ahogan unas facultades por medio de las otras! Muchos de ellos principian por hacer aprender de memoria lecciones que no se han explicado, y despues de obligar al niño á recitar lo que no podia comprender, esto es, de haberle ejercitado á no atender á lo que graba en su memoria, pretenden que adquiera el hábito contrario. ¿Y qué ha de resultar ordinariamente de todas estas faltas, de tan completo trastorno de todo buen método, sino una instruccion mutilada, peor que la misma ignorancia, con la que tiene muchos puntos de contacto y que además lleva consigo prevenciones y disgustos infinitos?

Es menester para que haya variedad y para la inteligente direccion de los ejercicios, que aprendan los maestros á excitar y sostener la atencion de sus discípulos, de suerte que sea la enseñanza una leccion de

recogimiento y no de disipacion. Es menester cuidar tambien del desarrollo de la memoria, susceptible de tan fecunda cultura, y de la reflexion y el juicio que son las fuentes de donde nace el sentido comun que es donde debemos buscar la guia mas segura de la vida, y lo que el hombre del pueblo necesita mas que otro alguno.

El hombre del pueblo cuya sencillez se explota comunmente por la intriga y la codicia, es la base del edificio social, y cuando la base es mala, todo el edificio amenaza ruina. (Matter.)

**INTELECTUALES (Facultades).** (*Medios de cultivarlas.*) Cada una de nuestras facultades tiene su aplicacion mas especial á algun ramo de enseñanza. El maestro, pues, deberia cultivarlas con el mayor esmero, tan solo por el interés de la instruccion, aunque no tuviera el deber de preparar las diversas facultades, para que puedan servir en cualquier caso en el curso de la vida. La lectura, por lo menos en los principios, exige tanta atencion como memoria, y esto explica por qué prefieren los niños la escritura, pues su natural ligereza hace muy fugaz la atencion; y para la *escritura*, les basta ver bien, y ejercitar aquella inclinacion á imitar, tan notable y tan preciosa en su edad. Mas aún que la escritura, exige el *dibujo lineal* la facultad de imitar, y sobre todo una percepcion ejercitada y segura, que se llama rectitud en el golpe de vista. La *geografia* reclama particularmente la memoria, y por esta razon gusta á casi todos los niños. La geografia, por otra parte, es la que con la *historia natural*, en la enseñanza primaria, pone mas en juego la imaginacion, cuyo ejercicio tiene tantos atractivos para la juventud. La memoria es tambien indispensable para fijar en la mente los hechos de la *historia*, y la imaginacion para animar sus cuadros; pero se necesita además el juicio para apreciar el enlace de los hechos y sus resultados, sin lo que seria incompleta y estéril la enseñanza de la historia. En fin, el desarrollo de la razon va siendo cada vez mas necesario para toda enseñanza que obliga á seguir las proposiciones en su esplanacion, los principios en sus consecuencias, y en su aplicacion las reglas, como la gramática y la aritmética.

Las primeras facultades que se manifiestan en los niños son la percepcion y la memoria; la imaginacion aparece poco despues; la atencion se manifiesta largo tiempo rebelde; luego siguen el juicio y el raciocinio. Segun pues la conformidad que hemos manifestado existir entre las facultades y las diversas partes de la enseñanza, podemos establecer ya en general, que con los niños la escritura debe acompañar

á la lectura para facilitarla, y que puede seguirse muy pronto el dibujo lineal como tambien la geografia y las primeras nociones de historia; que es menester ocupar con mucha moderacion en la gramática á los principiantes, y presentarles únicamente aquella parte mecánica del cálculo que no requiere mas que la memoria, reservándose el completar despues estas dos enseñanzas; en fin, que no se ha de descuidar nada para fijar la atencion tan necesaria y tan difícil siempre.

La educacion intelectual ha de realizar un doble objeto: hacer adquirir muchas nociones, muchas ideas; y sobre todo hacer adquirir ideas claras y distintas. Es pues un problema de indispensable resolucion para todos los que se ocupan en la educacion, el encontrar cuales son las facultades que es menester ejercitar para conseguir la adquisicion de estas ideas, y de qué manera se han de dirigir estas facultades, para que las ideas adquiridas tengan la claridad absolutamente necesaria para que sean realmente útiles. No hay necesidad de haber resuelto la gran cuestion del origen de las ideas, para reconocer que la mayor parte de las que existen en el entendimiento de los niños les vienen de la *percepcion sensible* (que se ejerce por medio de los sentidos). Si son poco capaces de reflexionar sobre sí mismos, de observar el movimiento interior de su alma, son infinitamente prontos para percibir lo que pasa á su alrededor, y el fácil ejercicio de esta facultad es para ellos el origen de una multitud de placeres. Esto es cierto, no solamente con respecto á los niños, sino tambien con los hombres formados: es tal la debilidad de nuestra naturaleza, que no podemos concebir las cosas mas inmateriales sino valiéndonos de comparaciones tomadas de los objetos materiales, y que, para expresar las operaciones metafisicas del alma, empleamos frecuentemente las mismas palabras que para designar los actos físicos del cuerpo. Se ha dicho con mucha razon: «El desarrollo de las ideas, en general, está en relacion exacta con el modo que la naturaleza exterior ha impresionado los sentidos. Dos niños de la misma edad y de igual capacidad, adquieren conocimientos en diferente grado, si no están tambien en igual relacion con respecto á los objetos que los rodean: enciérrese el uno en un espacio estrecho, sin que se le hagan ver las cosas bajo ún punto de vista interesante; y déjese al otro que pueda ver un gran número de objetos, teniendo cuidado de presentárselos bajo todas sus fases: éste adquiere una multitud de conocimientos, mientras que sus órganos sensibles se excitan; y por consiguiente se ejercitan tambien sus facultades intelectuales: el primero, limitadas sus observaciones en estrecha esfera, no tiene mas que conocimientos reducidos y truncados, y estando me-

nos cultivadas sus facultades intelectuales, necesariamente han de estar menos desenvueltas.

»Hay en el entendimiento del niño, por desventajosas que sean las circunstancias en que se encuentra, una actividad infatigable en su facultad de percibir y una disposición á la curiosidad que le sirve para adquirir cierta suma de conocimientos prácticos. Aunque abandonado á sí mismo, su poder intelectual es suficiente para descubrir las cualidades mas aparentes de los objetos; pero las que se escapan á la primera observacion, no las adquiere, ó bien se forma nociones extravagantes de su naturaleza, si alguno no le conduce en la investigacion de la verdad. De una observacion incompleta y mal dirigida se originan ideas incorrectas y vagas, de donde emanan consecuencias falsas; en-tonces suple la imaginacion con imágenes faltas de verdad; y á los conocimientos positivos sustituyen la preocupacion y el error.

»Es pues un deber del maestro hacer observar á los niños, desde los primeros pasos de la educacion, los objetos que les rodean, y acostumarles á analizar con cuidado las impresiones que reciben de ellos, y esto por dos razones principales: porque este método está en perfecta armonía con su edad, y es de utilidad constante en el régimen y gobierno general de la vida práctica; despues, porque este ejercicio desarrolla las facultades intelectuales de una manera fácil y natural.

Hace muchos años que estos principios se aplican en un gran número de escuelas de Inglaterra, por medio de ejercicios de los que presentamos aqui un ejemplo tomado de la obra de Aikin:

### Ejercicio de la observacion y del juicio.

—El *maestro*. ¿Qué es lo que tengo en la mano?—El *discípulo*. Un pedazo de vidrio.—Examinadlo: ¿qué notais en él? ¿Podeis decirme lo que es?—Es brillante.—Tomadlo en la mano y tentadlo.—Es frío.—Tentadlo mas y comparadlo con la esponja que está colgada en vuestra pizarra.... Decidme ahora lo que notais en el vidrio.—Es suave, es duro.—¿Hay algun otro vidrio en esta sala?—Sí, en las ventanas.—*Cierra el maestro los postigos*. ¿Podeis ver ahora el jardin?—No.—¿Por qué?—Porque no se puede ver á través de los postigos.—¿Pues qué direis por esto del vidrio?—Que podemos ver á través de él.—¿Sabeis decirme una palabra que exprese esta propiedad?—No.—Yo os la diré; tened cuidado para no olvidarla: el vidrio es *transparente*. ¿Qué idea formareis ahora cuando se os diga que una cosa es transparente?—Que se ve á través de ella.—Nombradme una cosa que

sea trasparente.—El agua.—Si dejase caer este vidrio, ó tiráseis una piedra á la ventana, ¿qué sucedería?—Se rompería el vidrio; es frágil ó quebradizo.—¿Cuáles son pues las sustancias frágiles?—Las que se quiebran con facilidad.

### Ejercicio de comparacion.

—El *maestro*. Aquí hay cuatro objetos que he traído, para que me digais en qué se diferencian y en qué se asemejan. Nombradlos. ¿En qué se diferencian el plomo y la pluma?—El *discípulo*. La pluma es ligera y el plomo es pesado.—¿Cuál de los cuatro objetos es mas pesado despues del plomo?—El azúcar.—¿El azúcar es mas pesado que la leche? Mirad. (El maestro pone en la leche un terron de azúcar y una pluma.) Decidme, niños, ¿qué es lo que veis?—El azúcar cae al fondo y la pluma queda encima: el azúcar cae al fondo porque es mas pesado que la leche; la pluma queda encima porque es.... mas ligera que la leche.—Decidme: ¿en qué se diferencian mas el azúcar de la pluma?—El azúcar se deshace y la pluma no.—¿El plomo se funde en el agua?—No, pero se funde en el fuego.—¿El azúcar y la leche se parecen en alguna cosa?—Una y otra sustancias son blancas y dulces.—¿Sabeis en qué no se parecen?—En que la leche es líquida y el azúcar no.—¿En qué se diferencian la leche y el azúcar de la pluma y el plomo?—El azúcar y la leche son gratos al gusto, y la pluma y el plomo no son buenos para comer.—¿Si tuvieseis hambre ó sed, pediriais plomo ó pluma?—No, sino azúcar ó leche.—¿Sirven para alguna cosa el plomo y la pluma?—Con las plumas se hacen camas y almohadas. El plomo sirve para hacer tubos, depósitos, balas de fusil, etc.—¿Quién nos ha dado todas estas cosas para nuestro uso?—Dios.—¿Por qué nos las ha dado?—Porque es.... muy bueno.

—El maestro podrá dedicar los últimos instantes de alguna leccion para estos ejercicios, y deberá practicarlos especialmente con los niños de menos edad, cuya inteligencia, embotada por lo regular, necesita avivarse; además que es menester disminuir la fatiga y el tedio de sus primeros estudios.

—Estos ejercicios tienen la ventaja de sacar partido de los entendimientos mas rudos y mas ingratos, y producen el efecto de hacer al niño atento en general; y cuando ha llegado á fijarse en una cosa, está dispuesto ya á aplicarse á las demás.

20 Añadamos también á los medios de servirnos del influjo de los sentidos, el uso frecuente de las imágenes. «Cuanto mas jóvenes son

los niños ven con mas indiferencia las tristes realidades de la vida, y les causan mas impresion las imágenes que representan los prodigios de la Historia sagrada, las acciones loables de toda especie, y los monumentos de todo género. Con su memoria fresca todavía, su imaginación tan viva ya, su inquieta curiosidad, su intrepidez para todas las cosas, comprenden fácilmente, retienen y repiten hasta en el seno de las familias las escenas mas ó menos sorprendentes, cuyos dibujos ó pintura ven colgados en la escuela todos los dias. . . . Las ideas abstractas son inaccesibles á los niños de mas tierna edad de las escuelas; para ellos la palabra sola es un sonido vano que se disipa en el aire; las largas exhortaciones son estériles. Pero las imágenes son los libros de los niños pequeños, son sus cuadernos, son sus primeros maestros.»

Multiplíquense, pues, en las paredes de la escuela las imágenes que representan las escenas de historia y los objetos de historia natural, las figuras de dibujo lineal, los mapas geográficos; estos objetos fijan maravillosamente la atención, recuerdan continuamente, repiten y resumen la lección; «y estas enseñanzas, reflejadas claramente en la memoria, se fijarán en ella de un modo indeleble y fiel, como los lineamientos que graba la luz en la plancha dócil de la cámara oscura.»

Conforme á estos principios deducidos de la exacta observación del espíritu humano, el sábio abate Gaultier procuraba fijar la atención, dando á cada enseñanza la forma de un juego, cuyo objeto era responder lo mejor posible á las preguntas dirigidas á cada uno en particular, despues de corregir al que se equivocaba. De este modo la victoria era del mas instruido, y sobre todo del mas atento; y la pérdida recaía inevitablemente en el discípulo distraído y negligente. Tal método no puede introducirse en una escuela numerosa; pero ¿por qué el maestro rodeado de un corto número de discípulos no lo había de emplear de tiempo en tiempo como uno de los medios de resolver el gran problema de hacer á los niños atentos?

Cuanta menos edad tienen los niños, mas necesario es, para conseguir de ellos la atención, rodear el estudio de circunstancias agradables é interesantes. En lugar de hacerles leer frases sueltas é insignificantes, pónganse en sus manos anécdotas instructivas y morales; dénseles muestras de escritura con pasajes históricos ó nociones útiles, y los niños se aficionarán naturalmente á sus lecciones de lectura y escritura. Solamente es menester evitar todo lo que diese al estudio un carácter de puerilidad y de simpleza. Por lo demas, los medios accesorios serán cada vez mas raros, á medida que la enseñanza sea mas

elevada, y el niño llegará siempre á comprender que el estudio es una cosa seria, y que cualquier progreso exige esfuerzos.

Se ha dicho que era menester guardarse de disfrazar el trabajo bajo una forma demasiado atractiva, y que la instruccion no era sólida sino cuando se adquiria á fuerza de trabajo. La experiencia protesta contra estas teorías absolutas: la ley del trabajo será siempre demasiado dura á nuestra pobre naturaleza humana, y no es de temer que un maestro dé al estudio atractivos immoderados.

No solamente es difícil excitar la atencion, sino tambien sostenerla largo tiempo, y sobre todo en los niños. No les exijamos, pues, esfuerzos superiores á su edad, cuyos efectos podrian ser desastrosos á su salud y á su misma instruccion. Para no fatigar la atencion es menester variar hábilmente el estudio; separar las lecciones semejantes por otras de un género enteramente diferente: el entendimiento descansa mejor cambiando de objeto, que permaneciendo en la inaccion. La variedad de los estudios, cuando no se la lleva al exceso, está muy distante de perjudicar á su solidez. Hace mucho tiempo que se ha sentado esta verdad. «Distribuyamos nuestras horas en muchos géneros de estudio; la variedad repara las fuerzas del espíritu; por el contrario, nada es tan difícil como aplicarse largo tiempo á un mismo trabajo: la lectura nos descansa despues de la escritura, y es menester dejarla tambien cuando fatiga. Por mas que nos entreguemos á muchas ocupaciones, nuestro espíritu recobra su vigor cuando le aplicamos á un objeto nuevo. Sucumbiria la inteligencia si tuviera que escuchar todo un día la leccion del mismo maestro; pero bastará el cambio para renovarla, como la diversidad de manjares excita el apetito y quita el hastio.»

La atencion ejercitada de este modo tiene grande influjo en la memoria; todos saben que sin atencion la memoria mas aventajada falta bien pronto. Es cierto, no obstante, que la memoria no corresponde siempre á la atencion prestada, y que hay niños en los que esta facultad parece constantemente rebelde á pesar de la mejor voluntad. Resta, pues, estudiar las condiciones en que se desenvuelve para ponerla en práctica, á fin de fortalecerla y aumentarla. La memoria, en general, está sujeta á una ley del entendimiento llamada asociacion de ideas, segun la que no puede presentarse un objeto á nuestro pensamiento sin excitar en él el recuerdo de un gran número de objetos análogos. Por esto no pasamos por un lugar en que nos ha sucedido cualquier accidente, sin que su vista no nos recuerde el mal que hemos sufrido en él; por esto nos basta pensar en un personaje de la historia para que se presenten sus acciones á nuestra imaginacion. El maestro podrá sa-

car gran partido de este fenómeno intelectual, para ejercitar la memoria de las cosas ó de los hechos; particularmente si considera que las ideas de las cosas sensibles son las que hacen mas impresion en el ánimo de los niños, y que son las que deben emplearse, por consiguiente, como medio de traer á la memoria las otras ideas. Hé aquí por qué cuando se refiere á los niños un pasaje de historia, es bueno manifestarles una imagen donde estén representadas las particularidades de aquel pasaje, y hacer repetir después á los mismos niños la historia que han oido, ayudando su memoria con la vista de la imagen. Hé aquí por qué es esencial aprovecharse, por ejemplo, de la ocasion en que se ha ejecutado una buena accion en presencia de los niños, para exhortarles á ellos mismos á obrar bien; porque el recuerdo del hecho acaecido en su presencia, no aparecerá sin llevar consigo el de los consejos del maestro.

La memoria de cosas es indispensable en la vida, y la que el maestro debe cultivar con mas cuidado; por lo mismo ha de habituar á sus discipulos á repetir lo que se haya tratado en sus lecciones, mas bien reproduciendo las mismas ideas, que repitiendo las mismas palabras.

Sin embargo, no debe descuidarse la memoria de palabras, porque tambien tiene su utilidad práctica en mil circunstancias. Es menester, pues, acostumbrar á los niños desde muy pronto á aprender de memoria. Vemos hoy dia que en las escuelas de párvulos los niños no saben todavía leer, y retienen muy bien lo que oyen repetir al maestro ó á sus compañeros. El maestro de una escuela elemental podrá tambien empezar á ejercitar la memoria de todos los que asisten á su escuela, aun antes que sepan leer. Podrá ya hacerles ejecutar los cálculos fáciles de la tabla de multiplicar, enseñarles algunas sentencias cortas, algunas coplas, algunas oraciones. Mas adelante se enseñarán fábulas á los niños, preceptos de moral y lecciones del Evangelio.

Para que la memoria no solamente sea pronta, sino tambien tenaz, cuando los niños hayan aprendido una cosa, procurará el maestro fijarla bien por medio de frecuentes repeticiones; porque vale mas que sepan poco, pero que sepan bien, que tener en su cabeza una multitud de ideas confusas, de las que les seria imposible sacar partido despues.

Se ha creido muchas veces que para grabar las palabras en la memoria de los niños, era ventajoso recurrir á una multitud de medios puramente mecánicos, tales como las combinaciones de sílabas que admiran por su singularidad, las consonancias extrañas, las analogías ridiculas las mas veces, aunque sorprendentes: es menester desconfiar de este medio y no usarlo sino con extraordinaria reserva. Una me-

moria habituada á no obrar sino con la ayuda de tales artificios, puede ser alguna vez útil en los ejercicios de la escuela; pero será de muy poco uso en el curso de la vida.

No basta aprender bien las lecciones; sino que es menester además que se reciten bien. Muchos maestros retroceden á vista de la aparente imposibilidad de obtener una recitación conveniente y natural; y, no obstante, si los discípulos recitan mal, el maestro debe culparse á sí mismo muchas veces. Cuando un discípulo nuevo se presenta en medio de un gran número de niños, de los que cada uno recita á su manera, imita las malas costumbres establecidas entre los que le rodean. Si el maestro hubiera hecho que los niños, desde su entrada en la escuela, *recitaren* pausadamente con el tono é inflexion convenientes, vería que no es mucho mas difícil hacer adquirir el hábito de recitar bien que el de recitar mal.

Es menester confesar, no obstante, que la mala recitación de los niños depende comunmente de una causa bastante grave que debe llamar toda la atencion del maestro. La mayor parte del tiempo no comprenden los niños lo que aprenden de memoria en las escuelas; ¿qué extraño es, pues, que no hagan resaltar, recitando, las ideas que ni han advertido siquiera? No sustituirian tan frecuentemente en sus lecciones una palabra á otra, si hubiesen comprendido bien cada una de las palabras que tenian que repetir. La memoria puramente mecánica es tal vez mas nociva que útil á los niños; entorpece el desarrollo del entendimiento, y presenta algunas veces una apariencia de instruccion que engaña hasta al maestro mismo: tenga, pues, cuidado, antes de hacer aprender una leccion á sus discípulos, de hacerles conocer exactamente el valor de cada palabra; tenga cuidado de invertir el orden de las preguntas que hace, á fin de asegurarse que no responden por rutina, y que el entendimiento del niño es mas que un reloj con cuerda; en fin, debe terminar la recitacion de todas las lecciones importantes, haciendo repetir la esplicacion que él ha hecho al empezar. Esto es tal vez lo mas esencial en el ejercicio de la memoria, y, no obstante, es lo que mas se descuida: así, ¿qué es lo que comunmente conservan los niños de tantas páginas de prosa y verso que han recitado en la escuela?

Teniendo los mismos cuidados para cultivar la memoria de todos los niños, el maestro no puede esperar obtener de todos los mismos resultados. Debe acomodarse á las disposiciones naturales de sus discípulos, que en este punto variarán prodigiosamente. Ha de exigir poco al de escasa memoria; quedará contento de sus esfuerzos, y le hará

notar todos sus adelantos: sin esto, el desaliento estinguiría bien pronto en él los débiles recursos de su naturaleza.

La asociación de ideas, cuyo influjo en la memoria acabamos de ver, está enlazada íntimamente con la imaginación, y se hace con tanto menos trabajo, cuanto esta facultad es mas viva. Afortunadamente el maestro podrá ejercitar la imaginación enseñando á los niños los apólogos tan llenos de encanto, las fábulas sencillas que, en comparaciones fáciles de entender y recordar, ofrecen útiles enseñanzas. Mas es menester saber detenerse aquí: no es bueno poner en manos de los niños los cuentos de hechiceras, las historias imaginarias que, inspirándoles la pasión de lo maravilloso, les disponen á disgustarse de las realidades de la vida, y que tienen las mas veces el grave inconveniente de llenar su espíritu de esperanzas, y sobre todo de terrores quiméricos.

Sepárense de la escuela con cuidado todos los libros en que se pintan con colores vivos y animados los placeres de los sentidos, que inflaman de una manera tan peligrosa la imaginación de los discípulos, sobre todo en la edad de la adolescencia; hábitúeseles desde muy pronto á buscar sus mayores placeres intelectuales en la lectura de la historia, y de la mas interesante de las historias, la del Antiguo y del Nuevo Testamento: allí encontrarán cuadros capaces de llenar sus espíritus de imágenes puras y reales; allí todo les inspirará afición al bien.

Si es menester impedir á los niños que se alimenten de lecturas fabulosas, con mayor razon el maestro que vive en las ciudades se ha de guardar de considerar los espectáculos como un medio de recompensar á sus discípulos. ¿Qué maestro sensato querría estimular los niños al trabajo por el atractivo de un placer que comprometiera sus costumbres, ó por lo menos conmoviera su imaginación y agítase su alma de un modo extraordinario?

Sin dejar de tener con todos los discípulos estos cuidados generales, un buen maestro ha de estudiar con atención el carácter de cada uno de ellos. Si encuentra en un niño embotada su imaginación, no tema hacerle leer y aprender particularmente descripciones pintorescas, trozos de poesía agradables siempre que se ofrezca ocasion; excítese su curiosidad hácia los objetos que le rodean, y hágales multiplicadas esplicaciones interesantes. Si un discípulo presenta síntomas de una imaginación exaltada, el maestro le ha de hacer analizar seriamente sus ideas, y buscar la razon de las cosas; y á las relaciones mas animadas ha de mezclar reflexiones graves y esplicaciones largas y detalladas.

Difícil es dispensar tales cuidados á cada uno en la educacion pú-

blica; pero, sin embargo, si el maestro sabe aprovecharse de todos los momentos en que, fuera del tiempo de las clases, puede encontrarse en relacion con los niños; si escoje con discernimiento los libros que de tiempo en tiempo puede poner en manos de los discípulos, ¡cuántos medios no tiene todavía para hacer á los niños el inestimable servicio de preservarles de los extravíos de la mas peligrosa facultad!

Pero una de las mas nobles funciones del maestro consiste en formar la razon; es decir, en enseñar á los niños á juzgar bien, á apreciar bien las cosas y los hechos, y á raciocinar con exactitud ó á descubrir los efectos, y á deducir rigurosamente las consecuencias. Ciertamente ni le faltarán medios ni ocasiones para ejercitar con fruto el juicio y el raciocinio.

Los ejercicios sobre objetos puramente físicos de que hemos hablado, son ya bastante á propósito para habituar á los niños de tierna edad á no juzgar sino despues de haber examinado, y para comprobar sus impresiones por la observacion y la experiencia. Pregúnteles el maestro, en sus conversaciones con los discípulos, qué es lo que piensan de tal ó cuál cosa fácil de apreciar, y hábitúeles tambien á darse cuenta del efecto que produce en ellos la primera vista de las cosas. No rectifique al momento, ni aun el juicio falso de un discípulo, y sobre todo no le detenga por una observación dura y humillante, sino déjele explicar y desenvolver su pensamiento; en seguida hágale ver en qué y cómo se ha equivocado, y le conducirá suavemente á la verdad, de que le habia separado la debilidad de su espíritu. Y esto podrá practicarse cada instante: al fin de una lectura, de una lección de historia; á la vista de un monumento, de un cuadro, preguntará el maestro á algunos discípulos, qué es lo que piensan de lo que han leído, de lo que han visto; qué les ha llamado más la atencion; qué creen que debe ser imitado, y qué se debe evitar; qué les ha parecido bueno ó malo. Nunca recomendaremos bastante este método aplicable á todas las enseñanzas, y cuyas ventajas son inapreciables. Este es el medio de abrir y despertar el entendimiento; de romper poco á poco los andadores que sujetan siempre el espíritu de tantos hombres, cuya opinion es constantemente la de sus vecinos, cuyo pensamiento no es mas que el eco del pensamiento de otro; este es el medio de dar á la sociedad hombres capaces de servirse por sí mismos de la mas bella facultad del hombre; y sobre todo, este es el medio de dotar prontamente á los niños con aquel buen sentido usual, que, por el hábito de ver bien, llega casi siempre á la verdad, á pesar de las tinieblas con que la cubren los diversos intereses y pasiones.

Para formarse el buen sentido, es además condicion esencial acostumbrarse á no juzgar con precipitacion, y á examinar siempre antes de decidir. Tenga, pues, el maestro en consideracion la debilidad del entendimiento de sus discipulos; espere con paciencia sus respuestas, en lugar de apresurarles demasiado á contestar, y no les pida su parecer sino de los objetos que están perfectamente á su alcance.

Una de las causas mas comunes de los juicios falsos es el ignorar el significado verdadero de las palabras, ignorancia cuyos funestos efectos ya hemos hecho entrever hablando de la memoria: « Los niños se presentan en la escuela con apariencias de saber la lengua materna, y no la han aprendido sino á la ventura. Han repetido las palabras que oian sin comprender su significado, y sin que la mayor parte representasen para ellos idea alguna. En cierto modo tienen que volver á hacer todo este aprendizaje de la lengua materna, y aprender, bajo la direccion del maestro, á dar á las cosas sus verdaderos nombres. Para esto no se necesita tomar un diccionario, y hacer un estudio especial de todos los términos de la lengua. Cada instante se ofrecerá una ocasion natural de reconocer si el niño comprende bien el significado de las palabras de que hace uso, y de llevarlo naturalmente á completarlo ó rectificarlo, si no lo ha comprendido bien. Jamás se le disimule el hablar sin saber lo que dice; obliguesele entonces, por medio de preguntas, á que reconozca que ha hecho mal. Tal vez hablaria de una cosa superior á sus alcances, y de este modo aprenderá á abstenerse; y si, por el contrario, estuviera en estado de entenderlas, se le hará comprender bien por medio de sus propios esfuerzos. »

El raciocinio que en teoría se separa del juicio, no se separa en la práctica. El raciocinio es la continuacion, el complemento, la aplicacion del juicio; el que hace los juicios útiles, no solamente para lo presente, sino tambien para el porvenir. No obstante, el raciocinio debe ejercitarse con mucha discrecion en la escuela; porque habitar los niños á no admitir sino lo que el raciocinio les demuestra, cuando su razon es tan incompleta y tan débil, seria hacerles el mas deplorable servicio, pues que el hombre aun cuando su inteligencia ha llegado á su mayor perfeccion, se ve obligado á someterse humildemente á muchas verdades que no puede alcanzar su razon. Pero es bueno, en todo lo que está al alcance de la infancia, que cada discipulo se habitúe á deducir de lo que ha visto en un caso particular, lo que debe ser en todos los casos semejantes; no basta que haya aprendido los principios de religion y moral, es menester que el maestro le enseñe á encontrar las consecuencias que se deducen de ellos; por ejemplo: cuando el niño

haya cometido una falta, le recordará el maestro el precepto que ha quebrantado, y le llevará de deducción en deducción á que él mismo caracterice su falta y á confesarse culpable. Se podrá tambien muy útilmente, cuando los niños reciten alguna de las admirables máximas de la sagrada Escritura, proponerles un hecho al que hagan aplicacion ellos mismos de la máxima; en fin, será bueno, guardándose no obstante de usar habitualmente las fórmulas del silogismo, hacerles ver como se desenvuelve una idea general cualquiera, y como abraza una multitud de proposiciones particulares.

Los mismos ejercicios de las enseñanzas que exigen cierta fuerza de raciocinio, obrarán á su vez sobre esta facultad, y contribuirán poderosamente á desarrollarla, si el maestro sabe sacar partido. La aplicacion de cada regla de gramática, bien explicada y bien comprendida, es una ocasion para raciocinar con exactitud; cada sencillo problema de aritmética exige tambien un trabajo de la razon. Así, desarrollándose esta facultad facilitará el estudio, y extendiéndose el estudio desarrollará la facultad: la educacion y la instruccion se prestarán un auxilio mútuo.

Pero no basta que haya sido objeto del cuidado del maestro cada una de las facultades intelectuales de sus discipulos. Aunque los filósofos hayan distinguido diversas facultades en el entendimiento, no es menos cierto que obra frecuentemente sin dividirse como una facultad única. En todos los momentos empleamos á la vez nuestras facultades de percepcion, memoria, juicio y raciocinio: menester será, pues, habituar el entendimiento á hacer uso de todas sus facultades por medio de ejercicios que las pongan todas en accion; y para esto no los hay mejores ni mas fáciles de repetir, que los ejercicios *analíticos*. El *análisis* nos es natural por decirlo así, pues que nos servimos de él para adquirir nuestros primeros conocimientos; no podemos adquirir idea exacta de un todo, sino despues de haber estudiado sus partes por separado; nuestros mismos sentidos nos dan las primeras nociones del análisis, obrando ellos mismos independientemente unos de otros en partes diversas del mismo objeto, obligándonos á mirarlo bajo puntos de vista variados. Pero para que el análisis sea verdaderamente útil, no debe hacerse á la ventura; es preciso que sea completo y regular, no admitiendo ningun detalle importante, y observándolos en su orden natural. Además debe terminarse «por una recomposicion que vuelva la vida al objeto hecho pedazos por un momento: el inventario se habrá terminado cuando el objeto se haya conocido verdaderamente.» Esta composicion que los filósofos llaman *síntesis*, no es menos necesaria y natural que la *descom-*

posicion llamada análisis. Tan malo seria no tener idea mas que de las partes aisladas, sin tener idea general del todo, como tener una idea general del todo sin conocer las partes.

Sirva de ejemplo un cuadro que represente un hermoso paisaje histórico. Si examinamos confusamente el dibujo y la composicion del cuadro, el modo de estar agrupados los personajes, la expresion de su semblante, el paisaje que los rodea, y su colorido, veremos mal. Por el contrario, analicemos el cuadro. ¿Qué significan estos personajes? ¿Qué hacen en medio de este paisaje? Una vez conocido este punto, examinemos si el semblante de los personajes manifiesta bien los sentimientos que deben retratarse en él, si sus aptitudes son naturales ó forzadas; veamos si el sitio está en armonía con el asunto, si el teatro correspondé á la accion; despues dirijamos una mirada general para reasumir todos los detalles, para abrazar todo el conjunto: nuestra primera idea vaga é incierta, se habrá hecho precisa y completa, podremos juzgar mas seguramente el cuadro, habremos conocido todo su mérito, nos habrá agradado, y su recuerdo quedará largo tiempo grabado en nuestra memoria.

Tales son los principios que el abate Gaultier ha aplicado con tan buen éxito á todas las partes de la enseñanza.

El análisis, necesario para todo, exige procedimientos particulares, y recibe diferentes nombres, segun los objetos en que se emplea. Así se distingue:

El *análisis gramatical*, ó la descomposicion de una frase en palabras consideradas solamente como partes del discurso, como nombres, verbos, adverbios, etc.

El *análisis lógico*, ó descomposicion de una proposicion en sus partes, sugeto, verbo y atributo, para manifestar la relacion de estas partes.

En fin, el *análisis de las cosas*, ó el exámen de los detalles, cuya reunion forma el todo que tenemos á la vista.

El análisis gramatical y el análisis lógico, tienen por objeto hacer conocer especialmente el mecanismo de la lengua: su aplicacion á la educacion intelectual no es pues muy directo, sino que se refieren á la enseñanza especial de la gramática.

El análisis de las cosas tiene otra extension, otro interés distinto. Lo hemos considerado ya con relacion á los objetos físicos, y hemos presentado ejemplos del modo de estudiarlos, aun antes de haber pronunciado la palabra análisis, porque tan comun y tan indispensable es este ejercicio. Se le puede emplear tambien en dar á conocer, no sola-

mente el valor gramatical de las palabras, sino su significacion; en fin, se le puede aplicar á cualquier pensamiento expresado de palabra ó por escrito, y entonces se llama *análisis literario*.

Si es necesario conocer el verdadero sentido de cada palabra para el prudente ejercicio del juicio, el análisis es el mejor medio de adquirir este conocimiento. «No basta que el maestro diga el sentido general de un término; para facilitar el uso de esta palabra en adelante, ó en cualquiera otra frase que en la que la ha encontrado por primera vez, deberá explicar también, por lo menos en las palabras de uso frecuente, el valor de las raíces, de los derivados, de los compuestos de estas palabras. Por ejemplo, el niño lee: *acaeió un suceso imprevisto*: no hay duda que tendrá un conocimiento general de la frase cuando el maestro le haya dicho que la palabra *imprevisto* significa *lo que no está previsto, una cosa que no se esperaba*. Pero una explicación tan limitada de las palabras no corresponderá, ni por mucho, al objeto que debe llenar en la educación intelectual; no adquirirán los niños una idea bien clara de la palabra, y cuando vuelva á encontrarse en otra circunstancia, sobre todo con alguna modificación, se encontrarán quizás tan embarazados como la primera vez para comprender su sentido. Pero llámese su atención hácia los tres elementos de la palabra *im-pre-visto*. Pregúnteseles el sentido de la preposición *in* en composición; hágaseles indicar, ó indíqueseles si no responden, otras palabras en que tenga también un valor negativo; (*incomodo, incierto...*), manifestándoles además las modificaciones que esta partícula puede sufrir sin cambiar de sentido, como en *impaciente, ilegible, irreparable...* Explíqueseles en seguida el sentido de la palabra *pre*; cítense ejemplos del modo que influye en los compuestos en que entra, como *preferir, prematuro, prediccion...* En fin, se llega á la palabra *visto* y se indica la variada significación de los diversos compuestos de la palabra *ver*. Entonces tendrá ciertamente el niño una idea completa y de que podrá hacer aplicación de la palabra analizada de este modo, y al mismo tiempo de muchas palabras análogas.»

Tales análisis ocupan tiempo, y por consiguiente no deben multiplicarse demasiado; pero sería una falta grave privarse de ellos enteramente por esta razón, porque hay pocos ejercicios que sean más útiles.

Los niños, aun en los libros escritos con más sencillez, encuentran siempre una multitud de palabras que no entienden sino imperfectamente, ó que no las entienden de ningún modo. ¿No explica esta incompleta inteligencia de las palabras, por qué los que carecen de educación

no ven en la lectura de las mejores y mas interesantes obras sino ejercicios penosos y dificiles, y prefieren ocupar sus ocios en recreos groseros y muchas veces vergonzosos?

Nótese además que estos análisis deben hacerse *accidentalmente* con motivo de cualquiera otra enseñanza. Aprovechense para dar nociones útiles, todas las ocasiones que parece se presentan por casualidad, pues que este es ciertamente el mejor medio de inculcarlas en el espíritu. Todo lo que es accesorio en la enseñanza debe enseñarse conforme á este principio. El análisis de palabras, por ejemplo, hecho en la leccion de lectura, fijará mas la atencion que en una leccion especial para este objeto, á la que se presentarían los niños fastidiados y distraídos de antemano.

En aprovechar todas las ocasiones de dar á propósito y agradablemente nociones de todo género, consiste el gran medio de desarrollar y enriquecer el entendimiento de los niños, despertando su atencion.

No diremos mas que dos palabras del análisis puramente literario, que tiene por objeto discurrir de viva voz ó por escrito un pensamiento separado, ó mejor todavia, un trozo escogido de un escritor para hacer notar sus defectos ó sus bellezas. No hay duda que éste es uno de los ejercicios mas útiles de la inteligencia, pero excede el alcance de la mayor parte de los niños que frecuentan las escuelas primarias. El maestro, pues, no lo debe emplear sino en casos excepcionales, y solo con los niños mas instruidos, y simplificándolo cuanto sea posible. Con los otros niños y desde la edad menos avanzada, podrá ponerse en uso otro ejercicio con mucho provecho: consiste en leer una historia, ó un fragmento cualquiera, y despues, sin señalar sus cualidades, referir en un breve extracto las partes mas notables, lo que es tambien un análisis que ejercita y forma la inteligencia.

Tales son los principales medios que puede emplear el maestro para cultivar el espíritu de los discipulos; pero trabajando en todo esto con celo, medite bien que no se multiplican los medios de saber, sin originar al mismo tiempo muchas ocasiones de peligro, y que esta perfeccion intelectual será funesta á la sociedad, si llega á no ser mas que un medio de engañar á los mas simples y de ejercer una pérvida superioridad sobre los ignorantes. El maestro, pues, dispondrá á los discipulos á abusar de su inteligencia, si no considera todos los medios de desarrollarla sino como puros ejercicios gimnásticos destinados á hacer el entendimiento capaz para todo, en lugar de penetrar á los niños, desde muy pronto, de la idea de que no deben emplear jamás sus facultades

mas que en buscar y difundir lo bueno y lo verdadero; idea saludable que no se puede inspirar á los demás cuando uno mismo no está bien persuadido de ella.

«El amor á la verdad, dice Silvio Pellico, y una fé completa en ella, es el primero de nuestros deberes.

»La verdad es Dios. Amar á Dios y amar la verdad, son una misma cosa.

»Ten la firme resolucion de amar la verdad, y no te dejes deslumbrar por la falsa elocuencia de aquellos despreciables sofistas que se emplean en esparcir dudas desalentadoras sobre todo.

»De nada sirve la razon, antes perjudica, cuando se doblega á combatir la verdad, y á acreditar y sostener lamentables falsedades; cuando deduciendo consecuencias absurdas de los males de qué está sembrada la vida, niega que ésta sea un bien; cuando despues de citar algunos desórdenes aparentes del universo, no quiere reconocer la existencia de un órden; cuando penetrada de la materialidad y de la muerte del cuerpo, rehusa creer en un ser espiritual é inmortal; cuando llama sueños á las distinciones entre el vicio y la virtud; cuando quiere ver en el hombre un bruto, y nada encuentra en él de divino.

»No hay otro uso recto de la razon que el que infunde al hombre una alta idea de la dignidad á que puede llegar y le impele á conseguirla.»

Con tales principios podrá el maestro dedicarse á ilustrar la razon de los discípulos y enseñarles la verdad, y podrá preparar eficazmente su educacion moral y religiosa. «La verdad, segun la ingeniosa idea de un autor inglés, la verdad considerada en sí misma y en sus efectos naturales, puede compararse á un manantial de agua caliente que salta del seno de la tierra al medio de una masa de nieve y de hielo que el invierno ha amontonado en su abertura. El agua retrocede al principio, despues empieza á escavar, ahonda, mina el obstáculo que la detiene, lo arrastra en fin, y por esto mismo aumenta su volúmen y su fuerza. Cuando detiene su curso la estacion helada, experimenta un retardo, nunca pérdida, y no espera sino el cambio de viento para renovarse y volver á seguir su curso.» (Rendu.)

**INTELIGENCIA Y LEYES DE SU DESARROLLO.** Desde el momento que viene al mundo hay en el alma humana *gérmenes* que desarrollándose pasan á ser *facultades*. Estas disposiciones primitivas, de que Dios ha dotado á cada uno de los individuos, son como el punto de partida de toda la actividad intelectual del hombre. En el principio no constituyen

las facultades, pero constituyen el fundamento de todas las que se desarrollan despues bajo el influjo de las circunstancias exteriores y de la educacion.

Algunos admiten perfecta igualdad en las primeras disposiciones de todos los individuos; pero es de notar que los niños, inmediatamente despues del nacimiento, presentan ya diferencias bastante sensibles, que estas diferencias se hacen notar mas de dia en dia hasta en los que se hallan en idénticas circunstancias y reciben una misma educacion. Por otra parte, estas disposiciones se perpetúan hasta cierto punto en las familias como si formasen parte de un tipo que la educacion modifica sin duda alguna, pero sin destruirlas por completo. En fin, no parece sino que la diversidad de tipos en medio de los rasgos generales que caracterizan las grandes clases de los seres, están en el designio del Autor de todas las cosas. Basta echar una ojeada sobre la naturaleza que nos rodea para ver con asombro la variedad infinita que se reproduce en el seno de la unidad y de la armonía del conjunto.

Estos hechos demuestran que es poco probable el sistema de la igualdad absoluta de las disposiciones primitivas en la inteligencia de los niños; antes por el contrario, todo induce á creer que si bien se han concedido á cada uno de los hombres facultades del mismo género, varian estas en cuanto á su poder en los diversos individuos.

El estado intelectual de cada uno depende, pues, de los gérmenes primitivos de que está dotado, y del desarrollo producido por la educacion y por las circunstancias.

El germen viene de Dios, y la educacion no puede darle lo que no tiene, sino contribuir eficazmente á su desarrollo. Cuando existe el germen es posible su desarrollo; pero la posibilidad no es la realidad. Para pasar de lo uno á lo otro se necesita una excitacion eficaz exterior, la cual es objeto de la educacion, cuya obra está reducida á poner al descubierto las disposiciones ocultas en el fondo del alma.

Pero la educacion tiene sus leyes y debe proceder segun un plan ó conforme á *una idea*. La actividad necesaria al desarrollo reside en el mismo principio de la facultad, y no puede ser vaga ni carecer de direccion, sino que ha de encaminarse siempre hácia un objeto y un fin determinados. No puede desarrollarse cada germen en todos sentidos sino en el que es conforme á su propia naturaleza y á su vida, de que se infiere que la excitacion debe encaminarse de una manera fija y en armonía con la naturaleza de la facultad naciente; ó en otros términos, la ley del desarrollo de las facultades intelectuales la determinan las facultades mismas. Nace esta ley con nosotros, y la manera de desarrollarse este

gérmen no es sino el resultado de la primitiva é íntima naturaleza del mismo gérmen.

El desarrollo además produce mayores ó menores resultados, según las circunstancias exteriores, y en particular, según los cuidados mas ó menos bien entendidos y perseverantes del educador; á la manera que la semilla sembrada en la tierra, aunque encierre en sí misma el principio de su futuro desarrollo, lo adquiere en mas alto grado, si el jardinero ha escogido con acierto el terreno conveniente, si cuida con asiduidad la planta, si le proporciona luz y humedad suficientes, en una palabra: si la cultiva conforme á su naturaleza particular.

El hombre no posee intelectualmente sino lo que ha producido su actividad, y por eso todo el arte de la educacion y de la enseñanza no consiste, en último resultado, sino en una excitacion acertada y conveniente. El desarrollo de las facultades del entendimiento se verifica por medio de la energía y el trabajo interior del individuo, que rompe poco á poco todas las barreras que se le oponen. Hasta la instruccion no se da, propiamente hablando, porque el que enseña no hace otra cosa que suministrar materiales de que se apodera el espíritu para elaborarlos y modelarlos por medio de su propia actividad.

No deduciremos, sin embargo, de aqui, que el hombre lo halla todo en la educacion intelectual, porque en el principio de la obra vemos la omnipotente accion del Criador que da el gérmen y la vida. En el curso de la obra descubrimos tambien la Providencia, que sostiene las fuerzas y la actividad del que enseña y de los que reciben la enseñanza. Por último, en el término de la misma obra percibimos, pero como á través de un velo, el cumplimiento de los designios de esta misma Providencia para el perfeccionamiento de los individuos y de la humanidad.

Trabajemos, pues, volviendo la vista hácia el origen de la luz y del poder.

El desarrollo del espíritu comienza por un punto y se extiende poco á poco, aproximándose á los límites que tienen marcadas todas las cosas en la tierra. Este límite es su *maximum*; pero, además de este *maximum* de cada una de las facultades, hay un *maximum* de perfeccionamiento para cada individuo, el cual es el mayor grado de desarrollo intelectual á que puede alcanzar cada uno; y hay, además, otro *maximum* para la humanidad, que es el punto superior de perfeccionamiento señalado por Dios. El horizonte individual tiende á ensancharse, á medida que el de la humanidad se agranda, sin que nadie mas que Dios sepa dónde se detendrá este movimiento progresivo. Pero

es seguro que no pasará en este mundo de ciertos límites, porque el poder, tanto del hombre como de la humanidad, es limitado.

El espíritu se desarrolla por grados y pausadamente; no avanza como olas impetuosas hasta el término de la carrera que debe recorrer; se somete á la ley del tiempo. La inteligencia, además, no se adelanta á los años, sino que al parecer hay un desarrollo propio de cada edad; de suerte que ciertos estudios no producen fruto en edad demasiado tierna, porque exigen una firmeza y una madurez que, por punto general, no se adquiere hasta edad mas avanzada. Querer precipitar el tiempo y dar la educacion al paso de carga, es lo mismo que comprometer gravemente á los discípulos y prepararse á sí mismo amargos disgustos. La razon no está solo en la lentitud con que se desarrollan las facultades, sino tambien en el orden con que se desenvuelven, porque las unas preceden á las otras, y el desarrollo del entendimiento y de la razon supone el de la facultad intuitiva, el de la memoria y el de la imaginacion.

El encargado de la educacion, desde que da señales de existencia una de las facultades naturales, debe facilitar, activar y dirigir su desarrollo, teniendo presente que, así como es nocivo el retardo, seria tambien funesta la precipitacion, porque el desarrollo precoz extenua al niño. El maestro, armado de paciencia y siguiendo á la naturaleza, debe limitarse á secundar el trabajo de esta para abrir todas las puertas de la inteligencia, y afirmarla en el pleno ejercicio de sus facultades.

Hay épocas en que se verifican crisis en el espíritu del discípulo. En ciertos momentos parece que se desgarrá un velo, y penetra la luz en su entendimiento de una manera extraordinaria. Un niño que parece torpe, desatento, aletargado, cambia de pronto y manifiesta un vigor de que se le consideraba incapaz, y acaso llegue á ser un génio. Ejemplos infinitos pudiéramos citar, que lo acreditan hasta la evidencia.

El espíritu del hombre está intimamente unido al cuerpo, de modo que hay accion mútua y reciproca entre estas dos sustancias. El estado del alma depende, hasta cierto punto, del del organismo físico, y la salud del cuerpo se modifica á su vez por el estado del alma. Sin embargo, las facultades físicas é intelectuales están ordinariamente repartidas de tal manera, que la inteligencia no puede absorber la totalidad de la fuerza necesaria á la naturaleza física, ni esta disponer completamente de la fuerza asignada á la inteligencia: la accion reciproca del alma y el cuerpo tiene sus límites.

Pero las relaciones del alma y el cuerpo no es obstáculo para la

desigual distribucion de las facultades fisicas y de las intelectuales en el hombre, de modo que en unos predomina la fuerza fisica, y en otros las facultades intelectuales; sin que esto destruya, no obstante, el hecho general de la recíproca y continua influencia de los dos principios.

De esta union íntima de los fenómenos intelectuales con el estado fisico, se origina la obligacion de vigilar por el mantenimiento del justo equilibrio entre el cuerpo y el alma, por bien de uno y otro.

La inteligencia es *una*. Sus diversas facultades no son otra cosa que las diferentes maneras con que puede ser afectada, ó los diferentes modos de su actividad. Son otros tantos rayos que parten de un mismo centro; y aunque diversos en cuanto á su direccion, son *uno* solo en cuanto al punto de donde parten y adonde vuelven incesantemente.

Resulta de aquí que, para fortalecer la inteligencia, es indispensable trabajar ante todo en el conjunto, y no aisladamente en las ramas, como si estuviesen separadas del tronco que las nutre y vivifica: dividir la inteligencia es lo mismo que debilitarla. Sin embargo es preciso, sin perder de vista el conjunto, valerse de ejercicios destinados mas especialmente á fortalecer el espíritu en determinado sentido.

Habrà, por ejemplo, ejercicios de memoria; pero se ejercitarà siempre la memoria en sus relaciones con las demas facultades del entendimiento, sirviéndose del auxilio de la intuicion, de la atencion, del juicio, de la imaginacion con sus vivos colores. En cambio, en los ejercicios para desarrollar el juicio, se hará intervenir la memoria para que suministre materiales, conserve los resultados, y los fije por medio de palabras á propósito.

Por lo mismo, el primero y el mas importante encargo del educador, consiste en llevar al niño al desarrollo armónico y general de sus diversas facultades, y formar antes al hombre que al individuo destinado á ocupar un puesto determinado en la sociedad. Pero si el primer periodo de la educacion tiene por objeto el desarrollo de la humanidad en el hombre, el segundo debe proponerse el desarrollo especial, que prepara al discípulo para el estado á que ha de dedicarse en la sociedad. Estos dos objetos no se excluyen; pero es preciso proponérselos en dos tiempos distintos, y cuando se ha conseguido el uno, puede alcanzarse el segundo con mucha mas facilidad.

La vida del alma es de dos maneras: *receptiva* y *espontánea*.

La receptividad consiste en la capacidad de recibir impresiones de los objetos exteriores; la espontaneidad es el estado en que el alma, por su libre voluntad, desarrolla la actividad que le es propia.

La receptividad no es un estado puramente pasivo, porque es preciso siempre cierto grado de actividad en el alma para apoderarse de las impresiones que se le comunican. Pero en virtud de su espontaneidad, el alma crea, combina, modifica, domina las ideas y las cosas, sometiéndolas á su voluntad. En esto la actividad humana despliega en cierto modo todas sus alas.

Estas dos formas de la vida humana, es decir, la receptividad y la espontaneidad, no son propiamente sino dos grados de una misma facultad y es preciso cultivarlos igualmente. Habiéndonos hecho Dios seres sociales, estamos destinados á recibir y á dar, á someternos á las influencias y á ejercerlas, y por este cambio continuo que se verifica en el seno de la sociedad, el niño se hace hombre y la humanidad, en su conjunto, se desarrolla y tiende al destino que le ha asignado la Providencia.

En los primeros años de la vida, lo que principalmente está en juego es la receptividad; pero muy pronto se manifiesta la espontaneidad y crece rápidamente. El punto capital de la educación consiste en promover y secundar este movimiento.

Todas las ideas no provienen de los sentidos, pues hay muchas que reconocen evidentemente otro origen. Sin embargo es preciso convenir que no tenemos conciencia de estas últimas sino cuando las hacen desarrollarse las sensaciones que recibimos del mundo exterior. El mundo sensible despierta el mundo interior del alma, de suerte que las ideas de Dios y de lo infinito apresuran su desarrollo en presencia de las maravillas de la creación.

De aquí la necesidad de vigilar con solicitud las impresiones sensibles que recibe el niño, de hacerlas tan claras como sea posible, de variarlas, de coordinarlas con esmero, de hacerlas analizar, porque de estas impresiones depende en gran parte su desarrollo intelectual.

Pero es preciso no olvidar que la verdadera vida del pensamiento proviene de lo interior, y que por consiguiente es indispensable habituar al niño á reconcentrarse en sí mismo y á reflexionar. Solo por medio de esta concentración puede adquirir energía el entendimiento, y si el mundo sensible es la escuela de la niñez, solo el mundo interior eleva el hombre á la dignidad de ser pensador.

Sin embargo, á la sensación y al recogimiento interior es preciso añadir otro medio que fecunde los dos anteriores y multiplique su poder, cuyo medio consiste en la cultura del lenguaje. El lenguaje está íntimamente unido con el pensamiento, de que es expresión, y perfeccionando el lenguaje se hace el pensamiento mas claro, mas rico y

mas exacto. Sin el lenguaje, la idea, confusa y flotante, es como una sombra sin cuerpo; pero desde que se presenta su palabra propia, la idea se colora, se fija y adquiere firmeza.

Toda la formacion de la inteligencia en la niñez puede reducirse á los tres puntos siguientes:

- 1.º *Desarrollo de ideas por las impresiones ó por la intuicion sensible;*
- 2.º *Desarrollo de la reflexion por el ejercicio en las ideas adquiridas;*
- 3.º *Desarrollo del lenguaje.*

Al ponerse el espiritu del hombre en comunicacion con el mundo, resultan dos grandes efectos:

- 1.º Se desarrolla el entendimiento con todas sus facultades;
- 2.º Avanza en el conocimiento de los objetos con los cuales está en relacion.

Quando los objetos actúan en el espiritu con fuerza, claridad, variedad y orden, y el espiritu, por su parte, corresponde con energia á las impresiones que provienen de los objetos, el alma se desarrolla con lozania; acrece su poder por momentos; sus facultades adquieren considerable extension; sus conocimientos son mas estables y mas en número, y el hombre es entonces en realidad el compendio y el espejo del universo.

En la reaccion sobre el objeto presente, el espiritu tiende, por decirlo así, á salir de sí mismo para apoderarse de él, por un movimiento de expansion, por el cual ensancha su esfera y se desarrolla; pero vuelve luego á sí mismo para absorber y elaborar lo que el objeto le ha dado; se concentra. Esto es lo que se llama reflexion, por la cual las impresiones del mundo exterior se someten al troquel del espiritu, que las acomoda y sujeta á sus propias leyes; á la manera que la abeja, despues de haber hecho provisiones en los campos y en las orillas de los rios, vuelve á la colmena para preparar la miel con ellas.

Los dos movimientos que acabamos de describir nos indican los grandes procedimientos para alcanzar un desarrollo intelectual sólido, á saber: la observacion y la reflexion. Tan indispensable es la una como la otra, y en la educacion es preciso conservarlas en equilibrio. La observacion por sí sola no nos suministraria sino hechos aislados; pero agregándole la reflexion, los hechos recogidos se aproximan, se coordinan y se encadenan. La reflexion, por sí sola, haria girar el espiritu sobre sí mismo, y podria extraviarlo fácilmente en un mundo ideal y quimérico. La observacion suministra los hechos; la reflexion los so-

mete á leyes. De este modo reunidos uno y otro movimiento se forman talentos sólidos que aprecian las cosas en general y en sus relaciones mútuas; hombres que, conociendo las realidades de la vida, aspiran hácia la perfeccion eterna á que nos dirigen las leyes de la Providencia.

Por el ejercicio de la facultad de pensar se fortalece y desarrolla la inteligencia. Los que no se aplican á nada sério, ó que pasan de un objeto á otro sin detenerse, pierden poco á poco el poder de su espíritu y caen al fin en un verdadero letargo. «Tales hombres, dice W. Temple, no pueden clasificarse entre los vivos; son una especie de muertos á quienes no se puede enterrar.» El ejercicio del pensamiento, en cambio, acrece rápidamente la capacidad intelectual del hombre y le aproxima progresivamente á la perfeccion de que es susceptible.

Pero para conseguir tan satisfactorio resultado, es preciso que el ejercicio del pensamiento sea enérgico, porque el progreso es el fruto de esforzado trabajo, pues para el desarrollo es preferible la inaccion á trabajar con tibieza. Los niños están generalmente dispuestos á estudiar de una manera ligera y superficial, y es preciso luchar muy pronto contra este defecto, porque de ello depende su porvenir intelectual.

Cuando los niños examinan un objeto material, procúrese, pues, que no lo dejen sin haberlo considerado bajo todas sus fases; cuando se les señala una leccion, que no la estudien á medias, sino que continúen su trabajo hasta que la comprendan bien y exactamente. Sin la concentracion de las fuerzas de la inteligencia y de la memoria á la vez, se pierde el fruto del estudio. «Es preciso hacer comprender á los niños que leer sin reflexion, pasar las páginas volando, es un entretenimiento vano; y que aprender con rapidez, es de mucho menos valor que poseer un fondo de ideas bien digeridas y un juicio sólido y sano.» Swift, dice á este propósito con mucha exactitud: «ciertas personas jamás aprenden nada porque lo comprenden todo demasiado pronto.»

La perseverancia en el trabajo es condicion esencial para que sea fructuoso, y es seguro que el hombre que se entrega completamente á un estudio, si tiene talento, no podrá menos de obtener brillantes resultados, y si no lo tiene, se elevará por lo menos, con una aplicacion sostenida, sobre la mediania. El génio, segun Buffon, no es mas que la disposicion á la paciencia. Newton decia: «He sido dotado por el cielo con mas constancia que penetracion. Cuando un objeto hiere mi espíritu, examino con atencion la idea que ha excitado; no la dejo desde el crepúsculo de las luces que he logrado vislumbrar en ella hasta que por fin consigo desenvolver todo su brillo.» Rara vez está en los há-

bitos de la primera edad la perseverancia, porque es fruto de los años; pero una educacion bien dirigida prepara el desarrollo de tan preciosa cualidad.

La claridad es circunstancia indispensable en las operaciones de la inteligencia: comprender á medias no es realmente comprender. Cuando los rasgos que limitan un objeto son indecisos, es imposible distinguirlo de los que están contiguos á él y decir verdaderamente lo que es, pues en este caso el error se confunde fácilmente con la verdad. Ciertas gentes tienen gusto en contemplar la naturaleza á través de una niebla iluminada por el sol; gusto particular que se concibe bien cuando se trata simplemente de entretener su imaginacion por medio de semejante espectáculo, pero que de nada sirve cuando se trata de *conocer*, porque no se conoce sino cuando el objeto se muestra con todos sus contornos iluminado con abundante luz. Las ideas á medio desenvolver y que flotan en la vaguedad, son como las fantasmas que se imaginan los poetas en los limites del ser y del no ser; no suministran conocimiento alguno, y por lo mismo es preciso preservar de ellas á la juventud. «Recordemos siempre, dice Rousseau, que el espíritu de la buena educacion no consiste penetrar en el entendimiento sino ideas claras y exactas.»

Uno de los medios de que las ideas tengan para los niños toda la claridad de que son susceptibles, consiste en dar al estudio una forma práctica, haciendo aplicacion de él á los negocios comunes de la vida. Cuando el niño se agita en las regiones abstractas, no comprende sino imperfectamente, y, si cree comprender, se expone á tomar los fantasmas por la realidad. Pero cuando las ideas que se le comunican se enlazan á su existencia y á su propia actividad, no solo las comprende mejor, sino que se duplica el poder de su espíritu, á causa del interés que excitan en él.

Nosotros mismos no podemos sustraernos de esta ley general, pues que nuestros estudios no alcanzan la madurez sino cuando se han sometido al influjo de la práctica, porque cada una de las aplicaciones lleva consigo un nuevo grado de luz.

Por otra parte, los discípulos están ansiosos por entrar en accion. «Cuando aprenden, dice preciosamente Rollin, se reconocen dependientes y débiles; cuando obran, se creen poderosos y libres.» La enseñanza que les obliga á obrar, es la verdadera escuela de la espontaneidad, y donde cesa la espontaneidad, desaparece el carácter humano.

*Dividir y reunir* son dos actos que deben combinarse en la vida

intelectual para que sea fuerte y productiva. No pudiendo el espíritu abrazar todos los elementos de que se componen los objetos que se le someten, está obligado á separarlos para hacer el estudio de ellos uno á uno, y luego debe reunirlos, á fin de comprender su enlace y armonía.

El que no sabe mas que dividir, se ahoga en los detalles, y no comprende el conjunto que constituye el mismo ser. El que no piensa mas que en reunir, no encuentra sino agregaciones oscuras, cuyas propiedades, así como los principios constitutivos, ignora. Particularizar y generalizar son dos operaciones alternativas, necesarias siempre para extender el alcance de la inteligencia, y para fundar una instrucción sólida.

No es fácil trazar la marcha del desarrollo de las facultades intelectuales en el hombre; sin embargo, podemos ensayarlo.

Apenas entra el niño en el mundo, cuando se halla asaltado por multitud de impresiones diversas que recibe por la vista, por el tacto, por el oído, por el gusto, y mas adelante por el olfato. Estas impresiones al principio producen en él una especie de caos, y no ve sino masas confusas, entre las cuales nada se destaca claramente; pero poco á poco desaparece la confusión, y las imágenes de las cosas empiezan á presentarse mas distintas, y á separarse unas de otras. Los cuerpos luminosos le impresionan particularmente. Entre las personas distingue en primer lugar á la madre, despues á los otros individuos del círculo de la familia, y por grados los objetos, aprendiendo á la vez á discernir los colores, los cuales atraen tanto mas su atención cuanto son mas vivos. Al principio todos los cuerpos exteriores no son, al parecer, sino partes de un plano situado muy cerca de los ojos; pero viniendo luego en auxilio de la vista el sentido del tacto, adquiere la noción de la distancia y la de las formas. Comprendese bien que en todo este periodo *parte de lo compuesto para llegar á lo simple*. Nuevas experiencias rectifican y completan sus ideas de dia en dia, se ensancha su esfera interior, y por fin llega á ser su espíritu como un espejo pulimentado que refleja los objetos con precisión y pureza.

A la formación de las ideas sensibles acompaña un placer mas ó menos manifiesto. El alma siente que por este medio ejerce la actividad que le es propia, y se encanta al hacer uso de ella. El deseo de saber, una curiosidad que crece á medida que se satisface, se apodera del niño, y el ser humano tiende así á cumplir la gran ley de su naturaleza; aprende á *pensar*.

Es un momento muy importante en el desarrollo intelectual, aquel

en que el niño comienza á comprender el lenguaje artificial y á reproducirlo. Ha debido, sin duda, aprender mucho por las impresiones del mundo exterior; pero el influjo de la palabra en el desarrollo de la inteligencia es mucho mayor todavía. El niño, antes de saber hablar, se representa la imágen de cuanto le rodea; pero solo con el lenguaje viene propiamente el *pensamiento*.

El niño comprende la palabra, la repite con sus lábios, y el pensamiento se desarrolla en su espíritu; hé aqui tres hechos necesarios y estrechamente enlazados entre sí, de los cuales el primero es el origen de los otros dos.

Por consiguiente distinguimos ya dos períodos principales en el desarrollo intelectual:

*El período de las primeras imágenes sensibles;*

*El período del desarrollo simultáneo del lenguaje y del pensamiento.*

En el segundo período, *el niño aprende esencialmente á conocer los hechos; adquiere ideas de detalle antes de las generales y pasa de lo simple á lo compuesto.*

Haremos observar además *que estando destinadas las palabras á expresar las ideas, es natural que no aprenda el niño las palabras sino en cuanto adquiere las ideas que á ellas corresponden, y que por lo mismo el desarrollo del lenguaje debe marchar paralelamente con el del pensamiento.*

La mayor parte de los hombres no pasan de estos primeros elementos de cultura, y poco á poco se forman en ellos series de ideas, de sentimientos y un conjunto de hábitos que dominan toda su vida. Se mueven sin salir de un círculo determinado, sin traspasar sus límites sino muy rara vez. Otros sin embargo se elevan á mayor altura; su espíritu, desarrollándose en energía y profundidad, trata de descubrir los principios que rigen en el mundo, de remontarse de los efectos á las causas, de los fenómenos á las leyes á que están sujetos, de lo pasajero á lo inmutable y de lo finito á lo infinito. Este es el período *racional* ó el del *desarrollo de la razón*. Presenta grados diversos, según el mayor ó menor temple de los espíritus, según las circunstancias más ó menos favorables en que están colocados, y también según los estudios á que especialmente se dedican. Los hombres en quienes se verifica este desarrollo, son los *hombres pensadores*, los *hombres meditados*.

Otras personas, por fin, alcanzan un desarrollo aun más excelente.

Reconociendo de una manera íntima el vacío de las cosas terrenales, aspiran á bienes más propios para satisfacer las necesidades de su

corazon. Afligidos por su debilidad y miseria moral, encorvándose bajo el peso de su responsabilidad, espantados al pensar en el porvenir y sus misterios, desean con ardor una certidumbre, una misericordia y una paz que no encuentran en sí mismos y que no puede darles el mundo; suspiran por la posesion del soberano bien, despues de la armonía interior que pone término á las perpétuas contradicciones que los atormentan; aspiran á templar su sed en las fuentes de la pureza, de la santidad y de la vida, y no encontrando todo esto en la tierra, lo buscan en el cielo. Entregan el corazon á Dios y se consagran á la vida religiosa; vida de fé, de amor, de abnegacion, de obediencia, de delicias interiores; pero tambien llena de santos combates, coronados al fin con victoria eterna y con la elevacion de su alma hasta Dios á quien habian amado y en quien habian puesto toda su esperanza.

Para esta vida espiritual no se necesita gran desarrollo de la inteligencia. Su carácter es completamente especial, y lo mismo se encuentra en el hombre de grandes dotes, como en el poco instruido; el mundo interior de bendicion y de gracia es accesible hasta al mas humilde, como lo dice el mismo Jesucristo: «Doy gloria á tí, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sábios y entendidos, y las has descubierto á los párvulos. Así es, Padre, porque así fue de tu agrado.»

Resulta pues de lo que precede, que el espíritu humano, en su desarrollo, se pone en comunicacion con tres mundos distintos:

*El mundo exterior ó sensible;*

*El mundo intelectual;*

*El mundo espiritual ó celeste.*

El hombre no es completo sino cuando está en relacion con estos tres mundos.

**INTELIGENCIA Y SENSIBILIDAD.** La enseñanza que no está fundada en el conocimiento del espíritu humano, apenas merece el nombre de educacion intelectual. Cuando se trata de formar la inteligencia, es indispensable por lo menos conocer próximamente lo que es. Para los que se dedican á la enseñanza es muy importante el estudio de la naturaleza de las facultades del entendimiento y del orden de su desarrollo, porque la idea dominante de la instruccion ha de ser el ponerlas en armonía, idea que ha de presidir en la eleccion de estudios, en su asociacion y sucesion, y en el método que se adopte en la enseñanza.

No basta al maestro el talento de observacion si no tiene idea de la inteligencia, porque sin esto podrá apreciar lo que hay en el niño, mas

no lo que le falta. Además ¿cómo transmitir los conocimientos ignorando á qué facultades ha de dirigirse? ¿Cómo, por ejemplo, inspirar gusto á las artes por medio de un método que ahoga la imaginacion y, lo que es mucho mas grave, cómo ha de haber instruccion religiosa dejando el corazon árido y seco? Sin embargo así es como se dan las lecciones por lo comun, á causa de no comprender bien que lo mas importante en la instruccion es su influencia en el desarrollo moral; que el principal mérito de los estudios consiste en los saludables cambios que verifican en la manera de ver, de pensar y de sentir, y en el movimiento que imprimen á la inteligencia.

La enseñanza ofrece infinita variedad de recursos para poner en accion las diversas facultades del entendimiento, pero de ordinario no se comprende esto, ni se trata de otra cosa que de acumular en la cabeza multitud de materiales sin que la inteligencia se apodere de ellos. No se cuida de ver si los conocimientos comunicados han producido el efecto que debian producir, y, en fin, se descuida el conservar y restablecer en caso necesario el equilibrio de las facultades.

Al examinar la inteligencia se observa que aun separándola de los demás atributos de la humanidad, es de naturaleza compleja; es una reunion de facultades mas bien que facultad única. Considerándola como destinada principalmente á descubrir la verdad, debe comprender desde luego la atencion necesaria para observar, despues el juicio para deducir consecuencias de lo que ha observado, luego la memoria para retener las observaciones y las consecuencias, además la facultad de abstraer para apreciar las relaciones generales, y por fin, ó mas bien ante todo, la imaginacion sin la cual permaneceria ocioso el espíritu, porque no se pondria en ejercicio no representándose de antemano las ventajas de su accion. Todos estos elementos son necesarios para constituir la naturaleza de la inteligencia, pero fuera de su propio recinto hay además otras facultades de que no puede prescindir, al parecer, en la práctica.

En sentido absoluto, la inteligencia es la comprension universal, el conocimiento de todas las cosas y de sus relaciones. No solo está destinado á descubrir la verdad en el mundo exterior, sino hasta en el fondo del alma, donde hay misterios difíciles é importantes que penetrar, verdad que nos revela la conciencia de lo que pasa en nuestro interior. Para adivinar lo que experimentan los demás, es preciso haber observado nuestro propio corazon; no conocemos las impresiones de nuestros semejantes sino por la experiencia que tenemos de las nuestras, y es por lo mismo indispensable adquirir esta experiencia.

Cuando las impresiones son confusas y los sentimientos están poco desarrollados, la inteligencia será limitada bajo mil puntos de vista; así es que hombres de ingenio cometen graves errores cuando desconocen los simples movimientos de la naturaleza.

Mas aún: los sentimientos no solo son necesarios para completar la instruccion, sino que influyen tambien en el carácter y en la naturaleza y en el género de actividad del espíritu. Los pensamientos de toda nuestra vida se desarrollan, por decirlo así, en presencia del sentimiento que domina en nuestro corazón, sentimiento que da color á las impresiones que recibimos y que las modifica con su poder. La existencia de los sentimientos es permanente en el alma, mientras que las ideas están como de paso, son fugitivas y no las podemos fijar sin que el sentimiento ante el cual han desfilado les comunicase parte de su esencia. El sentimiento produce en las ideas el mismo efecto que la música en la letra que se canta; les comunica un carácter, un sentido que no tendrían de otra manera y con que acaso parecían estar en contradicción. Esto se descubre claramente en el lenguaje de los hombres. Del foco de los sentimientos tiernos y generosos, irradia sobre la inteligencia cierta vida, cierto suave calor que la penetra íntimamente; de esto proviene esa indefinible armonía en las expresiones de todos los seres buenos en el fondo que se extiende hasta las personas mas extrañas al mismo sentimiento; así como tambien proviene de esto mismo el que se descubran ó revelen siempre los deseos vanos é interesados y que se distingan por la aridez y por una frialdad glacial los discursos de los seres egoistas. La razon de esto consiste en que el espíritu forma parte del alma, que expresa siempre lo que es y que se pone en actividad por la simpatía.

En la educacion se separan todos los elementos, se aislan para mayor claridad los diversos objetos, y es preciso dirigirse entonces á una sola facultad; pero cuando se trata de hacer uso de los conocimientos adquiridos de esta manera, no es posible permanecer en el terreno de las abstracciones. Se trata casi siempre con hombres que son un conjunto móvil de inclinaciones diversas, diferentes unas de otras y variables entre si, y si no se saben apreciar sus intereses y sus motivos de accion, si no se tiene facilidad de colocarse bajo el mismo punto de vista que ellos, lo cual solo se consigue con el sentimiento, pasa uno para ellos como indiferente ó enemigo, y de nada sirve el espíritu.

Esto nos conduce naturalmente á señalar un defecto general de la educacion. Cuanto mas se reflexiona sobre la naturaleza misma de la

:

instruccion, se observan mejor los resultados que produce, y se ve que es propia casi únicamente para desarrollar el raciocinio. El efecto demasiado exclusivo de los estudios elementales, se observa tambien, en cierto modo, en todos los demas, no porque entre los diversos ramos del saber no los haya muy apropiados para desarrollar el espiritu en todos sentidos, sino porque la misma marcha de la enseñanza obliga al profesor á seguir un órden lógico. Cuanto mas versado esté en la ciencia que comunica, cuanto mas á fondo conozca el principio que la rige, le será tanto mas necesario el desarrollo regular de este principio. Ya que comience por establecerlo, y deduzca de él las consecuencias; ya que se remonte á él gradualmente por la observacion de los hechos, es decir, tanto que proceda por la sintesis como por la análisis, siempre conduce al espiritu por la misma ruta. Y cuando se ha seguido esta ruta por muchos años, no puede menos de haberse contraido un hábito demasiado uniforme; y el movimiento que de aqui procede, útil sin duda y que debe facilitarse en lo posible, ofrece el inconveniente de impedir otros movimientos.

La falta absoluta de método y la ciega rutina acaso no tengan este inconveniente; los conocimientos que nos llegan, sin advertirlo, por las infinitas vias que nos ponen en comunicacion con el mundo exterior, no producen la fatiga, la rigidez, el cansancio mas ó menos pasajero, que es consecuencia natural de los esfuerzos de atencion; pero en estos casos tampoco se desenvuelve el pensamiento, y las leyes de nuestra organizacion nos dominan sin advertirlo. Asociaciones de ideas de todas clases, sensaciones enlazadas entre sí, afecciones, inclinaciones ó antipatías producidas por la imaginacion, comparaciones extravagantes, contrastes y quién sabe que mas, todo conduce á depositar en la memoria un tesoro, cuya guarda no le hemos encomendado, y como no nos damos cuenta de nada, somos como animales ó máquinas.

La multitud de causas que se reunen para impulsar la educacion del hombre, dentro solo del círculo del raciocinio, es verdaderamente infinita. Al efecto producido por la marcha necesaria de la enseñanza, se agrega el de los primeros estudios, que, lejos de contrariarse entre sí, desarrollan todos las mismas facultades; el efecto de diversas consideraciones morales, como la ventaja de moderar, con el ejercicio del juicio, los impetuosos deseos de la juventud; la prudencia, que enseña que un exceso de energía en la facultad de raciocinar, es menos peligroso que en otra alguna; la influencia personal de los maestros que han recibido una educacion semejante á la que comunican; y, en fin,

el movimiento industrial y calculador del siglo: cuando se reúnen todas estas causas y otras más, no es de extrañar que las luces se sobrepongan al sentimiento, el espíritu de análisis á la imaginación, y los intereses materiales á los del alma. Hé aquí explicada la causa de que la generación actual venga ya al mundo, al parecer desengañada, de que los adolescentes parezcan corregidos de ilusiones que no han experimentado jamás, y la razón por la cual es preciso dar gracias á la naturaleza, cuando deja pasar algunas afecciones tiernas y simpáticas al corazón.

Confieso con gusto que las consideraciones que acabo de hacer, son justas y legítimas por lo común; que la instrucción, considerada en su conjunto, debe ser razonada, y que la moral debe serlo también bajo muchos aspectos: no deseo que se racione menos, pero quisiera que se sintiese más; quisiera que una existencia más expansiva, dejase libre acceso á la multitud de dulces impresiones que el alma humana está destinada á recibir.

Para la infancia, ofrece el inconveniente la vida estudiosa de que no se le propongan por lo común sino razones de interés personal, que no se llame la atención del discípulo sino hacia su propio porvenir, y que no se ponga en juego esa noble inclinación al desarrollo que se desplegaría en la vida activa desde la primera edad. Si á este inconveniente se agrega la falta de no cultivar más que las facultades de la argumentación, ¿cómo no han de estar privados del sentimiento nuestros discípulos? Por eso les falta este sentimiento bajo aspectos diversos: falta como motivo para excitar el deseo del progreso, como amor á lo bello y afición á la poesía, como elemento necesario de ese género de imaginación que hace interesante el estudio. Instruimos sin inspirar; sembramos sin fertilizar el terreno, y de aquí la esterilidad de que se acusa en nuestros días á la literatura.

Cuando llega la adolescencia, la vida se desarrolla con mayor actividad, agitan el corazón nuevos deseos; hasta la educación es más excitante, y el sentimiento que no ha recibido antes buena dirección, se precipita por caminos imprevistos. La vaga efervescencia, la exaltación y los extravíos, podrá acaso enfrenarlos la razón; pero sin la sensibilidad que anima y contiene á la vez, no reinará jamás en estas regiones sino la aridez y la extravagancia.

En otros tiempos sucedía todo lo contrario en la cultura intelectual, pues la educación se dirigía demasiado exclusivamente á despertar el gusto por la armonía y la belleza de la expresión, que se despertó tan poderosamente cuando el renacimiento de las letras; gusto que con el

sentimiento religioso, desarrollado entonces en todo su poder, produjo un género de civilización muy favorable á las artes y á la poesía. No se reconocía, sin duda alguna, bastante generalmente la necesidad de comprobar y de clasificar los hechos, y no se recogían suficientes materiales para construir el edificio de las ciencias; pero acaso el espíritu humano, considerado en sí mismo, formaba un todo mas perfecto. Siempre ha habido hombres de talento, siempre se ha sabido sacar inducciones exactas de los datos que se poseían, y acaso faltaba menos el poder de raciocinar á los hombres de otro tiempo, que á nosotros el de sentir y crear la verdadera belleza.

En esto tiene más influjo el espíritu general de la educación que la enseñanza; pero como esta es el único medio regular de que disponemos, está obligado el maestro á sacar de ella el mejor partido posible. A este fin, podrá desarrollar con preferencia las facultades débiles; podrá valerse, como de contrapeso, de los estudios de tendencia opuesta para que se compensen los efectos y no contraiga el espíritu hábitos invencibles; pero es mejor aun coordinar las diversas partes de la instrucción con referencia á un estudio central que requiera por sí mismo el desarrollo de todas las facultades, á la manera que Felleberg lo hacia con la historia y el padre Girard con el estudio de la lengua materna. Esto mismo pretenden algunos de la instrucción clásica y literaria, lo cual no se ha obtenido sino á medias á causa de la imperfección de los métodos, pero cuya importancia se reconoce, sobre todo cuando se contemplan los resultados de una instrucción exclusivamente científica ó matemática. Si se lograra dirigir la marcha de todas las facultades hacia un mismo objeto, no puede ofrecerse duda que un solo impulso central contribuiría infinitamente al desarrollo del espíritu, en la segunda mitad de la infancia; así como no la hay de que los estudios abigarrados, sin relación entre sí, sin lazos de interés común son muy á propósito para producir una gran dispersión de la fuerza. Acerca de esto, no obstante nos falta recibir aun muchas lecciones de la experiencia.

Además, es preciso convenir en que no hay combinación de estudios que pueda servir para desarrollar completamente la inteligencia en su conjunto. Cualquier estudio requiere aplicación, atención sostenida, y hay facultades que no se desarrollan sino con total libertad de espíritu, y los hay cuyo ejercicio se detiene con los esfuerzos. Para esto es preciso buscar el primer móvil fuera del dominio de la instrucción. Una vez excitados, tienen ocasión de ejercitarse incesantemente con la multitud de ideas acumuladas por la instrucción; pero en lo que toca al sentimiento y á la imaginación, rara vez tiene el estudio la iniciativa.

Por eso, para inspirar el gusto literario, hasta la educación más esmerada puede ser infructuosa. Las artes, y la primera de todas la poesía, no hacen más que despertar impresiones ya conocidas. Las reúnen en un foco, les dan la dirección que las hace más distintas y por este medio más vivas, pero son impotentes para crearlas. Si no se ha sentido la naturaleza, las artes que no hacen más que transformarla y reunir los rasgos esparcidos para producir una emoción única y profunda, las artes, repetimos, carecerían de poder. Hay pues una disposición á que deben encaminarse los diversos estudios antes de que puedan producirla.

Esto demuestra también los beneficios de la educación religiosa. Es un hecho atestiguado en los anales del espíritu humano; un hecho de que dan testimonio los dos grandes escritores de nuestra edad, Mr. de Chateaubriand y Mme. Staël, que el sentimiento religioso y el genio de las artes van constantemente unidos, y no porque la verdadera religión en su austera santidad necesite del auxilio de las artes, sino porque no pueden existir las artes sin religión. A veces alteran las artes la sencillez de la religión, y parándose poco en la naturaleza sublime de los objetos del culto se fijan principalmente en las cualidades del hombre, pretenden descubrir en él la sensibilidad que hace necesario el culto, y quieren encontrar en él el noble impulso que le da la esperanza de comunicar con un poder celestial; pero es lo cierto que se ha visto siempre palidecer en los pueblos la inspiración á medida que se extiende en ellos la incredulidad.

Hay en nuestra alma una propensión natural que nos inclina á prestar homenaje á todo lo que nos ofrece la idea de perfección, de suerte que los objetos excelentes excitan en nosotros una admiración que se aproxima al culto. Oprimidos habitualmente por el sentimiento de los estrechos límites de nuestra existencia, esperamos con ansia franquearlos, y el alma se dilata en nuestro seno cuando llevados en alas del entusiasmo, creemos entrever regiones donde todo es bello, luminoso, perfecto. Y esta misma disposición que en su mayor pureza y excelencia conduce el alma á Dios, puede, deteniéndose á menor altura, conducirle á formarse una imagen ideal de los objetos terrestres. Y aunque esta disposición no sea ni la piedad ni el talento, como favorece uno y otro, como estas dos grandes facultades están íntimamente relacionadas con ella, merece cultivarse. (Mme. Necker de Saussure).

**INTELIGENCIA DEL NIÑO (Respeto á la).** Bajo muchos aspectos y muy importantes debe considerarse particularmente la educación del niño y el respeto debido á la libertad de su naturaleza. Procurare-

mos demostrar cuán funestas son á la educacion *la violencia intelectual, la violencia moral, y aun la violencia física.*

Y no es la *violencia intelectual* la menos funesta, pues he visto consecuencias de ella muy desastrosas que me propongo consignar aquí.

He hablado en otra ocasion de la culpable debilidad de los padres que no temen sacrificar á la molicie y á los cuidados físicos de sus hijos la instruccion del espíritu y hasta la educacion moral. Pero debo tambien hablar de otro defecto; de la orgullosa dureza de ciertos padres y de la odiosa ambicion de muchos maestros, que para alcanzar la gloria del premio de los *certámenes* ó el honor de exámenes brillantes, condenan á los pobres discípulos, durante meses enteros, todo el dia y parte de la noche á trabajos sin descanso, y hacen sucumbir al peso de una fatiga incesante el débil cuerpo de los niños y los órganos que no ha endurecido aun la naturaleza.

He visto niños, dotados de excelentes facultades, quedar reducidos á la impotencia, á la imbecilidad intelectual por el exceso de trabajo en una edad demasiado tierna.

Plutarco dice á este propósito: «Conozco padres que son en realidad enemigos de sus hijos. Afanosos por verlos hacer rápidos progresos y que alcancen en todo extraordinaria superioridad, los sobrecargan de trabajo hasta que los abruman. De aquí el desaliento que les hace mirar á estos con odio las ciencias. Las plantas regadas con moderacion crecen, pero el exceso del agua ahoga su germen. De la misma manera el alma se nutre y fortalece con un trabajo moderado; pero el exceso postra sus facultades.»

El padre de Blas Pascal pensaba de otra manera y seguia bien diferente método en la educacion de su familia. Refiere su hija, que al educar é instruir á Blas, observaba siempre el principio de *tener siempre al niño dominando su obra.*

Véase en las *Memorias* lo que fué la educacion de Fenelon, de Bossuet, del gran Conde y de M. Olier, y se descubrirá en ella un temperamento admirable de vigor en el trabajo, y de consideraciones á la debilidad de los años; una bien entendida combinacion de la moderacion y el ardimiento; de grave condescendencia é ilustrada autoridad.

La educacion es, sin duda alguna, esencialmente progresiva, pero no por eso debe ser jamás su marcha violenta, ni su progreso precipitado, pues de otro modo no resistiria el niño, se resentiria su libertad y se alteraria en el fondo su misma naturaleza: su desarrollo físico, in-

telectual y moral ha de ser necesariamente obra del tiempo y de paciencia. Si se quiere que el niño pase á ser hombre, es preciso trabajar á este fin como la misma Providencia, con respeto, con medida y con dulzura. De otra manera se turbaria profundamente el alma del niño y los mas ardientes deseos no alcanzarian á mas que á apartarnos del objeto.

Para conseguirlo mas seguramente, se ha dividido la educacion humana en tres periodos: educacion materna, educacion primaria y educacion secundaria; pero desgraciadamente no se observa siempre esta sabia y progresiva lentitud.

Una de las cosas en que se violenta mas comun y mas lastimosamente la inteligencia, es sin duda alguna aplicando demasiado pronto los niños al estudio de las lenguas antiguas á que no tienen gusto y á que no se hallan dispuestos, sin ofrecerles auxilio alguno real para vencer tan difícil trabajo.

Creo y confieso sin rodeos, que el estudio de los tres idiomas y de las tres literaturas, patria, griega y latina, son los medios mas eficaces de la superior educacion intelectual; pero es preciso emprenderlo cuando se tiene capacidad para ello. Entre los que *ganan curso sin estudiar* en nuestros establecimientos de instruccion pública, ¿cuántos de ellos no son incapaces de hacer otra cosa, y cuántos que están condenados á la ignorancia y á la estupidez, aun en el griego y el latin, por la deplorable incuria de que son objeto? Cuando se reúnen sesenta, ochenta y aun cien niños en una clase, ¿es posible que estudien y aprovechen? ¿Quién se ocupa, quién puede ocuparse con los que no están destinados á hacer brillar al maestro? El profesor mas celoso tiene que abandonarse á la mas increíble negligencia. No exige mas que una cosa; quietud y silencio, como condiciones de la paz y de la existencia. ¡Es preciso que estén los niños en la clase como si no estuvieran, y por espacio de muchos años, durante los mas fogosos de la juventud!

¡Estos desgraciados tienen que pasar así todas las largas horas de sus tristes dias, palideciendo á fuerza de estar sobre libros que no entienden ni pueden entender; leyendo, ó por lo menos con la vista fija, en páginas que no han de comprender jamás; escribiendo *temas* en que no hay para ellos ningun sentido, ninguna forma ni del pensamiento ni de la palabra humana! ¡Y esto en la época en que debian desarrollarse sus mas activas facultades!

Pero ¿como no se comprende que esto equivale á someterlos á la tiranía intelectual mas cruel que se ha visto jamás?

Limitándonos á los estudios, ¿quiere saberse á qué se reducen con semejante sistema?

Hé aquí lo que publicaba, ha poco tiempo, sobre el nivel de los estudios universitarios el profesor de filosofía de uno de los mas importantes liceos de Francia:

«Este nivel es en la actualidad tan bajo, que es muy problemático que pueda bajarse mas. En todas partes, aun en Paris, donde se abrevian los hábitos de centralizacion, la mayor parte de la clase da resultados deplorables. En Paris, entre los cinco ó seis primeros y el resto de los alumnos, hay un abismo, y otro entre los diez siguientes y lo que se llama la cola de la clase. Y esta cola es interminable, y entre el vigésimo y el sexagésimo no hay diferencia sensible: el sexagésimo es un cero, y el vigésimo una cantidad infinitamente pequeña.

»Lo mismo sucede en los departamentos, y eso cuando no se priva la clase de los cinco ó seis alumnos mas distinguidos que pasan á los liceos parisienses, los cuales absorben en provecho propio toda la sávia de la Universidad.

»Estos juicios se comprueban de una manera irrefragable y triste en las pruebas para el bachillerato. Las facultades no son demasiado severas, y, sin embargo, el número de candidatos reprobados por no haber sabido hacer medianamente una version, es en verdad formidable.

»Por lo que hace á las pruebas orales, ruego á Dios con toda mi alma que no las presencie un alemán ó un inglés, ó por lo menos que escuse á mi amor propio nacional el dolor y la humillacion de sentarse á mi lado. No me siento con fuerzas para decir mas; puede ir á verse.»

¿Por qué, pues, hemos de admirarnos ahora que estudios hechos de semejante manera, inspiren á tantos hombres distinguidos en otros ramos el mas soberano desden por el griego y por el latin, y que en muchos este sentimiento se convierta en horror á los libros y á la instruccion literaria, como podria demostrarlo con muchas pruebas (1)?

(1) He conocido y conozco á uno de nuestros mas hábiles arquitectos, que habia tenido la desgracia de estar sujeto durante su infancia á este detestable y violento sistema. Habia logrado por fin sacudir el yugo, decidiéndose sus padres, á pesar de los consejos de los maestros, á hacerle interrumpir el curso de lo que llamaban sus estudios, dedicándole á las artes del dibujo, para las cuales tenia gusto y aficion notables. «Estó me salvó, me decia; sin semejante decision estaba perdido intelectual y moralmente. Debo confesar que, contra mi voluntad, he conservado por largo tiempo á los libros repugnancia instintiva de que me avergüenzo, y he necesitado, perdóneme V. el recuerdo y el lenguaje, añadió medio sonriendo, he necesitado quince años para reponerme del

Me he referido hasta de aquí á los que no tienen gusto ni aptitud especial para el griego y el latin , y á quienes abate y anonada un sistema de necesaria y espontánea negligencia ; y ahora debo hablar de aquellos cuya cultura no se descuida , que tienen profesores dignos de este nombre , pero que , por falta de talento , son incapaces de la instruccion que se les obliga á recibir .

La historia del Delfin es en este género un monumento de triste é irrecusable celebridad .

« El difunto Monseñor , escribia Mme. de Maintenon , sabia á los cinco ó seis años mil voces latinas , y no recordaba ninguna cuando fue dueño de sí mismo . »

« La aspereza con que se le obligaba á estudiar , decia Mme. de Caylus , le inspiró tal disgusto hácia los libros , que resolvió no abrir ninguno de ellos desde que fuera dueño de sus acciones ; y ha cumplido su palabra . »

Pero ¿ qué se ha de hacer , se me dirá , con los niños de escasa capacidad , en los cuales no se descubre ni gusto ni aptitud para el estudio de las lenguas y las letras ? La respuesta es muy sencilla : se estudia su naturaleza , se procura descubrir de qué son capaces , y se les aplica á ello , prescindiendo de las reglas comunes y de los sistemas generales de instruccion : esto es lo que yo he hecho , y lo que he aconsejado en muchas ocasiones á los padres . No debe aplicarse al niño sino á los estudios para que tiene capacidad ; es preciso dar á su educacion un fundamento posible ; es preciso desarrollar su inteligencia en un medio que no la ahogue . Esto lo dice el sentido comun mas vulgar ; lo contrario es irritante , y si esta palabra pareciese demasiado dura , añadiré que hay en tal conducta tan criminal abuso de autoridad , que nada me afecta mas dolorosamente . Tales violencias con un niño , contra su libertad y contra la debilidad de su naturaleza , me han inspirado siempre verdadero horror .

Debo indicar además otra violencia que se hace á la mayor parte de los niños , cual es la del *estudio simultáneo* de la lengua patria y del latin , á que se les condena á veces desde la edad mas tierna , y que es , hasta para los de mejores disposiciones , una tirania intelectual verdaderamente odiosa , cuyas consecuencias son lamentables .

¿ Hay , sin embargo , cosa mas comun ? Y ¿ cómo no se comprende

disgusto que me habian inspirado los libros y las legumbres del colegio . Odiaba tanto lo uno como lo otro , y hasta el año último no he podido comer legumbres sin repugnancia , ni leer con algun placer una traduccion de Virgilio . »

¡ A cuántos jóvenes y á cuántos hombres no puede aplicarse esta deplorable historia !

que el estudio de dos gramáticas, tan diversas en el fondo y en la forma como la gramática de nuestro idioma y la latina, á las cuales se agrega á veces, por exceso de celo, la gramática griega, ha de aniquilar la tierna inteligencia del discípulo, desconcertar su memoria y turbar y embarazar todo su desarrollo intelectual? ¿Cómo no han de perderse tan débiles inteligencias en el extraño laberinto de declinaciones heterogéneas, de conjugaciones sin relacion alguna entre sí, de nombres y de artículos? ¿Cómo han de parecerles sencillas é inteligibles, sintaxis, métodos y reglas tan opuestas unas á otras? En tan temprana edad es casi imposible apreciar las analogías, comprender las relaciones generales y las de semejanzas abstractas, porque el niño no juzga, no compara, no deduce, no ratiocina apenas; lo que necesita son ideas sencillas ó imágenes.

El sentido comun aconseja que primero se fortalezca su espíritu, haciéndole comprender lo mas perfectamente posible su lengua materna, que ya habla y entiende, y así no se le lleva á una region desconocida y bárbara. Cuando ya posea regularmente esta lengua, cuando haya apreciado bien los principios generales, la gramática, la sintaxis, el método y la ortografía, no será para él un trabajo y un embarazo mas, sino un instrumento, un poder para estudiar y conquistar otra....

El estudio de las matemáticas ha llegado tambien á ser entre nosotros uno de los que hacen violencia á las facultades intelectuales, y estoy en el deber de indicar el peligro.

Causa extrañeza á veces que ciertos alumnos de nuestras escuelas científicas, hasta de la escuela politécnica, sean deplorables medianías bajo todos conceptos, y yo no me admiro en lo mas mínimo, porque no proviene de otra cosa sino de la debilidad de su naturaleza y de la prematura instruccion que han recibido de una manera violenta.

Se les aplica al estudio de las ciencias exactas antes de que su espíritu, bastante desarrollado y fortalecido, sea capaz de semejante estudio, y no pueden sufrir tanta carga: las matemáticas los aniquilan; ni se educan ni se instruyen, y se consumen y arruinan para siempre. Esto proviene de que las facultades del hombre no pueden desenvolverse sino conforme á las leyes de una progresion sucesiva y moderada, y de que no entra en el orden de la Providencia el que alcancen todos á la vez su fuerza, su madurez y su poder natural.

Aparece primero la memoria, luego se revela la imaginacion, despues la sensibilidad moral. Nada es mas tardío en el niño que la idea: tienen ciertas ideas naturales, pero casi siempre ideas de ima-

ginacion; nada es mas raro en ellos que la *idea científica* y las operaciones puramente intelectuales. La *idea científica*, sea *abstracta* ó *compleja*, los desconcierta casi siempre, y, en una palabra, en ellos la *reflexion* es muy débil, el *juicio* muy mediano, y el *raciocinio* continuado casi imposible.

¿Qué sucede en tal estado de cosas?

Que las matemáticas son un estudio demasiado fuerte, demasiado penoso para tan tiernos alumnos. No hay duda que las matemáticas perfeccionan, fortalecen, por medio de un ejercicio vigoroso y útil, por una laboriosa gimnástica intelectual, la reflexion, el juicio, el raciocinio; pero exigen absolutamente que estas facultades tengan ya cierto vigor, cierto desarrollo, porque, de otro modo, se ahogan.

La experiencia me ha dado siempre la misma luz; siempre he observado que cuando se da á las matemáticas un predominio tiránico ó prematuro en la educacion, producen malos resultados: se estinguen tristemente la sensibilidad y la imaginacion, nobles y brillantes facultades compañeras de la razon; se mutila á veces de una manera terrible la naturaleza del niño, y se altera su dignidad moral al propio tiempo que su poder intelectual.

Las matemáticas, en efecto, estudiadas antes de tiempo, perjudican aun á las facultades que ejerciten á costa de las demas, porque, debilitándose estas, no pueden auxiliar á las primeras, y hasta la razon se seca sin fortalecerse mas.

Como las matemáticas no ejercitan comunmente el espíritu, bajo el punto de vista de la exactitud, sino en abstracciones materiales ó geométricas, cuando el sentimiento de las cosas morales no está bien arraigado en el alma, la turban, y á veces la alteran.

No solo arrebatan á la inteligencia la gracia, el brillo, la generosidad, el ardor que le habrian comunicado la imaginacion y la sensibilidad, sino que le arrebatan tambien la exactitud moral, es decir, la verdadera grandeza de alma y toda la nobleza de la inteligencia humana.

He dicho que todos estos eran grandes males, y lo sostengo; sí, es un gran mal para un jóven y para su familia, porque al fin, ¿de qué sirve?

Para hacer á veces un matemático mas y un hombre menos, y con frecuencia para privarse de lo uno y de lo otro.

No soy ciertamente de los que desdennan las ciencias humanas y las escuelas científicas. La *escuela politécnica* ha hecho servicios al país, sus profesores constituyen una de nuestras glorias, y los sábios son

dignos de todos los estímulos, de todos los nobles premios de la inteligencia y del trabajo. He admirado siempre con respeto esos esforzados y generosos espíritus, cuyas profundas investigaciones, cuyos cálculos se elevan hasta los cielos y descienden hasta el fondo de los abismos, cuyos maravillosos descubrimientos alcanzan hasta los siglos mas remotos, penetran la naturaleza, y le roban sus mas ocultos secretos. Exclamo voluntariamente:

*¡Felix qui potuit rerum cognoscere causas!*

Rindo con gusto solemne homenaje á los Laplace, á los Berthollet, á los Lavoisier, á los Cuvier y á tantos otros que no cito, porque hablando de los muertos me aproximo á los vivos y no quiero herir su modestia con mis elogios.

Mas precisamente mi admiracion á estos grandes nombres de la ciencia y mi respeto á la misma ciencia, me obligan á pedir que no se envilezca entregándola á inteligencias tiernas que no son aun dignas de ella, ni tienen capacidad para dirigir una mirada inteligente y sensible á su bella luz.

La ciencia que deberia iluminarlos los deslumbra y los ciega, y de deplorables é impotentes tentativas, los pobres jóvenes se ven comunmente condenados á no fijar en las letras y en las ciencias humanas sino ojos débiles y estúpidos y la incierta mirada de una inteligencia impotente ó estraviada.

No puedo olvidar, además, que los príncipes de la ciencia y los mayores genios de la filosofia han pensado y hablado como yo en tan grave asunto.

No ha mucho se me citaron estas admirables palabras de Descartes: «El estudio de las matemáticas inhabilita para la filosofia».

Y yo mismo he leído en las obras de este grande hombre: «No hay cosa mas estéril que tratar de los números y de las figuras imaginarias queriendo detenerse en semejantes bagatelas, porque aplicándose á estas demostraciones superficiales con tanto cuidado, se pierde en cierto modo el hábito del uso de la razon».

¿Quién ignora la diferenciencia que establece Pascal entre *el espíritu de exactitud y el espíritu de geometria*? Todo el mundo ha leído en sus *Pensamientos* el famoso pasaje en que á la vez que ensalza el mérito de la geometría, se burla de los *geómetras que no son mas que geómetras*, los cuales pasan para él por *ridiculos, falsos é insoportables porque quieren tratar geométricamente las cosas mas delicadas*.

Después de tales autoridades y de tales razones, me serán permitidas algunas palabras para concluir.

Para una nación es un gran mal que un impulso irreflexivo haga predominar las matemáticas antes de tiempo en los estudios de la juventud; porque si dan resultado, tendremos multitud de geómetras y de ingenieros útiles, pero también muchas medianías. Una escuela especial pasaría por la escuela superior del país, olvidando que es de desear en la sociedad humana una elevación de miras que no consiste solo en las matemáticas y la trigonometría; todos los esfuerzos, todas las ambiciones se dirigirían á esta parte; millones de jóvenes de trece á diez y ocho años interrumpirían toda educación intelectual y moral, todo desarrollo del pensamiento y de la palabra, para dedicarse exclusivamente al álgebra y á la geometría, y cada año se presentarían á exámenes, imposibles casi para todos, aprobándose con gran trabajo algunos centenares de candidatos, y cayendo los demás desanimados, con sus estudios mutilados, con sus facultades debilitadas, con su juventud aniquilada, con su porvenir perdido!

¿Pero se han de suprimir todas las escuelas preparatorias para tantos servicios públicos importantes? No, nada de eso; basta retardar la época de admisión á estas escuelas, para que los aspirantes puedan elevarse á toda la altura de la ciencia, sin abrumarse antes de tiempo con trabajos superiores á sus fuerzas.

Esto es lo que se necesita y lo que nadie se atreverá á disputar.

(Dupanloup).

**INTERÉS.** El interés consiste en el amor á las riquezas, uno de los grandes móviles del corazón humano, y puede considerarse como una viciosa derivación del deseo de poseer.

Los niños, desde muy jóvenes, empiezan á manifestar miras interesadas en los juegos, por ejemplo, rehusando los juguetes á los compañeros. En la edad de la adolescencia, cuando se dispierta la afición á los placeres, se debilitan tales disposiciones para reaparecer con mayor fuerza en la época en que se trata de hacer economías, para restablecer en los negocios el equilibrio, destruido acaso por la conducta observada anteriormente.

La educación necesita remedios activos contra esta viciosa inclinación, porque la codicia estingue el amor al prójimo, el desarrollo de la humanidad, y todos los nobles sentimientos que nos aconsejan contribuir al bienestar de nuestros semejantes. Debe, pues, combatirse desde muy pronto, pero con gran prudencia, para no destruir el justo

deseo de poseer, favoreciendo desmesuradamente la inclinacion á la disipacion.

El medio eficaz de corregir este defecto en los niños, consiste en sembrar en su alma el gérmen del afecto y de la simpatía; en habituarlos á que se amen mutuamente, y á que dejen con gusto á los compañeros los juguetes y otros objetos que les pertenezcan.

Quando se advierte la menor disposicion á la codicia, se priva al culpable hasta de los objetos que le pertenecen, haciéndole comprender que es indigno de poseer el que no hace buen uso de sus bienes.

Es conveniente además poner á los niños en posesion de ciertos objetos, dándoles la propiedad absoluta de ellos, y este medio es tanto mas eficaz quando se les dan como premio de su trabajo ó de su aplicacion al estudio.

De vez en cuando se les pide cuenta de estos objetos para ver si los conservan y los cuidan, lo cual contribuye á que el niño comprenda la utilidad del orden y de la economía, y de abstenerse de gastos superfluos.

Pero al querer evitar un escollo, cuídese de no caer en el opuesto, no menos peligroso; por evitar la avaricia no vayamos á parar á la prodigalidad. Todos los esfuerzos deben encaminarse á hacerle comprender al niño que no se debe ganar para atesorar y poseer, sino para hacer buen uso de los intereses, destinándolos á satisfacer las verdaderas necesidades y á socorrer á los desgraciados.

El ejemplo del maestro en esto, como en todo, es de grande influjo. Sin que pretendamos que renuncie á las ventajas materiales de su destino, que por desgracia son bien mezquinas y reducidas, es preciso que se conduzca con mucho miramiento en cuanto se refiera á intereses, y que no deje nunca entrever ese afan por adquirir, incompatible con la nobleza de sentimientos y hasta con sus deberes. En cuanto tenga que administrar perteneciente á la escuela, en la compra y venta de útiles de enseñanza, como papel, plumas, etc., si tuviese que hacerlo, ha de ser siempre muy mirado, para hacer ver que no le guia ni le domina otro interés que el de la educacion y enseñanza. En la admision de los niños en clase de pobres no debe oponerse tercamente á la autoridad municipal, ni reclamar á la superior sino en caso de grandes abusos. Las escuelas públicas se crean principalmente en favor de los pobres; y ¿no es mil veces preferible la admision á un niño de familia acomodada, dispensándole de las retribuciones, que rechazar á uno solo privado de recursos?

Donde se pone á prueba el desinterés del maestro, es en los pre-

sentos ó regalos que suelen hacerles algunas familias acomodadas. No diremos que deba rehusarlos absolutamente, aunque esto seria siempre lo mejor; pero sí que por ningun título ni concepto los provoque con su conducta, ni aun deje traslucir que se complace con tales manifestaciones. Por lo comun los hombres no dan sino para recibir, y al aceptar sacrifica el maestro su independenciam y está obligado á corresponder. Hace el padre el obsequio con la idea de que se guarden consideraciones especiales á su hijo; y si no se trata á este con particular cuidado en sus estudios, aunque sea á costa de los demas discípulos, si no se le dispensan las faltas, el maestro es para él un desagradecido.

Los medios de mejorar de posicion debe buscarlos el maestro en el religioso cumplimiento de sus deberes, en los buenos servicios y en el estudio que le proporcionarán los ascensos naturales y legítimos á que debe aspirar con calma y sin impaciencia. Así se ahorrará muchas desazones, y su conducta será un bello y saludable ejemplo de desinterés para los discípulos.

**INTERMEDIA (Enseñanza).** Despues de la enseñanza primaria, que todo hombre asociado á otros hombres necesita haber recibido para manejarse y prosperar en la vida civil, nada hay mas importante á la generalidad de los pueblos como la instruccion intermedia.

Bajo dos aspectos puede ser considerada esta interesantissima parte de la enseñanza pública: como preliminar á estudios superiores, y como bastante por sí sola para las necesidades de un gran número de familias.

Mientras la juventud que se consagra al ejercicio de las profesiones literarias no arribe á los estudios de universidad con la preparacion que cada una de aquellas necesita, sus progresos científicos serán naturalmente lentos, y flaquearán muchas veces por su base propia hasta el punto de condenar para siempre á la medianía á cuantos con tan señalado defecto comiencen sus carreras.

El jurisconsulto que no hubiese llevado al estudio de las leyes un conocimiento profundo del hombre y de la sociedad humana; el que ignore la historia de los pueblos, las vicisitudes de los imperios; el que no haya, en fin, cultivado su entendimiento ni formado su razon, pocos ó ningun progreso podrá hacer en la ciencia del derecho.

El que antes de emprender la complicada carrera de la medicina no se hallare versado en los mas generales conocimientos del mundo sublunar; el que no haya estudiado las relaciones físicas de los seres y

su reciproca influencia, en vano consumirá los mejores años de su juventud procurando adquirir aquel ojo penetrante, aquel tacto científico que el importante arte de curar exige.

El uno y el otro vivirán en la oscuridad, y sus tareas y su auxilio escasos beneficios habrán de producir al estado civil ó á la humanidad doliente. Otro tanto sucede en todas y cada una de las carreras superiores: los estudios preliminares que les sirven de base y de cimiento no pueden omitirse ni desatenderse á menos que se pase por edificar sobre un terreno incierto y movedizo.

Si considerada la enseñanza intermedia bajo este punto de vista, hay tanta necesidad de que con todo esfuerzo y asiduidad se dediquen á mejorarla los gobiernos; no es menor su interés ni su influencia sobre las clases medias de la sociedad humana.

Después de los estudios primarios que instruyen á las masas de lo mas necesario é indispensable para la vida, hay una infinidad de objetos útiles en alto grado á las artes y á los oficios, á la cultura de las familias medianamente acomodadas, al desarrollo de sus industrias, á la felicidad en suma de clases numerosísimas.

El propietario necesita algo mas que leer, escribir y contar para dirigir con ventaja sus haciendas y para mejorar el cultivo de sus tierras: en unos puntos, nociones de agricultura; conocimiento de la naturaleza y necesidades de los ganados en otros; y en todos una tintura siquiera del mundo físico, de sus leyes principales, de las causas y de los efectos de los fenómenos atmosféricos mas frecuentes en su país.

El artesano há menester del dibujo; no puede ignorar los principios mas aplicables á la ocupacion de su vida, de la dinámica y de la física; necesita sobre todo algunas nociones prácticas de la química, y nociones mucho mas generales y completas segun sea el arte que profese.

La geografía de la nacion á que se pertenece, su posición y relaciones con los demás pueblos del mundo, y mas especialmente con aquellos que por su proximidad ó por cualesquiera otras causas, tienen comunicaciones y tratos mas frecuentes con nosotros; los diversos idiomas que en ellos se hablan ó cuando menos los de los puntos limítrofes con quienes el tráfico es una necesidad civil muy imperiosa, son otros tantos conocimientos que deben ser sumamente útiles á todos aquellos hombres que sin aspirar á todos los estudios de una carrera científica ó literaria, viven sin embargo en un mundo mas culto, y necesitan de mas medios intelectuales que los que se sustentan del material trabajo de sus brazos.

Si no hay, según esto, tanta necesidad de generalizar la enseñanza secundaria como sucede respecto de las primeras letras, no puede ponerse en duda que es muy importante la atención que á esta parte de los estudios debe darse.

Y de tal suerte es esto cierto, que el gobierno, si ha de cumplir con todas sus obligaciones, no puede fiar enteramente á la especulación ó industria de los colegios privados la suerte de las enseñanzas intermedias: lejos de ser conveniente el descuidar por este concepto aquellos estudios, después que algunos años trascurriesen sin la mas eficaz cooperación del poder público, esta enseñanza ó se encontraría falta tal vez de lo mas preciso, ó cuando menos en un estado informe y en manera ninguna útil á la sociedad en general, y al desarrollo intelectual y progresivo de los pueblos.

La industria de los que toman á su encargo el enseñar, no puede elevarse á las consideraciones de utilidad común que son propias del gobierno: ella por el contrario atiende únicamente á lo que produce mas; multiplica los medios de aligerar la enseñanza aun cuando llegue á su término sin sólidos cimientos; abandona de todo punto el estudio de lo que no ofrece lucro, ni mucha demanda en el país, por mas que provenga esta repugnancia de preocupaciones y aun de la moda, y se limita en suma á lo que mas interesa al colegio, mercantilmente considerado, con menoscabo tantas veces de lo que á los alumnos puede ser mas necesario.

El orden natural de las cosas disculpa esta tendencia de los colegios privados, y el gobierno por consiguiente no solo no debe contrariarlos porque sea aquella su índole y carácter, sino que cuidando de establecer por su parte los institutos públicos necesarios, debe proteger en cuanto le sea posible aquellas mismas especulaciones particulares.

Por de pronto, uno de los grandes bienes que la concurrencia produce, es el de la rivalidad entre unos y otros profesores. Durante los siglos, que por cierto no han sido los mas apartados de nuestros dias, en que nadie podía enseñar la mayor parte si acaso alguna de las ciencias humanas sin el título correspondiente y fuera de una cátedra de universidad, los profesores, monopolizada la enseñanza, carecían de interés por la ciencia y no sentían el estímulo necesario para el incansante y á veces improbo trabajo á que su ministerio les llama. Pero desde el instante en que próxima á su cátedra existe abierta otra en donde un hombre que no ha recibido misión especial del gobierno enseña, el profesor público no puede menos, si en algo estima su repu-

tacion y su buen nombre, de mirar atentamente al crédito que su rival vaya cobrando, y al número de los discípulos que se agolpan á escuchar sus lecciones con menosprecio, y aun quizás con desercion de su propia aula.

Esta consideracion le obliga á ser mas solícito por el aprovechamiento de sus alumnos, á mejorar sucesivamente sus métodos de enseñanza, á presentar en suma al fin de sus estudios jóvenes brillantes que hagan honor á su escuela y que puedan sufrir ventajosamente la competencia de las otras.

Mas prescindiendo de esta y varias otras circunstancias que recomiendan la proteccion, ó por mejor decir, la tolerancia, porque esto basta, que á las enseñanzas particulares se debe; el gobierno no puede dejar de procurar por sí mismo al país escuelas mas ó menos perfeccionadas donde se facilite á la juventud los conocimientos mas necesarios á la vida social desahogada y cómoda.

Entre estos conocimientos hay algunos que, ó porque no excitan mucho el interés de los particulares que han de pagar la enseñanza en los colegios privados, ó porque no son estimados ó apreciados suficientemente del público, ofrecen escasa ó ninguna esperanza de lucro al que se consagra á este género de industria, y esto no obstante puede importar mucho al país que de ellos se abra una enseñanza á fin de que no quede la nacion estacionaria ó deje de participar del movimiento intelectual ó de los adelantamientos científicos de los pueblos cultos. Los institutos públicos son necesarios además bajo este punto de vista.

Algunas enseñanzas por otra parte, tales como la fisica y la química, exigen gabinetes de instrumentos y laboratorios de experiencias, sumamente costosos, difíciles si no imposibles de adquirir á la mayor parte de los propietarios de colegios privados, y que son, esto no obstante, de todo punto indispensables para que aquellas ciencias se cultiven con aprovechamiento, se simplifique notablemente su estudio, y sean basados los adelantos de los alumnos sobre demostraciones palmarias, convincentes y al abrigo de toda equivocacion ó falsa inteligencia.

Demostrada como dejamos en los párrafos anteriores, no solo la necesidad de proteger y fomentar la enseñanza intermedia en términos mucho mas amplios y generales de lo que existe actualmente en las universidades, y probada además la insuficiencia de los colegios privados, útiles bajo mas de un concepto, pero no capaces de satisfacer á las necesidades públicas; réstanos examinar los medios de que puede

echarse mano en España para llevar á efecto el establecimiento de los numerosos institutos que necesitan las provincias.

Lo primero que debe hacerse es perfeccionar y completar la enseñanza intermedia de las universidades, aspirando en cuanto se pueda á que forme parte de todo estudio general un instituto en el cual se encuentren atendidos convenientemente todos los conocimientos preliminares á cada una de las carreras literarias. Los medios de conseguirlo, aunque no corresponden enteramente á nuestro actual propósito, puesto que debiéramos reservar el tratar de ellos para cuando nos ocupemos de la reforma de las universidades, son, sin embargo, fáciles de indicar aquí, siquiera tengamos que hacerlo ligeramente y como por apuntaciones. En las universidades, además de los no despreciables fondos destinados á la segunda enseñanza, conocida vulgarmente en ellas bajo el nombre de *filosofía*, existen muchos mas que se consumen todavía en necesidades que suponen un orden de cosas que ha desaparecido ó que cuando menos ha sufrido notables modificaciones, y pudieran por consiguiente destinarse con ventaja conocida á ampliar este género de enseñanza.

El hebreo tiene en casi todas ellas una cátedra especial, por juzgarse necesario al estudio de la teología: esta enseñanza sin embargo se halla en casi todas desierta, sus resultados son punto menos que insignificantes y nulos, mas la dotacion de los profesores efectiva. Aprovechándose para otros usos aquellos fondos, pudiera conservarse únicamente el estudio del hebreo en tres ó cuatro de las universidades mas granadas, y en ellas hacerse con esmero dando ocupacion á maestros que merezcan este nombre, y que puedan formar en aquella lengua alumnos aventajados.

El mismo estudio de la teología que en todas las universidades existe completo en el día, carece de la suficiente concurrencia, de suerte que hay cátedra que no cuenta ningun discípulo, y otras donde su número es solo de tres ó de pocos mas generalmente. Claro es que no basta tan corto auditorio á compensar los gastos que el Estado sostiene respecto de esta enseñanza. Y como por otra parte los seminarios conciliares proveen en gran manera á la educacion moral y religiosa, no menos que á la puramente teológica del clero parroquial, podria sin ningun género de inconveniente reservarse el estudio elevado de estas ciencias, abarcando todo el complemento de una carrera superior necesaria solo para el alto clero, á un número reducido de universidades, que seguramente bastaria fuesen cuatro en toda la Península.

Lo mismo pudiéramos decir del estudio de la medicina en algunas de las universidades del reino, donde por falta de anfiteatros y hospitales, y por no poder disponer del número suficiente de cadáveres, sin que hablemos de otros defectos insuperables en ellas, la enseñanza de esta vasta y delicada ciencia no solo se hace mal, sino que no existe medio de elevarla jamás á la perfeccion que necesita. Seguro es que con los colegios especiales destinados á este estudio, y con que se hiciese de manera que en seis universidades á lo sumo se mejorase la enseñanza de las ciencias de curar, quedaria bastantemente atendida esta necesidad pública.

Otro de los medios que juzgamos aplicables desde luego á las universidades con destinacion á mejorar su enseñanza secundaria, es la incorporacion en las mismas de los numerosos colegios que existian en las poblaciones donde las universidades se hallan establecidas, y que cerrados en el dia ó solo ocupados por personas que no se mantienen en ellos con título bastante á llenar las condiciones de los fundadores, están muy lejos de prestar á la enseñanza pública los servicios que forman la parte esencial, si no exclusiva, de su instituto.

No ignoramos nosotros que no todas estas disposiciones son de tal índole que desde luego deban adoptarse; pero es lo cierto que bien por medio de algun acuerdo legislativo, bien por la solicitud del gobierno se puede hacer mucho en este sentido, preparando las resoluciones oportunas y venciendo gradualmente las resistencias ú obstáculos naturales.

La formacion sin embargo por estos ú otros medios de institutos completos en las universidades, además de dar satisfaccion á una necesidad improrogable de las mismas, llevaria consigo la ventaja de facilitar extraordinariamente en muchas provincias la ereccion de unos establecimientos literarios de tanta importancia y trascendencia para la educacion de sus naturales.

Fuera de estos juzgamos necesario que se lleven á efecto prontamente en todas las provincias del reino los diferentes proyectos en que el gobierno se ocupa de algun tiempo á esta parte: mas como la falta de recursos sea en muchas de ellas un obstáculo insuperable, preciso es que se acuda en esta misma legislatura á pedir á las Cortes la autorizacion que baste para allanar las dificultades que la conveniencia del siglo en que vivimos y los derechos mismos de los pueblos, acertada y cuerdateamente entendidos, resisten como impropias de una época de ilustracion y de reformas.

Decimos esto, porque en nuestro concepto no basta la autorizacion

concedida al gobierno por la ley de 28 de julio de 1840, á fin de que las diputaciones provinciales le propongan arbitrios con que atender á las necesidades de la instruccion pública. El estado angustioso en que la guerra ha dejado á muchos pueblos, unido á la necesidad de fomentar otras varias atenciones de grande importancia, como caminos, fábricas y demás de esta influencia en la prosperidad general, es causa de que por medio de arbitrios ó repartimientos pueda hacerse muy poco en beneficio de la enseñanza intermedia.

Lo mas expedito sin duda alguna es aprovechar lo que en todas las provincias de España existe desde muy atrás, con aplicacion á la instruccion del pueblo. La mayor parte de las fincas y rentas destinadas á este objeto se encuentran en el dia sin rendir ninguno de los importantes servicios que deben serles propios. Las numerosas cátedras de latinidad, por ejemplo, esparcidas en muchas poblaciones subalternas, pueden y deben aprovechar mucho para la creacion de los institutos de segunda enseñanza.

Ya en 1838 se pensó en echar mano de estos recursos con el objeto que ahora nos ocupa, y si bien el proyecto de ley pasó en el Congreso de los diputados, naufragó en el Senado, precisamente por el artículo en el cual se autorizaba al gobierno para disponer de las rentas de las cátedras de latinidad, á fin de aplicarlas á los expresados establecimientos.

Es indispensable que se insista en aquel útil y justísimo pensamiento, y no dudamos que un proyecto de ley en que de nuevo se intentase tan saludable medida, correria hoy mejor fortuna que la que pudo alcanzar entonces.

Sabido es que á medida que las naciones adelantan en sus hábitos, que al paso que su organizacion interior y sus propias necesidades varían, las cosas que anteriormente pudieron convenirlas para atender á objetos mirados entonces como importantes y precisos, deben sufrir grandes modificaciones: nada seria mas absurdo como el empeñarse en conservar para la Europa de nuestros dias la teocracia antigua y la preponderancia de las familias feudales. En tan natural y sencillo raciocinio se funda la necesidad de aplicar á los institutos de segunda enseñanza las rentas de las cátedras de latinidad.

En la época en que varones benéficos y generosos las dotaron, se atendía antes de todo á proporcionar la instruccion que mas útil pudiera ser á las clases populares. El latin en aquellos tiempos abria las puertas de los conventos, y no solo aseguraba á los individuos una vida cómoda y apetecida generalmente á la sazón, sino que facilitaba á las

familias menos abundantes de recursos un desahogo de grande consideracion y aprecio. Podia por lo tanto ser útil á los pueblos, y de hecho lo era, el acercar á todas las familias una enseñanza que ponía en el caso á muchos individuos de consagrarse desde luego á una carrera ó manera de vivir nada costosa y notablemente considerada y distinguida.

Pero ahora! ahora que las sociedades han vuelto su vista hácia el trabajo; ahora que se tiene por mejor manera de honrar á Dios en este mundo, la de ser buenos y útiles ciudadanos y padres de familia laboriosos; ahora, en fin, que las comunidades religiosas han desaparecido de las instituciones de nuestros dias, ¿de qué sirven ni aprovechan las cátedras de latinidad?

¿Concurrirá al aula el hijo del labriego, el comerciante ni el artesano á consumir los mejores años de su vida en una educacion que al restituirse al hogar doméstico tiene que olvidar de todo punto porque á nada útil le conduce?

Este absurdo, sin embargo, se conserva todavía por consecuencia del acuerdo tomado en el Senado en 1838, ó por mejor decir no se conserva ya, porque las necesidades y el instinto de los pueblos es superior á las leyes, cuando las leyes se niegan á consultar los intereses y las necesidades positivas de la época en que se establecen; lo que ahora sucede es que las cátedras subsisten, ó lo que es lo mismo, subsisten en sus dotaciones, pero las escuelas de latin se hallan desiertas y sus rentas no se aprovechan en sentido ninguno para la instruccion del pueblo á que fueron destinadas.

Hemos insistido tanto en este capítulo porque nos consta lo mucho que puede acelerar la creacion de los institutos de segunda enseñanza, el que se disponga á este fin de las rentas de las cátedras sueltas de latinidad que en innumerables poblaciones se encuentran baldías hoy y como en suspenso.

Las matriculas de los alumnos por lo demás, los auxilios municipales del pueblo donde el instituto se cree, y alguna otra aplicacion mas ó menos análoga á lo que hemos visto que conviene hacer con las cátedras de latin, pueden ser bastantes para dotar cuando menos un instituto elemental en cada provincia.

Las diputaciones provinciales, las juntas de comercio, las sociedades económicas y otros muchos elementos de proteccion que en España existen para los establecimientos de enseñanza, pueden hacer el resto, facilitando recursos provinciales á su instituto, con objeto de que se cubra el déficit que todavía resultare, que en algunos puntos ó no

existirá en virtud de los medios de que hemos hablado, ó será insignificante y nulo. (J. de Q.)

**INTERROGATIVO (Sistema).** En los artículos CATECISMO, CATEQUISMO, INTUICION y otros, hemos dado á conocer en qué consiste y cómo debe ponerse en ejecucion este sistema, aplicable á todas las enseñanzas y necesario siempre, tratándose de la de los niños; pero es de tal importancia que debemos insistir en él aprovechando la oportunidad que se nos ofrece y valiéndonos de las propias palabras de persona muy autorizada en la materia. Hé aqui, pues, lo que se dice acerca del particular en un artículo del *Boletín de instruccion pública*, que podemos atribuir con mucho fundamento al entendido Sr. Montesino.

Se deja discurrir que en la larga lista de palabras de una ú otra clase que contienen ó deben contener las lecciones (*de lectura*), ha de haber muchas cuyo significado ignoren los niños por más que se procure no servirse de aquellas que son poco conocidas ó usuales; y con el fin de superar hasta donde sea posible esta dificultad, sin perder de vista el principio establecido de que los discípulos no se acostumbren á tomar de memoria meras palabras, se ha adoptado el medio de preguntar á los niños, ó de que se pregunten unos á otros acerca del significado de cada palabra. Esta práctica á que se da el título de sistema de interrogacion, supone en los instructores adelantamientos notables que no pueden obtenerse sin especiales esfuerzos del maestro, y es uno de los motivos poderosos que deben inducirle á destinar diariamente algun rato para ejercitarles particularmente en esta y demás clases generales de enseñanza. El maestro podria interrogar por sí á los niños, é interroga en efecto muchas veces; mas no tiene tiempo para hacer lo mismo con todos, y habria de ser necesariamente un ejercicio demasiado escaso. Cuando se comenzó á hacer uso de este medio se aplicó solo á las secciones mas adelantadas ó superiores; y en efecto hemos visto por experiencia que es donde se manifiesta su grande utilidad. Ultimamente se aplica tambien á las secciones inferiores, desde la segunda, ó desde que comienzan los discípulos á leer palabras monosilabas de dos letras. La práctica ordinaria se reduce á preguntar el instructor al discípulo, cuando este sabe ya leer la palabra ó palabras, por el significado de cada una. Al principio, y sobre todo en la seccion segunda de que acabamos de hablar, por la corta comprension de los niños y la naturaleza de las palabras, tiene ordinariamente que responderse á sí mismo el instructor, de la manera que puede, despues de haber hecho,

como debe, preguntas y observaciones indirectas al discípulo para que discorra, venga en conocimiento y pueda responder con mas ó menos propiedad á lo que se le pregunta. Supongamos que la palabra sea *á*, y desde luego se puede inferir lo que responderá á la pregunta: ¿qué significa la palabra *á*? Naturalmente dirá que *á* significa *á*. Dificilmente podrá el mismo instructor darle idea de las diferentes acepciones y usos de esta preposición. Todo lo mas que podrá hacer conocer al niño despues de muchas preguntas é indicaciones, será que no se usa jamás esta palabra sola, sino junta con otra y precediéndola; *á mí*, *á tí*; *á casa*, *á paseo*; *á pié*, *á caballo*; *á la tarde*, etc., etc.; y contraponiéndola á otra palabra de la misma clase, por ejemplo, *de*, hacerle conocer la diferencia del significado; *á paseo*, ó *de paseo*; *á mí*, *de mí*, etc. Mas fácil es, por desgracia, que los niños conozcan el significado ordinario de la palabra *as*; pues pocos serán los que no hayan visto una baraja. Mayor copia de voces conocidas, ó fáciles de dar á conocer por su significado á los discípulos, hallarán estos luego que pasen á los monosílabos de tres, cuatro ó cinco letras, porque abundan mas los nombres y verbos. Se les pregunta, por ejemplo, la significacion de la palabra *dar*; se les previene que no contesten repitiendo aisladamente la palabra, á lo que suelen propender por algun tiempo; que expresen lo que dicen ó se dice cuando uno repasa á otro alguna cosa para que se quede con ella, ó se la regala; cuando uno golpea á otro con la mano abierta ó cerrada, con un palo etc.; por este y otros medios análogos se pregunta hasta que el discípulo da muestras de tener idea de la cosa significada por la palabra. La regla general es que el instructor ó maestro se conformen con la definicion que dé el niño, aunque no sea muy exacta ni expresada con mucha propiedad, siempre que se conozca que aquel tiene idea mas ó menos clara de la significacion, ó principales significaciones de la voz de que se trata. Tambien es otra regla importante la de no interrogar al discípulo sobre palabras cuyo significado no conozcan bien ni los instructores ni el maestro; porque sin duda vale mas no suministrar ideas que suministrarlas falsas, ó comunicar errores que suelen permanecer toda la vida. A proporción que los discípulos van pasando á las secciones superiores, es mas fácil, puede aplicarse con mayor estension, y es mas ventajosa esta práctica de preguntar. Pueden los niños preguntarse unos á otros, y deben hacerlo, rectificando el maestro ó instructor lo que aquellos desacierten ó hagan mal; en el concepto de que bien dirigido este ejercicio es sumamente provechoso para los que preguntan y los que responden.

Mas los resultados del sistema interrogativo nunca son tan evidentemente útiles, y sorprendentes muchas veces, como cuando los niños pueden ya leer de corrido en los libros; cuando no se trata del significado aislado de una palabra, sino del sentido de una frase. Hemos dicho antes que Jacotot hacia mucho uso de este medio, tomado de las escuelas alemanas, y ofrecimos exponer su modo de practicarlo. Lo haremos con un ejemplo valiéndonos de la primera proposicion con que comenzaba su enseñanza de lectura. *Inconsolable estaba Calipso desde que la dejó Ulises.* Pregunta el maestro ó instructor. ¿Quién dejó á Calipso? Responde el discípulo: Ulises. P. ¿Quién estaba inconsolable? R. Calipso. P. ¿Por qué estaba inconsolable Calipso? R. Porque la habia dejado Ulises, ó porque Ulises se habia marchado. P. ¿Quería mucho Calipso á Ulises? R. Sí señor. P. ¿En qué lo conoces tú? R. En que estaba inconsolable porque se habia ido. P. ¿Qué quiere decir estar inconsolable? R. Es estar uno tan afligido que ninguna cosa puede consolarle. *De este modo,* decia Jacotot, *se dirige el entendimiento, no se le enseña. Se le pone en disposicion de ver el objeto bajo todos los puntos de vista posibles; y se debe continuar preguntando hasta que toda la escena, los actores, la accion efectuada, la causa y objeto de la accion, las circunstancias que la modifican, etc., etc., se presenten á la vista y se perciban clara y distintamente.*

Algunos profesores que han adoptado hasta cierto punto el método de Jacotot para enseñar á leer, no le han imitado, y en nuestro concepto con razon, en la eleccion de libro para comenzar á leer; han creído que las primeras lecciones para que el niño lea deben contener asuntos de interés para él; debe aprender á leer en libros donde se trate de objetos que le sean familiares, y donde no encuentre muchas expresiones extrañas á su oido. Nos parece en efecto mucho mas fácil y útil ejercicio para un niño de cinco á seis años el que proporcionan las siguientes expresiones: *las flores se crian en el jardin. Algunas flores son hermosas y tienen buen olor.* Las preguntas que se le pueden hacer acerca de la flor, como parte de la planta; acerca de su color, olor etc.; del modo de criarse las plantas; de las diferentes plantas que hay en el jardin; qué es un jardin, etc., etc., le interesan mas y las comprende mejor que los sentimientos producidos en Calipso por la partida de Ulises; no obstante que indudablemente comprende mas de lo que generalmente se cree, y con poco que se haya ejercitado su razon por medios análogos al que hemos referido, contesta tan acertadamente como se ha dicho.

Los ingleses, que hacen un uso muy general de la lectura de la Biblia en las escuelas, que ejercitan mucho, y en nuestro dictámen abusivamente, la memoria de los niños en el contenido de este sagrado libro; y que por otra parte han adoptado ámpliamente el sistema interrogativo en los principales establecimientos de primera enseñanza, llevan sus preguntas en esta materia á un punto que parece increíble, y obtienen de los niños respuestas que solo oyéndolas puede nadie persuadirse de que sean posibles en tan corta edad; repitiendo en cada pregunta mas ó menos pasajes de la Sagrada Escritura que tienen relacion con la palabra ó asunto de que se trata.

**INTUICION.** Fácil es concebir cuál sea el principio de la *intuicion*, que profesores célebres han considerado como el fundamento y alma de sus métodos, y cuál el mérito del mismo principio. La *intuicion* es la vista, la contemplacion directa, inmediata de los objetos; la que sustituye la cosa á la definicion, la realidad á las fórmulas, los hechos á las convenciones.

El método adoptado por Pestalozzi para enseñar la aritmética, ofrece un ejemplo palpable de lo que decimos. Entremos en nuestras escuelas de párvulos y observemos los marcos, los alambres con bolas movibles de diferentes colores que sirven para enseñar los elementos de aritmética á los niños pequeños. En lugar de las nociones abstractas de los números y de las fórmulas que espresan sus relaciones, se les ponen á la vista las mismas cantidades personificadas por medio de objetos semejantes, fáciles de contar á la primera ojeada. De este modo ven los niños distintamente una bola, dos bolas, tres bolas, cuatro bolas, cinco bolas; ven tambien que una bola y una bola son dos bolas; que dos bolas y tres bolas son cinco bolas; que dos series de cinco bolas cada una son enteramente iguales: y las reunen fácilmente formando un todo, con lo cual llegan á la cúspide de la primera intuicion y perciben clara y distintamente el número diez. Pasando despues á otro alambre, operan de nuevo con bolas de color diferente que representan las decenas, cuyas combinaciones todas se forman tambien distintamente á su vista por el movimiento de las bolas que se unen ó se separan. Lo mismo hacen sucesivamente con los alambres de las centenas y de los millares, siempre con bolas á la vista que les representan los elementos. Luego descomponen los números de la misma manera que los han compuesto, viéndolos, por decirlo así, romperse, dividirse, al quitar bolas del alambre, y separando una, dos ó tres bolas, para restar del total el número designado. Iguales resultados pueden obtenerse

valiéndose de tantos, de fichas, de palitos ó de líneas de diferentes dimensiones y colores.

La intuicion contempla los objetos frente á frente, tales como son, sin intermedio; descubre el velo que el lenguaje y los signos de convencion han puesto á la naturaleza; coloca al niño delante de los seres reales; le habitua á observar, y le obliga á reflexionar.

El uso de estampas y grabados, sujeto á ciertas reglas, favorece mucho la intuicion; y el ejercicio del dibujo ofrece en este concepto nuevas ventajas, obligando al niño á reproducir las proporciones y las formas. Hagamos mas todavía: que al salir de la escuela vaya el niño á explorar el gran campo de la naturaleza, y apelemos á sus recuerdos aun en el curso de las lecciones.

Puede decirse que la intuicion es para la instruccion lo que la herborizacion para la botánica: manantial perenne de luz que no deja penetrar en la inteligencia nocion alguna sin enlazarla con las anteriores; que nos permite darnos cuenta á cada momento de lo que sabemos, y que facilita en gran manera las aplicaciones.

El método de intuicion, pues, es sumamente adecuado á las escuelas de primeras letras, y sirve de solidísimo cimiento al edificio de la instruccion. La intuicion es la gran escuela fundada por la naturaleza, y abierta siempre á la inteligencia humana. En el mero hecho de aprender el niño á ver, antes que á andar y á obrar, ¿no nos está descubriendo la naturaleza claramente sus designios? La intuicion educa el sentido comun, desarrolla las facultades intelectuales, y ejercita la actividad de la atencion y la sagacidad del juicio.

No hay cosa mas sencilla á primera vista, ni cuyo uso parezca mas fácil, que el principio de la intuicion; tal es el carácter de todo lo verdaderamente grande y útil. Sin embargo, de nada sirve este instrumento al maestro hasta que se acostumbra á manejarlo. Un ciego no puede enseñar á ver; y la intuicion es un misterio para el que no tiene mas guia que la rutina. ¡Eduquémonos, pues, nosotros mismos; convirtámonos en discípulos de la naturaleza; aprendamos á ver, y á ver bien, para poder despues enseñar!

El alcance del espíritu humano es limitado, y mucho mas en los niños de corta edad. ¿Cómo conseguir, pues, todas las cosas en el dominio de su intuicion?

Aquí se nos presenta el admirable método conocido con el nombre de *análisis*. Este método reduce los objetos mas complicados á la forma mas sencilla, y nos enseña el arte de descomponerlos sin destruirlos, formando para ello un inventario exacto de las cosas que tratemos.

de conocer; separando sucesivamente las diferentes partes de un todo, para examinarlas una despues de otra en su órden natural y en sus relaciones reciprocas, sin perder de vista ninguna circunstancia y refiriéndolas todas al conjunto. Tomemos, por ejemplo, una flor; consideremos sucesivamente la corola, el pistilo, los estambres, observando la forma, la situacion de cada uno de sus delicados órganos, su número y el lazo que entre sí los une. ¡Cuántos pormenores no descubriremos en un cuadro tan sencillo al parecer! Despues de haber examinado de este modo cada uno de los fragmentos de tan bella obra, fijaremos la vista en la graciosa corona que forma el conjunto de la flor, en el radiante cáliz que recoge las perlas del rocío, ostenta los mas ricos matices, y exhala suavísimos olores. Tal es el trabajo que por medio de la analogía efectuamos en todos los objetos de nuestros conocimientos; tal es el método que nos enseña la naturaleza y que empleamos, sin saberlo ni advertirlo, siempre que tratamos de aprender bien. (De Gerando.)

**INTUICION (Método de).** Los ejercicios de intuición en la enseñanza primaria, debidos á los trabajos de Pestalozzi, son preciosos para la inteligencia, y sobre todo están completamente de acuerdo con las leyes de la naturaleza, como puede comprenderlo el que observe la marcha ordinaria de las facultades humanas en su desarrollo. Se le presentan al niño, uno á uno, conforme á este método, los objetos que le rodean, haciéndole examinarlos, y su memoria se enriquece, su espíritu adquiere aptitud para la reflexión, y se habitua al propio tiempo á encontrar y determinar por sí las diferencias entre las cosas que ya conoce y las que le presenta el maestro, entre las ideas que han germinado ya en su mente y las que le sugieren los nuevos objetos que examina.

Comiézase naturalmente por lo mas fácil, por lo que es familiar al niño, y poco á poco se agranda el círculo hasta comprender toda clase de objetos. Procúrase que cada idea, cada imágen, la expresen con la mayor exactitud posible; sin exigir demasiada precision en los términos, al principio, contentándose á veces con que determinen el objeto, corrigiendo los defectos gramaticales en cuanto sean capaces los niños, y dejando lo que sea superior á su inteligencia para el estudio de la gramática.

Los ejercicios por intuición, segun Pick, son el fundamento de los demás ramos de enseñanza. Se dividen en *ejercicios morales, religiosos e intelectuales*, segun que se trata de desarrollar los sentimientos

morales ó las facultades intelectuales, de influir en el corazón ó en el espíritu del niño.

Los primeros preparan á la enseñanza de la religion; los otros á los demás ramos del conocimiento.

Veamos, por ejemplo, de qué manera y hasta qué punto tienen relacion estos ejercicios con la enseñanza de la lengua. El niño no aprende el idioma materno segun el orden gramatical, puramente sistemático, sino á medida que tiene necesidad y se le ofrece ocasion de hablar. Por medio de los sentidos percibe objetos, llamando su atencion lo que hay en estos objetos de mas notable, por cuyo medio se engendran en su espíritu ideas relativas á las cualidades de los mismos. Los hombres y los animales se mueven, y el niño, á quien no se escapan estos movimientos, dirige su espíritu hácia los objetos exteriores y hácia los actos que pasan fuera de él.

Las caricias de la madre, el amor y los cuidados que le prodiga, las reprensiones y amenazas que á veces le dirige, le llevan á fijar la atencion en sí mismo, y á observar sus propios sentimientos. Así es como aprende, por una parte, á *conocer* y *distinguir*, y por otra, á *desear*, á *amar* y á *aborrecer*.

Al propio tiempo, la madre se ocupa de continuo en suministrar al niño las expresiones mas á propósito para designar uno ú otro objeto, sin fatigarse jamás de repetir una misma cosa.

Todo esto *parece* que en los principios se hace sin orden, solo para satisfacer una necesidad indispensable, y además la instruccion materna está encerrada en muy estrechos limites. Pero á medida que el niño avanza en edad, y que se desarrolla bajo el punto de vista físico é intelectual, el círculo se ensancha y extiende, aumenta el número de observaciones, y se hace con mayor facilidad y exactitud la percepcion de los objetos observados. Hé aquí la marcha que debe imitarse en los ejercicios por intuicion. A la verdad, este procedimiento no da á conocer las reglas de la gramática; pero su marcha es la de la naturaleza, consideracion que basta por sí sola para justificarla.

No puede dudarse que el desarrollo intelectual precede de mucho en los niños á la formacion del lenguaje. El trabajo intelectual en ellos es mas complicado de lo que saben expresar por medio del lenguaje. Comparan las ideas, juzgan, aunque no sepan hacerlo de una manera conveniente. Para manifestar sus ideas y sus deseos, les bastan expresiones como estas: *mamá..... andar, mamá..... pasear, cuchillo..... cortar.*

En la mayor parte de las materias de enseñanza pueden distinguir

se dos cosas: el *medio*, ó los objetos exteriores sobre que versa el estudio, y que se somete á la accion del espiritu pasando por los sentidos; y el *resultado*, ó los actos del espiritu, que provienen del estudio de los objetos. Para la intuicion, por ejemplo, los medios ó los objetos exteriores es todo lo que puede observar el niño á su alrededor, todo lo que puede herir alguno de sus sentidos; las ideas que provienen del exámen de los objetos, las imágenes que se forma despues de haberlas observado con atencion, son el resultado del estudio, como si dijéramos, los *productos intelectuales*.

El maestro debe atender con igual solicitud á los medios, ó sean los objetos exteriores, y á los resultados, ó los productos intelectuales.

Concibese fácilmente que la intuicion puede abrazar un campo inmenso, y entrar en detalles sin fin.

En general pueden versar los ejercicios:

Sobre la naturaleza;

Sobre el hombre mas en particular, y sobre los productos de su inteligencia;

Sobre la vida social;

Sobre Dios.

La perspicacia del maestro se descubre por la eleccion de los objetos mas útiles y los mas importantes, porque es imposible, como se comprende á primera vista, tratar á fondo todos los asuntos indicados. Basta señalar al niño los medios de dirigir la actividad de su inteligencia, ejercitándola oportunamente sobre objetos elegidos con discernimiento, para que el discípulo marche despues, sin el auxilio del maestro, por la misma via con paso firme y seguro, y aplique á otros objetos un trabajo análogo.

El objeto de estos ejercicios es la emancipacion intelectual del niño, la cual se consigue, no por la cantidad, sino mas bien por la calidad de los ejercicios. En la escuela van á prepararse los niños para la existencia social, y por lo mismo debe excluirse de los ejercicios de intuicion todo lo que no sea útil á este fin, fijándose solamente en los objetos, cuyo exámen, cuyo estudio profundo facilite la iniciacion de los discípulos en la sociedad. Pero la existencia misma no es mas que la preparacion á otra vida mejor y mas digna de toda nuestra solicitud, y á esto, á la preparacion para esa vida mejor, es á lo que han de tender los cuidados del maestro. Todos sus esfuerzos han de encaminarse á poner á los discípulos en disposicion de *conocer, querer y hacer* todo lo necesario para alcanzar este fin; en otros términos, ha de cuidar con

especial atencion del desarrollo de los sentimientos religiosos y morales.

Esto, propiamente hablando, corresponde á la enseñanza de la religion; pero los ejercicios intuitivos ofrecen tantos motivos, tantas ocasiones para despertar tales sentimientos en el alma de los niños, que faltaria á su deber el maestro que no atendiese mas que al desarrollo de las facultades intelectuales.

Los resultados de los ejercicios de intuicion, es decir, los productos intelectuales que se forman en el espíritu de los niños, despues del exámen de un objeto y de las impresiones que ha producido en los sentidos, pueden clasificarse de la manera siguiente: ideas, imágenes, juicio.

Las ideas que engendra en el espíritu la contemplación de un objeto, pueden ser infinitas, referentes al objeto considerado en si mismo, ó á una cantidad, ó á una fracción del objeto.

La imagen que se forma del objeto, resulta de la asociacion de muchas ideas relativas á las cualidades esenciales del mismo.

Los juicios son actos de nuestro espíritu, por los cuales se reconoce la conveniencia ó desconveniencia de dos ó mas ideas.

Las disposiciones morales se manifiestan en el niño desde la mas tierna infancia. Apenas tiene fuerzas para sostenerse en pié, cuando empieza á referir una idea ó expresiones como estas: *es hermoso; es gentil; es bien hecho; es prudente; no debe hacerse eso.*—No tarda en distinguir las acciones que agradan á sus padres de las que estos le prohíben, con lo cual manifiesta ya el sentimiento del bien y del mal. En los principios no encuentra otros motivos para hacer tal cosa y abstenerse de tal otra, que la voluntad de los padres, ó cuando mas, las inspiraciones de su propia conciencia. Pero luego, cuando advierte que sus padres elevan los ojos al cielo, cuando les ve orar, cuando oye decir á su mamá: «no debe hacerse esto porque no quiere Dios,» entonces comienza á reflexionar, á entrever que hay un Ser superior á los hombres; entonces aprende á hacer el bien porque es la voluntad de Dios; entonces se agrega al sentimiento moral el sentimiento religioso, y en esta reunion de sentimientos se funda despues la enseñanza religiosa. Lo que hasta entonces habia sido el móvil de sus acciones, sin que lo comprendiese, le aparece cada vez mas claro; se explica mas fácilmente lo que le induce á obrar, porque el sentimiento religioso le da la clave de este misterio. Empieza á conocer á Dios; le conoce pronto como Ser supremo, como criador de todo cuanto existe, y comprenderá que le debe fidelidad, respeto, obediencia y amor.

Para hacer mas claras estas observaciones que hemos tomado del

profesor de sordo-mudos de Colonia, presentaremos una indicacion de las ideas que pueden darse al niño con la simple inspeccion de un cuadro ó un dibujo, segun las Hojas Rhenanas, periódico aleman de grande aceptacion.

El profesor, presentando un cuadro á los niños, hace que estos enuncien lo que representa. Supongamos que el dibujo representa un niño con la cabeza descubierta, con el sombrero en la mano izquierda, que en el sombrero tiene dos pájaros y otro en el índice de la mano derecha, que el niño está sentado en un banco arrimado á la pared, que tiene á su derecha una escoba, y que á su izquierda, en el extremo de la pared, hay una puerta abierta, detrás de la pared una choza, y detrás de la choza árboles y arbustos.

Asociaciones de ideas y recuerdos á que la vista del cuadro da lugar.

1.º El niño nos recuerda los ratos que pasamos fuera de la escuela, y que distribuimos entre el juego y el trabajo.

2.º El sombrero nos recuerda las diferentes clases de sombreros y gorras.

3.º Los pájaros nos recuerdan la primavera y el verano, y los melodiosos trinos con que, en estas estaciones, llenan el aire. Los placeres que nos proporcionan, nos hacen recordar que no debemos atormentar jamás á los animales.

4.º El banco en que está sentado el niño, nos trae á la memoria las diferentes especies de bancos, los de la iglesia, los de la escuela, los del jardin, las sillas, los sofás, etc.

5.º La escoba nos recuerda el aseo que hemos de conservar siempre en casa y fuera de casa, y además los medios ó los instrumentos de que tenemos necesidad para hacer alguna cosa.

6.º Al ver la puerta, pensamos en las diversas especies de puertas, como las de la iglesia, de la casa, de las habitaciones, del establo, etc.

7.º Las paredes que rodean el jardin, nos representa la diversa manera de cercarlos, como con tapias, verjas, setos ó vallados, etc.

8.º La choza nos recuerda nuestra propia casa, las casas consistoriales, el hospicio, el hospital, la iglesia, la escuela, etc.

9.º La pared y choza recuerdan además diferentes industrias y oficios, como los del carpintero, herrero, vidriero, albañil, etc.

10.º Los árboles nos recuerdan con placer las estaciones en que están en flor, las en que llevan frutos, y sobre todo elevan nuestro pensamiento hasta Dios, que es el criador de todas las cosas, y que nos las prodiga con infinita bondad.

Juicios á que da lugar la vista del cuadro:

1.º Los pájaros con que se entretiene el niño, han de ser naturalmente de muy pocos dias, porque de otro modo echarian á volar.

El niño los habrá cogido probablemente en alguno de los árboles del jardin, en el cual ha podido entrar porque se halla abierta la puerta. ¡Cuánta pena ha debido causar al padre y á la madre de los polluelos el que se los hayan arrebatado!

¡Cuánto afán deben tener estos por volver á sus padres! ¡De seguro tendrán hambre! Acaso el niño terminará por maltratarlos y atormentarlos. Yo no seria tan cruel que lo hiciere; yo no los cogeria porque deben sentir mucho separarse de sus padres.

2.º Puesto que el niño no lleva sombrero ni gorra en la cabeza, el que tiene en la mano izquierda será suyo probablemente.

Quando los pájaros estaban en su nido se hallaban bien; pero desde que los han puesto en el sombrero tienen miedo y están tristes. El sombrero es para ellos una mansion desagradable. El que causa así mal á los animales se hace despreciable á los ojos de los hombres y de Dios.

3.º A la derecha del niño hay una escoba y en el suelo trozos de madera y de piedra. Debia, sin dudar, barrer aquel sitio, pero en lugar de hacerlo, ha ido al jardin á coger el nido. Desde que deja la escoba cesa de trabajar, y se entrega á la ociosidad.

La ociosidad es el origen de todos los vicios, y no debemos olvidar que nos ha dicho el párroco que el trabajo es un ángel de la guarda.

4.º Despues de haber hecho el mal, ha salido probablemente el niño del jardin por la puerta que está entreabierta. Su inquietud por la falta que ha cometido, el temor de que se le cogiera in fraganti, no le ha dado tiempo para cerrar la puerta, la cual se hallaria, sin embargo, cerrada. Esta es una falta, consecuencia natural de la primera.

«Evitemos cuidadosamente el primer paso que conduce al mal.»

Reflexiones morales que se deducen de la contemplacion del cuadro.

El nido estaria acaso en un árbol muy alto; el niño al subir y al bajar se ha espuesto á romper una rama, y podia tambien destruir la planta; podia tambien haber caido y romperse una pierna, y podia haber sucedido alguna otra cosa peor. Por consiguiente, no solo ha faltado con respecto á los animales y á las plantas, sino tambien con respecto á su propia persona. Ha faltado contraviniendo al quinto mandamiento de la ley de Dios.

«Yo me guardaria bien de hacerlo.»

Este ejemplo demuestra claramente á cuántas consideraciones se

presta un objeto cualquiera por medio de los ejercicios de intuición y el orden que conviene seguirse en estos ejercicios.

**INTUICION. (Ejercicios prácticos.)** Los ejercicios de intuición varían hasta lo infinito, aun proponiéndose un mismo objeto y tratándose de niños de una misma edad y cuyo desarrollo intelectual y moral se halla en igual grado. Por eso sería imposible presentar ejemplos de todas clases, y nos limitaremos á indicar algunos de ellos.

*Ejercicios preparatorios para sostener la atención.*

Supongamos que el maestro se dirige á sus discípulos.

—¿Cuál es tu mano derecha?—¿Cuál la izquierda?—Ahora voy á mandaros presentar las manos adelante y retirarlas hácia atrás, una á una ó las dos á la vez; pero no habeis de hacerlo en el momento que os lo diga, sino luego despues, cuando haga un signo con mi propia mano. Atención:

—Mano derecha adelante! (Pausa; hace el maestro un signo con su propia mano.)

—Mano derecha arriba! (Pausa; signo.)

—Mano derecha atrás! Mano derecha adelante! etc.

Iguales movimientos con la izquierda.

—Ahora voy á mandaros volver la cara á derecha y á izquierda, pero no habeis tampoco de hacerlo en el momento, sino cuando haga un signo con el puntero.

Se practican estos ejercicios y luego continúa el maestro.

—¿Qué objetos hay en la escuela al lado derecho? ¿Qué objetos hay á tu mano izquierda?

—Los objetos que están á vuestra derecha, ¿lo están tambien á la mia, hallándome como me hallo frente á vosotros? ¿Por qué no?

—¿Qué objetos teneis delante?

—Los objetos que están detrás de mi, ¿en qué posicion se hallan con respecto á vosotros?

Los ejercicios preparatorios sobre objetos familiares á los niños, pero que no los tienen presentes, demuestran el grado de atención con que los observan. Ejemplo.

—Cuando mirais á un pájaro, ¿qué es lo que observais en él?

—Sus alas, su pico, sus plumas.

—¿Qué he dicho?—Repítelo, Antonio!

—Ahora me dirá Pedro el nombre de un pájaro! Ahora me dirá Juan el de otro! Ahora Mauricio!